



TERRI BRISBIN

◀ EL CLAN MacLERIE ▶

Una peligrosa
Tentación

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2013 Theresa S. Brisbin

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Una peligrosa tentación, n.º 546 - febrero 2014

Título original: The Highlander's Dangerous Temptation

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Prólogo

—¡Venid conmigo! —gritó Athdar, como lo haría el capitán de los guerreros de su padre. Con su espada de madera en alto, señaló hacia el bosque y asintió—. ¡Nuestros enemigos han tomado el bosque!

Athdar guio a través de la maleza a sus amigos; dos de sus primos y los dos hijos de un aldeano, todos casi de la misma edad que él. Mientras seguía el camino junto al río, buscaba cualquier señal de movimiento entre las sombras.

De pronto, algo se movió y él dio las órdenes una vez más. Un ciervo o cualquier otro animal salvaje, no le importaba cuál fuese el objetivo, salió corriendo delante de ellos mientras la luz del sol se colaba entre las hojas y las ramas de los árboles. Riéndose, el grupo siguió los sonidos mientras la criatura se alejaba. Pasado algún tiempo, el sonido del río desapareció, lo que le indicaba a Athdar que su camino había cambiado. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que nada le resultaba familiar. Athdar se detuvo un instante y después salió corriendo y gritando para que los demás le siguieran. Sin previo aviso, llegó a un pequeño claro bordeado por una hondonada que marcaba el antiguo curso del río y que les cortaba el paso.

Era lo suficientemente alto y fuerte, además de buen corredor y saltador, como para cruzar la zanja, así que tomó velocidad y salvó la hondonada sin apenas esfuerzo. Derrapó al caer al otro lado y aterrizó sobre un montón de hojas, antes de ponerse en pie de un brinco.

—¡Venid! —gritó—. No es tan ancho como para detenernos.

Siendo el hijo del jefe, Athdar estaba acostumbrado a mandar y a tomar decisiones por su grupo de amigos y seguidores. Les hizo un gesto con la mano y esperó a que le obedecieran.

—¿Tenéis miedo de saltar? —preguntó con tono desafiante—. Tomad carrerilla y lo conseguiréis —vio la incertidumbre en sus caras, y no quiso permitir que eso les arruinara la aventura—. ¡Cobardes! Solo los cobardes desobedecerían a su jefe —las palabras le quemaron en la boca al decirlas, pero sabía que sus amigos solo necesitaban algo de ánimo para imitarle y cruzar la hondonada.

Athdar les vio darse codazos los unos a los otros, asintiendo y retrocediendo para tomar carrerilla antes del salto. Con una sonrisa, se cruzó de brazos como solía hacer su padre y esperó a que llegasen a su lado. Uno tras otro fueron saltando la zanja.

Sus gritos se convirtieron en alaridos mientras se precipitaban barranco abajo. Athdar se quedó mirando horrorizado cuando los gritos dieron paso a un silencio mortal. Solo el sonido de su respiración rompió ese silencio cuando se acercó al borde y miró hacia abajo.

El fondo estaba a unos seis metros de distancia y sus amigos yacían dispersos por el suelo. Incluso su mente de niño de siete años comprendió que algunos estaban muertos y otros malheridos. Sus brazos y piernas retorcidas en ángulos imposibles presagiaban lo peor.

¡Él era el causante de todo aquello! Buscó en su mochila la cuerda que siempre llevaba consigo, pero no la encontró. Al acercarse nuevamente al borde, se desprendió parte del suelo de arena y cayó hacia el fondo. Una leve tos le indicó que alguno seguía vivo. Sin

poder dejar de temblar, fue gritando sus nombres hasta que Robbie respondió.

—¡Robbie! ¡Voy a bajar! —exclamó, y dejó colgando las piernas sobre el precipicio con la intención de resbalar hacia abajo hasta llegar a sus amigos.

Aquello era culpa suya. Su culpa. Tenía que ayudarles.

—Quédate ahí —dijo Robbie—. No podrás ayudarnos si te quedas atrapado aquí.

Athdar se detuvo y se agarró a las raíces expuestas de un árbol para evitar resbalar hacia el agujero. Era cierto. Sin medios para sacar a sus amigos de allí, no sería de ninguna ayuda. El viento que susurraba entre los árboles le recordó que el tiempo pasaba. Pronto anoecería y surgirían nuevos peligros.

—Iré a buscar ayuda —gritó. Al no obtener respuesta, volvió a gritar—. ¡Robbie! ¡Iré a buscar ayuda!

Agarró su mochila y miró a su alrededor para intentar ubicarse. Habían corrido por el bosque del este hacia el oeste. ¿O no? En aquel momento todo le parecía igual. Tomó aire e intentó controlar el pánico.

Tenía que encontrar el camino de regreso a casa. Tenía que conseguir ayuda. Tenía que...

Athdar salió corriendo, se agachó bajo las ramas de los árboles y buscó el curso del río.

Tardó horas en encontrar el río, pero entonces no supo en qué dirección estaba su casa. Cada vez que le entraba el miedo o se cansaba demasiado, pensaba en sus amigos tirados en el fondo de la zanja y seguía corriendo. Cayó la noche mientras buscaba su casa. En algún momento se dejó caer y durmió durante unas horas antes de despertarse y continuar su búsqueda.

El día le encontró aún sin encontrar su casa ni alguien que pudiera ayudarle, así que se rindió al pánico y a la culpa y lloró por sus amigos.

Y fue entonces cuando su padre y su tío aparecieron montados en sus caballos. En cuestión de horas, Athdar había logrado guiarlos hasta el lugar donde sus amigos yacían malheridos, y entonces vio como los hombres de su clan rescataban a Robbie y a los demás del fondo del precipicio.

Fue terrible. El corazón se le rompía a medida que iban sacándolos. Solo uno se movía, y el silencio mientras los examinaban resultaba insoportable. Poco después, el grupo, totalmente desolado, regresó a la fortaleza.

Aunque los padres susurraban sobre el terrible accidente, Athdar sabía la verdad; aquello era culpa suya. Había matado a sus amigos casi como si los hubiera empujado por el precipicio. Pues los había empujado con palabras e insultos, utilizando su orgullo para arrastrarlos al fondo del barranco. Y, cuando podía haberlos salvado, se había perdido en el bosque y había malgastado un tiempo valioso que podría haber ayudado a salvarles la vida.

Y, a pesar de que nadie le acusó directamente, él vio las miradas de reojo mientras enterraban a tres de sus amigos. Oyó las dudas susurradas sobre su participación en la tragedia y quiso gritar y declararse culpable. Pero su padre y su madre intentaron convencerle de que no era culpa suya y de que no había ocurrido como él decía. Era un terrible accidente que tendría que olvidar. Un acontecimiento horrible que se desvanecería con el tiempo.

Y así fue. Nadie lo mencionó jamás; su padre, el *laird*, lo prohibió. Nadie mencionó a los niños que habían muerto, ni a los padres que se habían marchado, ni las lesiones del pequeño que había sobrevivido. Nadie hizo demasiadas preguntas y a Athdar le dijeron una y otra vez que debía dejarlo atrás. Con el tiempo, los pensamientos y los recuerdos sobre esos amigos y el accidente fueron desvaneciéndose hasta que, en el transcurso de unos pocos años, se convirtió en una parte vacía y silenciosa de su pasado.

Una parte que él ya no recordaba.

Pero alguien sí lo recordaba.

Alguien lloraba su pérdida y buscaba consuelo en la locura causada por la angustia y el dolor.

Y ese alguien decidió hacer justicia con el responsable, incluso aunque él no lo recordara.

Alguien sí lo recordaba.

Uno

Lairig Dubh, Escocia. 1375

—¡Mira! ¡Mira! Está ahí.

Los susurros de excitación llamaron la atención de Isobel. Su amiga Cora no solía fijarse en el sexo opuesto, de modo que se trataba de algo especial. Se dio la vuelta para ver a quién estaba mirando su amiga.

Athdar MacCallum, hermano de Jocelyn, esposa del *laird*, atravesó el patio en dirección a la fortaleza. A juzgar por su paso firme y su mirada decidida, tenía asuntos que discutir con el *laird* y no permitiría que nadie le distrajesen de su tarea. Aunque arrogante, era un hombre guapo.

—Se marcha para regresar a casa —dijo, y vio el ceño fruncido y la mirada inquisitiva de Cora—. Mi padre lo mencionó esta mañana.

—¿Crees que seguirá aquí para la cena? —preguntó Cora, y esperó atentamente su respuesta.

Isobel deseaba mostrar su excitación tanto como Cora, pero se contuvo. Si mostraba su interés en Athdar, su padre se acabaría enterando y habría problemas. Solo con mencionar su nombre, su padre solía ponerse nervioso. Y nadie quería que su padre se pusiera nervioso.

El hijo mitad nórdico y mitad escocés del conde de Orkney no toleraba a los idiotas y, en el pasado, incluso antes de que ella naciera, Athdar había cometido una idiotez muy grande que su padre no olvidaba. No importaba que por entonces Athdar fuese joven y atrevido. No importaba que hubiese sufrido por su error. Y no importaba que el resultado hubiese llevado a Jocelyn MacCallum a Lairig Dubh como esposa del *laird*. Lo único que le importaba a su padre era que el comportamiento de Athdar había sido inapropiado y tal vez siguiera siéndolo. Isobel se apartó del camino y miró a Cora.

—No lo sé, Cora. No controlo sus idas y venidas.

Aunque lo haría si pudiera.

Dado que Isobel había visto como sus primos se emparejaban y se casaban en los dos últimos años, y dado que había alcanzado una edad adecuada para casarse, el único hombre que había llamado su atención era Athdar. No tenía nada que ver con su cuerpo fuerte y musculoso, ni con su penetrante mirada marrón, ni con aquella melena castaña que enmarcaba los ángulos masculinos de su cara. Isobel se secó el sudor de la frente con la mano y se dio cuenta de que se había fijado demasiado en sus atributos físicos.

También estaba el hecho de que la intrigaba. Siempre se mostraba respetuoso, le hablaba como si apreciara su criterio y no huía de ella como los demás hombres. Alguien capaz de plantarle cara a su padre no era nada malo. Era un hombre justo y competente, según el conde. Misericordioso, según su hermana.

E Isobel notaba la tristeza penetrante que habitaba en su interior y que despertaba algo en el fondo de su alma; tenía que ser ella la que le proporcionase consuelo. En vez de apartarla de él, aquello le atraía. Se estremeció al volver a mirarlo.

Cora se dio cuenta de su reacción, porque se quedó mirándola a la cara y entornó los

párpados. Después sonrió y asintió con la cabeza.

—Creo que no eres tan inmune como me quieres hacer creer, Isobel.

—Cora, es pariente por parte de mi padre —respondió ella con la esperanza de que Cora dejase el tema. Se secó las manos en el vestido, se apartó el pelo de los hombros y le dio la mano a su amiga—. Vamos, hay muchas cosas de las que ocuparse antes de la cena, venga o no venga Athdar.

Había estado cerca. Su amiga dejó el tema, aunque el hombre en cuestión caminaba por delante de ellas, puesto que también se dirigían hacia la fortaleza. La madre de Isobel estaba ayudando a lady Jocelyn en su salón privado y eso le proporcionaba una razón para seguir a Athdar. Se le aceleró el corazón en el pecho e intentó mantener bajo control las ganas que tenía de hablar con él... y lo habría conseguido si alguien no le hubiese llamado desde detrás. Athdar se dio la vuelta para ver quién le llamaba. Al hacerlo, su mirada intensa recayó en ella.

Isobel dejó de intentar comportarse como si su atención fuese algo habitual cuando Athdar le guiñó un ojo y sonrió. Ella se detuvo en seco e intentó acordarse de como respirar. Cora no estaba mirando, así que siguió andando un par de pasos antes de darse cuenta de que la había dejado atrás. Isobel se obligó a tomar aire y le devolvió la sonrisa. Estaba intentando pensar en algo breve que decirle cuando Ranald pasó por delante y se interpuso entre ellos.

—Estoy entrenando en el campo de prácticas, Dar —dijo Ranald—. Ven cuando hayas terminado con el *laird*.

Isobel vio como Athdar saludaba a Ranald, asentía con la cabeza y después se daba la vuelta para entrar en el edificio. Ranald las saludó a ambas y regresó al entrenamiento. Cora lo siguió con la mirada hasta que Isobel se aclaró la garganta para llamar su atención. El rubor en las mejillas de su amiga debía de ser similar al que ella aún sentía en la piel. Le hizo gestos para que siguiera andando y no dijo nada sobre su evidente atracción hacia Ranald.

Al entrar y recorrer el pasillo que conducía al salón privado de la señora del castillo, Isobel decidió que encontraría la manera de ver a ambos hombres entrenar más tarde. Sin duda, Cora la acompañaría en su misión.

Athdar maldijo para sus adentros al dejar atrás a las dos jóvenes y entrar en la oscura fortaleza de piedra para reunirse con su cuñado. Tenía que reunirse con Connor y con varios de sus consejeros para tratar diversos cambios en sus planes. Al saludar con la cabeza a aquellos que conocía, se maldijo a sí mismo por su estupidez. ¿Sonreír y guiñarle un ojo a Isobel? Debía de estar loco para hacer eso delante de los demás.

No, loco para hacer eso, punto.

Isobel era la hija de Rurik y, si Rurik descubría que le prestaba atención, pediría su cabeza... ¡O sus partes bajas! Ya había visto la muerte de cerca a manos de Rurik en una ocasión y no pensaba volver a experimentarlo, ni siquiera por la encantadora Isobel.

¡Pero era tan guapa! Había visto como dejaba de ser una niña desgarbada y se convertía en una hermosa mujer inteligente y segura de sí misma. Sus padres se habían encargado de que obtuviera una educación, igual que la mayoría de mujeres de las familias de los MacLerie. Y, al igual que las demás niñas y mujeres, se les había alentado a dar su opinión. Era muy poco corriente, sí, pero en la fortaleza de su cuñado y en el pueblo esa parecía ser la norma.

Fue a la estancia que Connor usaba como sala de trabajo y lo encontró allí con otros hombres a los que conocía. Cuando empezaron con la reunión, Athdar se distrajo pensando en una bonita cara adornada por unos rizos rubios y unos ojos azules verdosos que se llenaban de júbilo cada vez que se encontraban con los suyos. Y aquellos labios carnosos que le conducían hacia la locura. Su cuerpo siguió la línea de aquellos pensamientos y reaccionó de manera sorprendente. Cambió de posición en su asiento y eso llamó la atención de Connor.

—¿Estás bien? —preguntó Connor ofreciéndole una jarra de vino.

—Sí, lo estoy —respondió él, y dio un trago al vino para intentar concentrarse en el asunto que tenían entre manos, y no en la hermosa y prohibida Isobel—. ¿Qué hay de los preparativos para el invierno?

Por mucho que lo intentara, incluso mientras Connor seguía explicando sus planes, y la participación que su clan tendría en ellos, Athdar no podía evitar pensar en Isobel.

Y en lo poco fructífero que sería cualquier interés que pudiera tener en ella.

Al mirar a su alrededor y darse cuenta de que casi todos los presentes estaban felizmente casados, sintió el dolor en el corazón una vez más.

Quizá fuera feliz, pero jamás volvería a casarse.

El desastre de sus anteriores matrimonios y su reciente compromiso le habían hecho tomar esa decisión; no sometería a ninguna mujer a los peligros de casarse con él.

Y menos a la hermosa Isobel.

Las tragedias de su pasado le atormentarían día y noche, pero jamás expondría a alguien tan alegre como ella a la posibilidad de que pudiera estar maldito.

Había quienes le llamaban idiota. La gente moría. Las mujeres morían, sobre todo durante el parto. Pero después recordaban que ya se le habían muerto dos esposas, que había perdido a una prometida en un accidente y a dos posibles esposas por el miedo a todo lo que podría sucederles si sus padres accedían a casarlas con él.

De modo que, a pesar de su deseo de tener una esposa y una familia como aquellos hombres, Athdar comprendía que el destino estaba en su contra. Se puso en pie, se acercó a la ventana y respondió a Connor desde allí.

Como si pensar en ella la hubiese invocado, la hija de Rurik apareció ante sus ojos mientras atravesaba el patio en dirección al campo de entrenamiento. Su amiga y ella llevaban las cabezas muy juntas, conspirando sin duda sobre algún asunto femenino mientras se reían y miraban a los hombres que estaban entrenando. Athdar se bebió el vino y dejó la jarra en una bandeja cercana.

—Aceptaré tu invitación de quedarme unos días, Connor —caminó hacia la puerta e ignoró las miradas inquisitivas—. Debo ir a hablar con mi administrador sobre las provisiones que necesitamos.

—Tu hermana está en su sala, Dar —le dijo Connor.

—Iré a verla más tarde —Athdar levantó el pestillo de la puerta y la abrió—.

Regresaré en breve.

Sus pies le llevaron fuera antes de que pudiera pensar en lo extraño de su comportamiento. Algo, alguien tiraba de él como si una cuerda le conectara con... ella. Al darse cuenta del peligro de su proceder, aminoró el paso y fue a buscar a Ranald en su lugar.

Un buen combate podría quitarle aquella idea descabellada de la cabeza. Tal vez le ayudara a recordar cuáles eran sus razones para estar allí. Y sus razones para evitar el matrimonio.

Y su plan estuvo a punto de funcionar, hasta que oyó a Isobel susurrar su nombre cuando cayó de cara en el suelo tras recibir un buen golpe. ¿Cómo iba a poder ignorarla alguna vez si cada parte de su cuerpo y de su alma deseaba estar con ella?

—Rurik quiere casarla en otro lugar.

Connor dio un paso hacia delante y observó la escena que tenía lugar en el patio desde arriba; en su lugar favorito, detrás de su adorada Jocelyn. Se inclinó y colocó los brazos a ambos lados de donde ella estaba. Tomó aire y aspiró el aroma del jabón que su esposa usaba para lavarse el pelo. Se excitó solo con pensar en ella... bañándose... desnuda. Negó con la cabeza y se rio de aquella tentación constante que representaba para él, sin importar la edad ni las décadas que llevaran casados.

—¿Por fin se ha dado cuenta de que ya tiene edad para casarse? —preguntó Jocelyn girándose entre sus brazos—. Se ha resistido durante largo tiempo.

—Le han llegado dos peticiones recientemente. Hemos estado discutiéndolas y eso la ha obligado a aceptar que ya es el momento.

—¿Y tú apoyas esas uniones? —preguntó ella. Había algo en su voz. ¿Sospecha? ¿Sarcasmo?

Connor se rio.

—¿Ha empezado entonces el juego, esposa? —le dio un beso y vio como sus ojos se iluminaban con picardía—. Que así sea.

La soltó y miró por un lado de las almenas hacia el patio. El hermano de Jocelyn había abandonado la reunión de forma brusca y en aquel momento se encontraba peleando con uno de los guerreros más jóvenes, Ranald, ante una multitud enfervorizada. Incluso en la distancia, Connor se dio cuenta de que Dar luchaba de forma distraída. Y, si no se equivocaba, creía conocer a la persona causante de dicha distracción.

—Se fija en ella —Connor sintió que Jocelyn se tensaba y esperó a que objetara algo—. Rurik se opondrá.

—Athdar ha jurado no volver a casarse —susurró Jocelyn mientras contemplaban a su hermano perder el control del combate—. Guarda mucho dolor dentro de su cuerpo.

Connor se quedó callado, pues sabía que podría ser como volver a contar su propia historia; el dolor, la negativa a casarse, la incapacidad de albergar la esperanza de encontrar el amor hasta que casi era demasiado tarde. Solo la mujer que tenía ante él había logrado salvar su alma y su corazón de la oscuridad eterna.

—Rurik alberga la esperanza de que ella se enamore de otro, y eso sin haber mencionado el nombre de Dar.

—No creí que Rurik fuese de los que guardan rencor durante tanto tiempo —dijo Jocelyn—. Fue hace mucho tiempo y Athdar era muy joven. Y fue solo un insulto, no un ataque.

—Nunca antes te habías implicado en los asuntos de Dar. ¿Por qué aceptas ahora este desafío? —preguntó Connor. Estaba intentando averiguar si aquel se convertiría en su próximo desafío como casamenteros.

—No era cosa mía, Connor. Había aceptado eso —respondió ella con tristeza en la voz.

—¿Habías? —eso no era bueno.

—En las reuniones veo el anhelo en su mirada. Desea lo que nosotros tenemos. Desea una esposa e hijos. Amor. Lo desea y aun así le da miedo arriesgarse de nuevo.

—Tal vez deberías dejar que tome esa decisión por sí solo. Ahora es el jefe del clan, tiene responsabilidades. No creo que se tomara bien descubrir que has estado maquinando a sus espaldas —dijo Connor, con la esperanza de que aquello fuese suficiente para disuadir a su esposa de convertir la atracción entre Dar e Isobel en algo más—. Tengo asuntos de los que encargarme. ¿Te veré en la mesa?

Ella sonrió, asintió incluso, pero Connor sabía que no podría impedir sus esfuerzos por unir a su hermano con la hija de Rurik. Y habría consecuencias nefastas para ambas partes si eso sucedía. No tenía tiempo para hacerle entender lo arriesgada y descabellada que era su idea, pero se encargaría de eso más tarde. Esa misma noche. En sus aposentos.

—Hasta entonces —susurró ella, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

Connor observó el bamboleo seductor de sus caderas mientras se alejaba y se dio cuenta de que Jocelyn no había negado en ningún momento que fuese a seguir con su plan. Vencido de nuevo por el deseo hacia su esposa, Connor maldijo en voz baja y se alejó en la otra dirección. Tenía que mantener una conversación con Rurik.

O quizá no.

Pues, cuando se le encendían los ánimos, el capitán de todas sus tropas era un hombre poderoso incluso para él. Tal vez en esa ocasión fuese mejor echarse atrás y ver cómo se desarrollaba todo aquello.

Pensando en la tentación que estaría esperándole en su habitación por la noche, Connor se fue a buscar a alguien con quien poder pelear. Era una buena manera de despejarse la cabeza y agudizar su ingenio. Y, si su esposa y las demás madres habían decidido perseguir una unión, los demás padres y él tendrían que ser ingeniosos.

Aunque, a juzgar por la expresión de su esposa antes de darse la vuelta, sospechaba que tal vez ni siquiera su ingenio podría ganar aquella batalla.

Dos

Dado que era un noble de visita y le consideraban más familia que aliado, a Athdar no le sorprendió la informalidad durante la cena. Había comido muchas veces en casa de Connor, y casi siempre era así; familia, amigos, aldeanos y cualquiera que necesitara comida. A lo largo de la comida se sucedían diversas conversaciones, se oían risas en cada rincón y los comensales se movían de grupo en grupo para charlar con los demás.

Como siempre, se fijó en Connor, su cuñado desde hacía unos veinte años. Su mentor en muchas cosas, su némesis en otras, a Connor nunca le importaba su presencia ni sus opiniones, pero, al ver como su mirada se suavizaba al mirar a sus hijos o a su esposa, Dar experimentó una mezcla de envidia, celos y admiración. Que el intrépido y despiadado conde de Douran tuviera un lado tierno le hacía desear una vez más todo lo que Connor tenía.

Mientras bebía en abundancia de su jarra de cerveza, saludaba con la cabeza a los que pasaban junto a él y le saludaban. Miró a su alrededor y encontró a Rurik sentado a la mesa con su esposa y sus hijos. El hijo, un año más joven que Isobel, sería tan poderoso como su padre en unos pocos años. Su altura y su constitución delataban su herencia escandinava. Entonces Isobel se rio y Dar experimentó un escalofrío. Cuando ella levantó la cabeza, sus miradas se encontraron.

Dar sabía que debía mirar hacia otro lado. Isobel era demasiado joven para él. Era demasiado inocente, ajena a los horrores que él había visto. Se notaba que era hija de su padre. Por una vez, Dar se permitió disfrutar de la inocencia y de la frescura que veía en sus ojos, y no cuestionó el hecho de necesitar aquellas cosas. Al menos lo disfrutó hasta que alguien se interpuso entre ellos y puso fin a aquella conexión.

—Athdar —dijo su hermana mientras se sentaba en el banco junto a él—. ¿Cuándo regresarás a casa?

Athdar se rio al oír su pregunta. Si no la conociera tanto, habría pensado que ya no era bien recibido allí.

—Tengo pensado partir por la mañana, querida Jocelyn —respondió—. Ya he concluido mis asuntos con tu marido.

Jocelyn estiró el brazo y agarró un pedazo de carne de su plato.

—He estado pensando... —dijo antes de meterse en la boca el trozo de asado y saborearlo.

Que Jocelyn pensara solía significar problemas para él; había sido así de niño y seguía siéndolo ahora que era adulto y ocupaba el lugar de su padre como *laird*.

—Eso nunca es bueno, Joss —le dijo a su hermana—. Connor debería disuadirte de esas cosas.

Ella le dio un golpe en el hombro y negó con la cabeza.

—A veces no te enteras de nada. No me extraña que... —dejó la frase inacabada al darse cuenta de que cualquier broma sobre la vida matrimonial no sería apropiada. Pero la pena que sustituyó a la alegría de sus ojos le hizo más daño que los recuerdos—. Dar... —estiró el brazo para tocarle la mano, pero él la apartó antes de que pudiera hacerlo.

—Entonces, ¿en qué has estado pensando? —preguntó con la esperanza de que cambiara de tema.

—¿Será esta tu última visita antes de final de año? Sé que Connor y tú habéis hecho tratos con respecto a las provisiones y otras cosas, pero no sé si eso significa que no volverás por aquí hasta primavera.

—Connor me ha invitado a volver a visitaros y lo haré, a no ser que cambie el tiempo.

Jocelyn apartó la mirada.

—A no ser que cambie el tiempo... —repitió, y permaneció callada durante unos segundos antes de negar con la cabeza—. Bien. Yo siempre estaré encantada de verte.

Athdar estaba seguro de que su hermana deseaba decir algo más, pero Connor la llamó antes. Jocelyn se puso en pie al igual que él y asintió con la cabeza. Tras dar un par de pasos hacia su marido, se volvió hacia él.

—¿Connor ha dicho algo sobre... ayudarte a... llegar a algún acuerdo?

Athdar sabía de lo que estaba hablando. Aunque había expresado sus palabras en términos diplomáticos, el marido de su hermana, su superior, le había ofrecido negociar un contrato matrimonial. Lo había hecho varias veces en el pasado con otros aliados y familiares, de modo que no resultaba extraño. Pero él no necesitaba esa ayuda.

—Sí, lo ha dicho, Joss —respondió—. He declinado su oferta —era mejor que las cosas entre ellos estuvieran claras. En ese momento experimentó una frustración y una rabia inexplicables.

—Necesitas una...

—Mantente al margen —debió de hablar más alto de lo que pensaba, porque casi todos en el salón dejaron de hablar y se giraron hacia ellos.

Incluyendo Connor.

Incluyendo Isobel.

Y el padre de esta.

Rurik era desde hacía tiempo el defensor de Jocelyn, leal en todos los aspectos, de modo que no pasaría por alto un insulto. El capitán de todos los guerreros MacLerie comenzó a caminar hacia él, pero Connor llegó primero y le alejó con la mano.

—Jocelyn —le dijo a su esposa mientras le ofrecía la mano.

—Me estoy entrometiendo a pesar de que me advertiste que no lo hiciera, querido —dijo ella con una sonrisa—. Mi hermano era mi objetivo, y no está de acuerdo.

—Te pido perdón por mi tono, Jocelyn —dijo Athdar en voz alta, para que todos pudieran oír la disculpa. Fuese su hermano o no, *laird* por derecho propio o no, allí era un invitado y ella era la dama del castillo. La reacción de Jocelyn alivió la tensión de la situación cuando se lanzó a sus brazos y lo estrechó contra su pecho. Él se permitió un momento de debilidad y después se apartó.

—Ahora me iré, hermana —dijo. Asintió con la cabeza en dirección a Connor y esperó a que el *laird* le concediese permiso para marcharse—. Me marcharé con los primeros rayos de luz y no quiero molestarte tan temprano.

Connor le ofreció la mano y Rurik, convencido ya de que no necesitarían sus servicios, regresó junto a su esposa. Los demás siguieron con sus conversaciones y Dar se terminó la cerveza. Mientras regresaba a su habitación se dio cuenta de que, una vez más, estaba solo.

Y no importaba lo que le hubiese dicho a su hermana, pues era algo que no le gustaba ni deseaba. Pero el peligro de hacer algo que cambiara eso superaba sus deseos y necesidades personales. Porque, tras la muerte de dos esposas y una prometida, no pondría a ninguna otra mujer en peligro por acercarse a él.

Aquella noche oscura pasó despacio, y Athdar se levantó al amanecer para partir como había planeado.

Isobel había visto como Athdar terminaba de cenar y hablaba con lady Jocelyn. Algo muy extraño ocurrió entre ellos, y se estremeció al oír las duras palabras que hicieron que la dama se sonrojara. Después, tanto su padre, Rurik, como el *laird* fueron junto a ella y todo el salón quedó en silencio.

Isobel no podía imaginarse que lady Jocelyn necesitase protegerse de su hermano Athdar. Su padre la había defendido como un temible guardián desde que ella tenía uso de razón y, si a su esposo, el *laird*, le parecía extraño, nunca había hecho nada por impedirlo. A la madre de Isobel tampoco parecía importarle aquella relación, pues lady Jocelyn y ella eran íntimas amigas. Cuando el *laird* no estaba, su padre protegía a la dama. Cuando la dama viajaba, su padre se encargaba de todo. Siempre había sido así.

¿Por qué entonces había comenzado la hostilidad entre Athdar y Rurik? Mientras contemplaba la escena, había intentado recordar algún detalle sobre el comienzo de la enemistad. Después su padre había regresado a la mesa, Athdar había abandonado el salón y ella había sabido que no volvería a verlo durante aquella visita. Cuando su padre les dijo que regresaran con él a su casita en el pueblo, Isobel supo que, a no ser que ella hiciera algo, Athdar siempre tendría aquella mirada triste. Y no podía aceptarlo.

Tumbada en su cama, intentando conciliar el sueño, Isobel se había dado cuenta de que la única manera de conseguirlo sería que su madre estuviese de su lado. El apoyo de lady Jocelyn también sería beneficioso, porque su padre tendría en cuenta sus opiniones. Fue ideando y desechando planes a medida que pasaban las horas, hasta que la débil luz de un amanecer nublado comenzó a colarse en su habitación.

Isobel se vistió de prisa y en silencio, y después atravesó la casa con cuidado de no despertar a nadie. Con un poco de suerte, podría estar de vuelta en su cama antes de que su familia se levantara. Algunos de los aldeanos ya estaban despiertos encargándose de sus tareas y ella los saludó a su paso. No sabía bien por qué deseaba hablar con Athdar, pero lo aceptó y siguió caminando hacia la puerta principal.

Se envolvió con el chal para protegerse del frío de la mañana, levantó la cabeza y vio que las puertas se abrían. Un pequeño grupo montado a caballo cruzó las puertas y se dirigió hacia ella, de modo que se echó a un lado del camino para dejarles pasar. El jinete que los lideraba les hizo gestos para que siguieran y detuvo su caballo frente a ella.

—Es un poco pronto para salir, muchacha —dijo Athdar con voz tranquila—. ¿Sabe tu padre que deambulas sola por el pueblo? —su voz sonaba más profunda de lo habitual después de las horas de sueño, y por alguna razón le produjo un escalofrío. Isobel intentó ignorar la reprimenda.

—Para que lo sepáis, hay un asunto que tengo que tratar con lady Jocelyn —respondió ella. Se giró hacia la fortaleza y rodeó al caballo por miedo a decirle demasiadas cosas.

¿Cómo podía Athdar provocarle aquellas sensaciones?

El aplomo y la seguridad en sí misma que sus padres siempre elogiaban se habían esfumado y en presencia de Athdar se sentía como una idiota. En vez de mantener una conversación razonable, como hacía con cualquiera de su familia o con todo aquel que

visitaba al *laird* MacLerie, se convertía en una tonta balbuciente incapaz de decir nada con sentido.

Incluso en aquel momento, cuando deseaba hablar con él sobre su viaje y sus obligaciones como *laird*, preguntarle cosas sensatas y hacerle una sugerencia, lo único que podía hacer era sonrojarse y tartamudear.

—No quiero entretenerte y que llegues tarde a ver a mi hermana.

Orientó a su caballo hacia el pueblo, pero, antes de espolearlo, le dirigió una sonrisa e Isobel quiso que se abriese el suelo bajo sus pies.

—Adelante, muchacha. Esperaré a que entres.

Athdar iba a asegurarse de que estuviera a salvo antes de marcharse.

—Que tengáis un buen viaje, *laird* MacCallum.

—Mi nombre es Athdar, muchacha.

Nunca le había llamado así; era mayor que ella y tenía un estatus superior. Pero...

—Que tengas un buen viaje, Athdar —dijo finalmente.

Athdar le dirigió una sonrisa pícaro que le hizo parecer mucho más guapo. Ella se quedó sin respiración al contemplar su belleza.

—Y mi nombre es Isobel —añadió ella, haciendo uso del descaro que habría hecho sonrojar a su padre.

Las carcajadas de Athdar rompieron el silencio de la mañana y le produjeron un escalofrío de satisfacción.

—¡Que tengas un buen día, Isobel! —exclamó mientras se alejaba por el camino para reunirse con los demás jinetes.

Isobel caminó deprisa hacia la puerta, saludó a los soldados que estaban montando guardia y se abstuvo de darse la vuelta para ver marchar a Athdar. Había ganado esa batalla, pero no tenía ningún asunto pensado en particular, así que decidió ir a buscar a lady Jocelyn y empezar su campaña para luchar por Athdar.

Tres

Fortaleza MacCallum. Dos meses más tarde

Athdar entró cabalgando por la puerta y llamó a sus hombres mientras se aproximaba a los establos. Había pasado dos días cabalgando por sus tierras, supervisando el final de la cosecha antes del invierno. Aunque había pasado por muchos cambios de estación, aquel le resultaba diferente por alguna razón, y se preguntó si las tormentas invernales llegarían de las montañas antes de lo normal.

—*Laird*.

Athdar se dio la vuelta y vio que el administrador caminaba en su dirección.

—Hola, Broc —le saludó—. Los preparativos parecen ir bien, como bien dijiste.

—Aún queda por hacer la matanza, pero la haremos en las próximas semanas.

—¿Será entonces un invierno tranquilo?

Padruig MacCallum tenía la costumbre de acercarse sigilosamente y había logrado perfeccionar un paso ligero y silencioso. Eso ayudaba muchas veces en situaciones de peligro, pero también podía volver loco a Athdar con esa costumbre.

—El *laird* MacLerie ha fortalecido su control y su influencia en todo el suroeste de Escocia dado que el rey no actúa. Connor no ha previsto ningún brote de hostilidades... aún.

A juzgar por la expresión de sus dos hombres de confianza, Athdar no sabía si les alegraba o les entristecía la noticia. A él le gustaba una buena pelea como a cualquiera. Aun así, ahora que la seguridad del clan era responsabilidad suya, y después de haber recolectado las cosechas, había de admitir que un invierno tranquilo tenía su atractivo. Al menos lo admitiría para sus adentros.

—¿Qué otra noticia tienes para mí, Padruig? ¿Qué tal va el entrenamiento? ¿Tu hijo domina ya el manejo de la espada?

Una buena manera de hacer que su amigo cambiase de asunto era sacar el tema de su hijo. Padruig tenía predilección por el chico, ya casi un hombre, y por sus talentos.

Al ver que la cara de Padruig se iluminaba, supo que la conversación cambiaría y se preparó para el dolor que, una vez más, se había infligido a sí mismo.

A Broc le llevó solo unos minutos explicar todo lo que había que hacer antes de marcharse para seguir con sus tareas, como deseaba hacer Athdar. Con cada segundo que pasaba y con cada palabra que pronunciaba Padruig, otra daga se le clavaba en el corazón. Pero Padruig era su amigo, además de ser el capitán de los guerreros MacCallum, y no tardó en darse cuenta de lo que había dicho y de la importancia que tenía para él.

—¿Te lo ha dicho Broc? —preguntó.

—¿Lo del ganado?

—No, lo de tu hermana. Lady MacLerie —respondió Padruig.

—¡Broc! —gritó mientras caminaba hacia la fortaleza. Padruig lo agarró del brazo para detenerlo.

—Jocelyn viene hacia aquí. Un jinete ha traído el mensaje.

—¿Por qué viene ahora? —preguntó él zafándose para seguir andando. Pero entonces se detuvo—. Envía a dos hombres a recibirlos.

—Dar —insistió Padruig con un suspiro de exasperación.

Si Jocelyn estaba en camino, y Connor lo sabía, entonces iría bien protegida. Connor jamás permitiría que no fuese así. Así que la seguridad de su hermana no era un problema.

—No importa.

Aun así necesitaba saber más, así que entró en la fortaleza y fue a buscar a su ayudante, quien muy oportunamente se había olvidado de mencionarle la visita. Cuando lo encontró, Broc estaba de pie en un rincón de uno de los almacenes situados bajo las cocinas.

—¿Mi hermana? —preguntó para intentar llamar su atención.

Una visita inesperada podía deberse a un problema o no. Su hermana y su marido iban de visita varias veces al año, en ocasiones para verlo y en ocasiones porque estaban de camino hacia otro lugar, así que no había manera de saberlo. Salvo Broc, que no había respondido a su pregunta.

—¡Broc! — el grito resonó en toda la sala e hizo que los sirvientes que había en la cocina se quedaran mirando. Al fin su administrador se enderezó y se dio la vuelta para mirarlo.

Y fue entonces cuando una atractiva joven salió de detrás de Broc y se escabulló de la habitación. A Broc se le daban bien las muchachas y, a juzgar por la sonrisa y el rubor de aquella, Athdar supo que su administrador tenía otra conquista más.

—*Laird* —dijo la chica antes de salir.

—*Ailean*.

Broc esperó a que desapareciera por el pasillo antes de acercarse a él.

—Un minuto más y me la habría encontrado desnuda —dijo Athdar—. Dios mío, no pierdes el tiempo. Te fuiste del patio hace solo unos minutos.

Su administrador siempre había sido así; un hombre con más mujeres de las que podría manejar cualquier otro hombre. Había sido así durante su juventud y no parecía disminuir con la edad. Broc se encogió de hombros, sonrió y aceptó sus palabras como un cumplido.

—¿Viene mi hermana?

Broc cerró la puerta y regresó con él hacia las cocinas.

—Sí. Su mensajero dijo que están como a un día de camino y llegarán mañana a mediodía.

—¿Ocurre algo? ¿Ha dicho cuál es la razón de su visita?

—No, no ha dicho nada. Solo que viaja con una pequeña comitiva y que se quedará una semana. Ahora iba a preparar la estancia para ella y sus doncellas.

Su fortaleza no se parecía en nada a la de Connor, con sus diversos pisos, estancias y torres. Había una habitación grande en el piso inferior, apartada del salón principal, que se usaba para invitados junto con otras cuatro en el segundo piso. Y una torre pequeña para los guardias. El gran salón y las cocinas ocupaban casi todo el piso inferior, con un establo y una capilla apartados del resto. Pero era un lugar limpio y cómodo. Y además era suyo.

Un escalofrío recorrió su espalda y se preguntó si le preocuparía más la visita o el clima. No era propio de su hermana presentarse sin una invitación o sin haber avisado. Con sus diversas obligaciones como lady MacLerie y condesa de Douran, no era normal que atravesara Escocia solo para visitarlo. Esperaba que la inquietud que sentía no fuese presagio de nada malo.

Asintió mientras Broc se marchaba para seguir con sus asuntos y después fue a la

pequeña estancia que utilizaba para guardar sus informes y registros. Dado que no eran tan importantes como para requerir los servicios de un copista, Athdar se encargaba de sus propios registros y estaba orgulloso de ello. Al revisarlos, supo con certeza que su gente soportaría bien el invierno.

Sin embargo sus premoniciones fueron en aumento a medida que realizaba sus tareas durante el día.

Al día siguiente ya se había convencido a sí mismo de que estaba envejeciendo y de que pronto empezaría a quejarse de los mismos dolores que los mayores de su clan. Se rio de sí mismo al recibir el anuncio de la llegada de su hermana.

Pero, cuando vio quién acompañaba a Jocelyn, supo que sus sensaciones habían sido la advertencia de lo que estaba por venir, pues detrás de su hermana iba la mujer que más le confundía; Isobel Ruriksdottir.

Isobel sintió una gran excitación al ver la fortaleza ante sus ojos. No podía creer que su plan estuviese yendo tan bien. Aunque no podía garantizar que su madre fuese a apoyarla, o que lady Jocelyn conviniese en que ella era la mejor opción como futura esposa de su hermano. Todavía había muchas cosas que podían salir mal.

Mientras atravesaban la puerta, Isobel se irguió sobre su caballo y contempló el patio a su alrededor con la esperanza de que él estuviera allí esperándolas. Lady Jocelyn le había avisado con poca antelación de su llegada y no le había explicado los motivos de la visita.

La dama tenía una razón; endeble, sí, pero tenía sentido. Las hierbas que la curandera de Athdar necesitaba para sus almacenes no estaban incluidas en el último envío. Esas hierbas y plantas medicinales iban envueltas en un paño húmedo dentro de su bolsa, como le había ordenado Margriet. Necesitarían esos productos antes de que llegara el invierno, de modo que tenían una razón para estar allí... más allá de la suya propia.

El grupo se detuvo e Isobel aguardó mientras Athdar saludaba a su hermana. Desde donde ella se encontraba, detrás junto al caballo de su madre, no podía verlo ni él podía verla, así que escuchó mientras le daba la bienvenida a su hermana y la ayudaba a bajar. Varios jóvenes se acercaron para ayudar con los caballos y uno de ellos la bajó al suelo. Con su ayuda desató también la bolsa de la silla de montar para llevarla consigo. Su madre le ofreció la mano e Isobel se la estrechó para ir juntas a saludar al *laird* de manera apropiada.

—¡Margriet! —dijo él al ver a su madre—. Isobel —añadió mirándola a los ojos—. Bienvenidas a mi hogar.

Aunque su madre ya había estado allí antes, era la primera vez desde que el lugar era de Athdar. Ella los siguió mientras entraban en la fortaleza, mirándolo todo y a todos. Jocelyn había vivido allí hasta su boda con Connor MacLerie; algo provocado por las travesuras juveniles de Athdar, si no lo había entendido mal. Solo había oído partes de la historia, pero había tenido un resultado mucho más feliz de lo que la gente se había atrevido a imaginar en su momento.

La fortaleza era de piedra, no tan grande como la de los MacLerie, con solo dos pisos y una torre para los guardias. Desde que se convirtiera en *laird*, Athdar había hecho cambios que, según Jocelyn, hacían que la fortaleza fuese más cómoda. Pero, sobre todo,

los MacCallum se habían convertido en aliados del poderoso clan MacLerie.

Poco después llegaron al otro extremo del gran salón, y Athdar las condujo hacia una mesa con fuentes de comida y jarras de cerveza.

—Broc ha pensado que os apetecería tomar algo después del viaje —dijo Athdar. Lady Jocelyn y su madre dirigieron la mirada hacia el hombre que debía de ser su administrador.

Broc parecía tener la misma edad que Athdar, pero, mientras que Athdar siempre tenía una expresión seria que le hacía fruncir el ceño, él parecía más alegre... y algo más que no era capaz de identificar. Llevaba el pelo recogido hacia atrás y sus ojos eran del color de la piedra con que estaban contruidos los muros a su alrededor. Se fijó en su sonrisa y sintió que se le ruborizaban las mejillas. Justo en ese momento Athdar lo llevó ante ellas para que pudiera saludarlas.

—Margriet, bienvenida —le dijo Broc a su madre con una reverencia—. Hace varios años que no nos honrabas con una visita.

Su voz profunda logró alterar incluso a su madre, que se sonrojó y después soltó una risita. Isobel había visto a muchas mujeres reaccionar así ante su padre, pero jamás imaginó ver a su madre caer bajo el mismo embrujo con otro hombre.

—Isobel, bienvenida —le dijo a ella con una sonrisa mientras le daba la mano—. Nos conocimos hace unos años en Lairig Dubh, pero no eras más que una niña. Ahora... — Athdar se aclaró la garganta y Broc continuó—. Espero que disfrutes de tu estancia aquí.

Isobel se consideraba inmune a un flirteo tan descarado, pero se equivocaba. Y, dado que ni su madre ni Jocelyn se resistían, ella también le devolvió la sonrisa.

—Muchas gracias por este recibimiento tan cálido —dijo—. Estoy segura de que disfrutaré mucho de mi visita.

Broc la condujo hacia su asiento.

—¿Quieres que lleven la bolsa a tu habitación? —le preguntó mientras les hacía gestos a los sirvientes para que comenzaran.

—Eso es para Laria —respondió lady Jocelyn antes que ella. La curandera del pueblo de Athdar necesitaría lo que le habían llevado.

—¿Quieres que se lo lleven o prefieres que venga ella aquí? —preguntó Athdar.

—Quizá a Isobel no le importe llevárselo cuando hayamos acabado aquí.

—Desde luego, milady —dijo Isobel. Así tendría oportunidad de visitar el pueblo y estirar las piernas después de tantos días de viaje.

Ocupó el asiento que Broc le señaló y vio que Athdar hablaba con su hermana en voz baja. Parecía aliviado por algo; seguramente esperaba malas noticias.

Después la tensión entre los hermanos pareció disiparse y el rostro de Athdar adquirió una expresión aniñada que la dejó sin respiración.

Isobel se permitió unos segundos para deleitarse mirándolo antes de volverse hacia su madre para hablar de las plantas que habían llevado. Marian, la esposa de Duncan, tenía un gran talento con las hierbas y plantas medicinales, y se encargaba de los jardines de la fortaleza. La propia Isobel había ayudado a Marian a veces y había adquirido conocimientos que poder usar cuando se casara y supervisara la casa de su marido. Las plantas que llevaban consigo servirían para tratar fiebres y dolores, y estarían secas y listas para usarse antes de que llegara el invierno.

Athdar y Jocelyn se unieron a su conversación, y entre todas le pusieron al corriente de las últimas novedades en Lairig Dubh. Pronto terminaron de comer y el administrador se dispuso a guiarlas hacia la estancia donde habían colocado su equipaje. Isobel se excusó de

su madre y de lady Jocelyn para ir a hablar con Athdar.

—¿Podrías decirme cómo se va a casa de Laria? —preguntó apartándose el pelo de la cara.

—Ven, yo te llevaré —respondió Athdar.

—Tú debes de tener cosas más importantes que hacer —dijo ella. Aunque aquello encajaba con su plan, no deseaba apartarlo de sus obligaciones como *laird*... Al menos de momento.

—Una de las obligaciones de un *laird* es ser hospitalario con sus invitados, así que eso es lo más importante en este momento —a juzgar por el tono de su voz y la seriedad de su mirada, no parecía estar bromeando. Así que ella tampoco bromeó.

—Es un honor, Athdar.

Asintió con la cabeza y aceptó su brazo cuando se lo ofreció. Athdar ajustó su paso al de ella mientras atravesaban el salón y abandonaban la fortaleza por las cocinas. Iba presentándole a sus parientes según avanzaban, señalaba lugares de interés durante el camino y mantenía una conversación agradable.

Si la fortaleza no era tan grande como la de Lairig Dubh, tampoco lo era el pueblo, pero todos parecían estar sanos y contentos. Nadie parecía temer acercarse al *laird* para hablar con él, ya fuera joven o viejo, hombre o mujer. Generalmente hablaban de la cosecha y del inminente invierno, pero algunos chicos jóvenes desafiaban a Athdar para que pelease con ellos, y él aceptaba de buena gana.

Aunque le soltó el brazo en varias ocasiones cuando se paraban a hablar con alguien, volvía a ofrecérselo de inmediato cuando reanudaban la marcha. Cuando Isobel tropezó con la raíz de un árbol, él la sujetó e impidió que cayera. El camino serpenteaba entre un pequeño bosque hasta llegar a un claro. Allí había una casita rodeada por un jardín frondoso y un muro bajo. El humo salía por la chimenea y se perdía en el aire. Athdar abrió la puerta del muro y dejó que ella entrara primero. Antes de llegar a la puerta de la casa, esta se abrió y del interior salió una mujer.

—*Laird* —le dijo a Athdar con una inclinación de cabeza—, buenos días —añadió antes de mirar a Isobel.

—Buenos días, Laria —respondió Athdar—. Esta es Isobel Ruriksdottir, de Lairig Dubh. Tiene algo para ti de parte de mi hermana.

—Entonces, ¿tú eres la hija de Margriet? —Isobel asintió mientras la mujer seguía examinando su rostro—. Te pareces a ella —Laria se echó a un lado y les indicó que pasaran.

—Yo debo regresar a la fortaleza a encargarme de unos asuntos. Enviaré a alguien a buscarte —dijo Athdar, y se quedó en la entrada esperando su respuesta.

—Puedo volver sola —respondió Isobel mientras seguía a Laria hacia el interior de la vivienda—. De nuevo te doy las gracias por traerme aquí.

Isobel vio como Athdar se alejaba de la casa y de ella. Daba igual lo que él le dijera, pues era un hombre importante en su clan y tenía mucho que hacer además de encargarse de una invitada. Aun así, había sido un regalo que ella agradecía.

—¿Has traído las plantas? —preguntó Laria.

Isobel se dio cuenta de que la mujer se había acercado a una enorme mesa de trabajo llena de tarros, cuencos, plantas y hojas. Se dirigió también hacia allí y dejó su bolsa.

—Marian ha enviado las que pediste y otras que pensó que podrías necesitar —le dijo mientras abría la bolsa, sacaba el paquete y se lo entregaba a Laria.

Observó en silencio mientras la curandera manejaba las plantas y las hierbas casi

con veneración, desenvolviéndolas con cuidado y separando los tallos de las raíces y de las hojas. Algunas las colocó directamente en cuencos con agua, otras en cuencos llenos de aceite. Isobel no tenía el conocimiento suficiente para saber qué era cada cosa ni para qué servía. Laria siguió trabajando sin prestarle atención, así que ella se dedicó a deambular por la casa, examinando algunos de los tarros y oliendo algunas de las plantas aromáticas. Pero, cuando estiró la mano para tocar una, Laria exclamó:

—¡No!

Isobel se sorprendió por su tono y apartó inmediatamente la mano de aquella planta oscura que había llamado su atención.

—Lo siento —dijo mientras regresaba a la mesa donde Laria seguía ocupándose de las nuevas plantas.

—Algunas son más... delicadas que otras y no deben tocarse —explicó la curandera devolviéndole la bolsa vacía. Por un momento Isobel pensó que la mujer iba a decir algo más, algo aparte de «delicadas».

—Te pido perdón. Tendré más cuidado, Laria.

Isobel notó la tensión entre ellas. Algo había cambiado y no podía explicar por qué. Tal vez alguien ya hubiese dañado las plantas anteriormente por no tener cuidado. Lo que dijo Laria a continuación confirmó su sensación.

—Si no tienes nada más que darme, debo ponerme a trabajar con estas hierbas —dijo señalando las plantas que había desenvuelto y separado. Aunque su cara era impasible, sus ojos mostraban algo más, un brillo oscuro y sospechoso.

Quizá estuviese demasiado cansada. O tal vez fuese la actitud de la mujer. Así que se apartó el pelo de la cara y asintió.

—Vamos a quedarnos una semana. Si necesitas algo más de Lairig Dubh, dínoslo a lady MacLerie o a mí, y haremos que te lo traigan antes de que empiece el invierno.

Caminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de marcharse. No podía explicar qué la llevó a hacer la siguiente pregunta.

—Athdar ha hablado muchas veces de tu habilidad como curandera, Laria. Si yo prometiera ser cuidadosa y obedecer todas tus órdenes, ¿me enseñarías algo de lo que sabes mientras esté aquí?

—¿Por qué? —preguntó la curandera.

—Mis conocimientos sobre plantas y hierbas son limitados. Mis padres están considerando diversas propuestas de matrimonio, y sé que tal vez tenga que supervisar esas cosas en casa de mi futuro marido antes de lo que pensaba. Me gustaría adquirir conocimientos antes de casarme —era cierto, aunque por su mente rondaba otra razón menos identificable.

Laria se quedó mirándola en silencio durante más tiempo del que ella consideraba necesario para rechazar su propuesta. Entonces, para su sorpresa, accedió, aunque con evidente reticencia.

—Puedo dedicarte algo de tiempo cada mañana, si quieres venir —le dijo.

—Sí. Me encantaría. Muchas gracias, Laria —respondió Isobel.

—Y no toques nada sin que yo te lo diga.

—Desde luego —le aseguró Isobel mientras levantaba el pestillo de la puerta—. Vendré mañana entonces.

Confusa y satisfecha al mismo tiempo, Isobel regresó a través del bosque hacia la fortaleza. Saludó a aquellos con quienes se iba encontrando. Todos se mostraban simpáticos; algunos la habían visto antes con Athdar y a otros los había conocido en

diversas ocasiones, cuando habían acompañado a su *laird* en sus visitas a Lairig Dubh. No recordaba todos los nombres, pero muchas caras le resultaban familiares.

Llegó a las puertas y los guardias le permitieron pasar. Vio a su madre sentada con lady Jocelyn y otras mujeres al otro extremo del salón.

Entonces, si todo iba bien, ¿por qué sentía aquel frío en los huesos? ¿Por qué se sentía como si alguien acabase de caminar sobre su tumba?

Cuatro

Jocelyn estaba sentada en el salón con Margriet y varias de sus primas; todas estaban trabajando para reparar un enorme tapiz. Siempre había sido uno de sus favoritos, una escena que incluía a todos los animales que habitaban en los bosques y lagos que rodeaban la zona.

De niña, solía contemplar aquel tapiz e inventarse historias sobre todos los animales, incluyendo sus nombres y ocupaciones. Se había fijado en las esquinas deshilachadas y dañadas durante su última visita, así que decidió aprovechar aquella para repararlo.

Esa era una de las desventajas de que Athdar no tuviese esposa; había ciertas cosas de las que una mujer tenía que encargarse en la fortaleza y en el pueblo. Una de sus primas se había ofrecido y asumía las responsabilidades de la señora del castillo, trabajando mano a mano con Broc. Y Laria era la curandera y se encargaba de las dolencias del pueblo.

Pero Athdar necesitaba una esposa. El clan necesitaba que su *laird* se casara.

Más que eso, su hermano se merecía una felicidad duradera. Sentía pena por todo lo que había perdido, y el hecho de que lo deseara y no se atreviera a buscarlo le rompía el corazón. Esa era la razón por la que había decidido que era el momento de intervenir. Ganar o perder la apuesta de casamenteros realizada entre sus amigas y sus maridos no significaba nada para ella en comparación con el dolor y la infelicidad de Athdar.

Todo el mundo merecía la oportunidad de tener una familia. Si su marido, en otra época la Bestia de las Montañas de Escocia, había encontrado la redención, su hermano también debería encontrarla.

—Entonces, ¿te parece sensato? —le preguntó Margriet mientras pasaban los hilos entre las bordadoras. Las demás mujeres hablaban entre ellas sobre sus tareas y sus familias.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Ya sabes cuál es nuestro acuerdo —dijo Jocelyn con una sonrisa.

—Rompiste todas las reglas al traerme contigo en esta misión —respondió Margriet dejando las manos sobre su regazo para descansar—. No esperarás que me quede sentada observando cuando mi hija es parte de tu conspiración.

—Margriet, no es ninguna conspiración. Sabemos que Isobel se siente atraída por Athdar y él por ella. Deseaba ver si existe una llama de verdad antes de alentar esta unión.

—Pero él ha jurado no volver a casarse. ¿Cómo piensas superar eso? —preguntó Margriet.

—Creo que la cuestión sería cómo lograr que tu marido acepte una unión entre ellos. Ninguno ha superado el incidente —Margriet palideció al oír las palabras de Jocelyn.

El primer encuentro de Rurik y Athdar y el altercado causado por el comportamiento estúpido y los insultos de Athdar habían hecho que Jocelyn se viera obligada a casarse. Por alguna razón, la felicidad que había encontrado con Connor no había aliviado las tensiones entre dos de los hombres más importantes de su vida. Se mostraban el respeto que merecían debido a su rango, pero no era más que una simple deferencia.

—Se muestra protector con ella —argumentó Margriet—. Tampoco se tomó mucho

mejor las sugerencias que le hizo Connor para casarla. Rurik aún la ve como a una niña. Si tuviera tiempo para pensar en las cosas buenas que podría reportarle el matrimonio entre ellos... —dejó la frase inacabada y ambas intentaron imaginarse la reacción de Rurik.

Jocelyn fue la primera en resoplar y carcajearse, seguida de Margriet, y ambas llamaron la atención del resto de mujeres. Jocelyn se encogió de hombros y esperó a que retomaran sus conversaciones antes de volver a hablar.

—Tal vez sea mejor pedir perdón que pedir permiso —sugirió en voz baja.

Si Tavis MacLerie hubiera pedido permiso para casarse con Ciara, la hija de Marian y Duncan, se le habría denegado. Si el prometido de Ciara hubiera pedido permiso para romper su compromiso y casarse con otra, le habría sido denegado. A veces era mejor tomar las riendas de las cosas en vez de hacer lo que estaba establecido.

—Quizá eso sea prematuro, Jocelyn. Ni siquiera sabemos si es algo más que una simple atracción entre ellos. Si mi hija va a casarse, quiero que sea feliz en su matrimonio.

—Cierto. Y por esa razón os he invitado a venir aquí. Para ver cómo se comportan juntos. En un lugar donde él está al mando y no se deja influir por la presencia de Connor o de Rurik. Para ver cómo es de verdad Athdar.

Se quedaron en silencio y siguieron trabajando en el tapiz durante algún tiempo, antes de ver a Isobel entrar en el salón.

Jocelyn había estado encantada al ver que su hermano se ofrecía a acompañarla a casa de la curandera y, a juzgar por su rubor y su sonrisa, había sido una buena idea.

—Lady Jocelyn —dijo Isobel inclinando la cabeza mientras se acercaba—. Madre.

Margriet le ofreció a su hija aguja e hilo, y esta se sentó en una silla junto a ella. Isobel tenía mucho talento con la aguja, pero sus demás talentos eran más impresionantes y serían un regalo para cualquier hombre lo suficientemente afortunado como para casarse con ella.

Era sensata, inteligente y amable. Se había convertido en una de las mejores jugadoras de ajedrez de la familia y era capaz de derrotar a su padre y a Marian sin esforzarse. Eso daba muestra de su mentalidad lógica y de su habilidad para entender cómo funcionaban las cosas.

—¿Te ha dicho algo Laria? —preguntó Margriet.

—No, no mucho. Le he dicho que, si necesitaba algo más, hablara contigo —Isobel se acercó el tapiz y después miró a Jocelyn—. No es una persona amigable, ¿verdad?

—No, no lo es —confirmó Jocelyn—. Pero tiene talento y siempre lo ha usado para el bien del clan.

Observó mientras Isobel asimilaba el significado de sus palabras. El carácter de Laria nunca había sido el mismo tras perder a sus dos hijos, pero ¿qué mujer podría ser inmune a semejante tragedia? Aun así, trabajaba incansablemente para proporcionarle hierbas y medicamentos a cualquiera que los necesitara. El padre de Jocelyn y después Athdar le ofrecían a Laria un salario para que pudiera seguir con su trabajo.

—Sus jardines deben de ser impresionantes en primavera —dijo Isobel—. Le he preguntado si querría enseñarme parte de su trabajo mientras estoy aquí.

—¿De verdad? —preguntó Margriet—. ¿Por qué? Nunca habías mostrado interés por esas cosas.

—Sé que papá y tú estáis pensando en casarme con alguien, y tendré que supervisar cierta cosas para mi... marido —hizo una breve pausa—. Me ha parecido una buena oportunidad, dado que estamos aquí y no tengo ninguna otra obligación.

Jocelyn sonrió para sus adentros y miró a Margriet. Isobel sabía que era el

momento. Lo único que tenían que averiguar era si casarse con Athdar era el camino correcto para ambos.

Algo fácil de lograr si se lo proponía.

Athdar había aceptado como inevitables dos cosas al saber que Jocelyn iba a visitarlo acompañada de Isobel y de su madre. La primera era algo que siempre sucedía durante las visitas de Jocelyn; la fortaleza estaría mejor cuando ella se hubiera ocupado de supervisar las cosas. La segunda era que pasaría mucho tiempo con la hermosa Isobel. Siempre había sabido cuáles eran sus limitaciones y sus puntos fuertes, y comprendía cuál era el verdadero propósito de la visita de su hermana; algo que nada tenía que ver con las plantas para Laria.

Mientras daba otro trago a su cerveza y pensaba en su reacción a aquella visita inesperada, aceptó otro hecho inevitable; Jocelyn no había cejado en su empeño de buscarle otra esposa.

Su hermana dijo en ese momento algo sobre la receta del asado que había preparado el cocinero. Él asintió y murmuró algo aceptable, pero su mente no dejaba de darle vueltas a la situación. Sabía que Jocelyn hacía casi todo para protegerlo o ayudarlo. Siempre había sido así entre ellos; de niños y de adultos.

Su matrimonio con Connor, aunque hubiese tenido un resultado feliz, había sido su intento de librarlo de una mala situación que él mismo había causado; una de tantas a lo largo de su infancia y de su adolescencia. Ahora se preguntaba si los pecados del pasado estarían persiguiéndole y atormentándole con la cercanía de Isobel.

Isobel sonrió justo entonces y le dijo algo a su madre. Athdar vio como su boca sonreía y sus ojos se iluminaban. Era tan joven y hermosa.

Y tan tentadora.

Se recostó en su asiento y escuchó la conversación sobre algún asunto doméstico. Entonces se dio cuenta de que no era el único que estaba observándola y escuchándola. También había llamado la atención de Broc, de Padruig y de muchos de los demás hombres sentados cerca, ya estuvieran solteros o casados. Cuando Broc le miró y le guiñó un ojo, supo que Isobel había conquistado a otro más. Su manera de conversar, de dar opinión y de preguntar para aclarar algo demostraba su inteligencia innata.

¿Cuándo había dejado de ser una niña y se había convertido en... aquello?

Mientras él vivía en un infierno.

El infierno que comenzó al casarse por primera vez con la mujer a la que había amado durante años. El infierno de verla morir tras dar a luz a su hijo, y después perder al niño a los pocos días. El infierno que continuó con la muerte de otra esposa y, después, otra prometida.

Mientras Rurik mantenía a salvo a su hija, él había perdido a tres mujeres.

No era de extrañar que no se hubiese fijado en los cambios que había experimentado al llegar a la edad adulta.

Bebió de nuevo para intentar borrar el sabor amargo de los recuerdos y siguió mirando a las mujeres, que hablaban del último plan de Jocelyn para mejorar el salón. No le importaba su ayuda, no le importaba que le recordara el hecho de que no tenía esposa que se ocupara de su hogar, como había hecho su madre por su padre. Su hermana se encargaba de que todo estuviese limpio y arreglado, tareas que él nunca pensaría en realizar. Broc se encargaba de las tareas importantes de un administrador, como las provisiones y el ganado,

pero aquello dejaba sin hacer varias cosas menos fundamentales. Estaban retirando las fuentes vacías cuando Athdar se terminó la cerveza.

—Isobel, ¿juegas al ajedrez? —sabía que sus padres sí, al igual que Jocelyn y su marido. Era probable que Isobel también. Algo en su interior le impulsó a desafiarla cuando ella asintió. Deseaba hablar con ella—. Juega conmigo.

—Athdar, ha sido un día muy largo —respondió Jocelyn antes de que Isobel pudiera hacerlo—. ¿Qué tal mañana?

Isobel respondió como lo haría cualquier invitada bien educada.

—Estoy de acuerdo con lady Jocelyn, Ath... milord —comentó.

—Somos parientes, Isobel —respondió Jocelyn—. Estoy segura de que a mi hermano no le importa que le llames por su nombre. Ahora estamos emparentados —agregó mirando a Athdar.

—Desde luego que no, Jocelyn —dijo él—. Disculpad mi falta de consideración. Debería haber recordado que habéis estado viajando durante días en vez de insistir —se puso en pie y le ofreció la mano a su hermana—. Te veré por la mañana.

Athdar abrazó a Jocelyn, les hizo una reverencia a Margriet y a Isobel y esperó a que abandonaran la mesa para volver a sentarse.

Mientras caminaban hacia la parte de atrás del salón, donde se encontraba la estancia que utilizarían, Isobel se detuvo y miró a su alrededor como si buscara algo. Él miró hacia donde había estado sentada y vio su pañuelo en la mesa. Lo agarró y caminó hacia ella.

—Te olvidas esto —dijo.

—Si no te importa esperar, me gustaría jugar al ajedrez —susurró ella.

Athdar intentó disimular su sorpresa, tanto por el hecho de que aceptara su invitación como por el atrevimiento de regresar sin su madre ni Jocelyn. Si él hacía lo correcto, sería ordenarle que permaneciera en su habitación hasta por la mañana. Si hacía lo correcto, pasaría otra noche en vela. Si hacía lo correcto... ¡Maldición! Él siempre hacía lo correcto.

—Aquí estaré.

Isobel se dio la vuelta y regresó junto a su madre. Él las vio marchar y sonrió por aquel giro de acontecimientos. Isobel estaría a salvo con él; nunca se excedería con la hija de Rurik ni se entretendría con una mujer soltera arriesgándose a poner en entredicho el honor de ambos. Eran de la familia, como había señalado Jocelyn. De modo que la trataría como tal.

Y la esperaría.

Cinco

Isobel estaba tumbada en su cama en la oscuridad, escuchando como su madre y lady Jocelyn iban quedándose dormidas y pensando en lo atrevido de su comportamiento. Cuando su respiración se tornó profunda y sosegada, aguardó unos minutos más y se destapó sin hacer ruido, decidida a regresar al salón. Le llevó varios minutos más salir de la cama, ponerse su vestido más sencillo y atravesar la estancia hasta llegar a la puerta.

No sabía qué se le había metido en la cabeza al decirle a Athdar que regresaría, pero le había parecido más sencillo que contradecir a Jocelyn y hacer que pareciera más importante de lo que era. Al mismo tiempo, sí que deseaba verlo y jugar contra él sin tener que esperar a otro día. El paseo hasta casa de Laria había sido muy agradable y ella había logrado deshacerse del nerviosismo que siempre la invadía cuando estaba con él.

Levantó el pestillo con sumo cuidado y abrió la puerta. El salón estaba en silencio y a oscuras. El fuego encendido en el hogar al otro extremo de la sala era su única guía. Se recogió el pelo y se lo ató con una cinta de cuero. Después tomó aire y lo dejó escapar lentamente mientras daba los primeros pasos sobre el suelo de piedra. Según se acercaba, vio una mesa pequeña y dos sillas frente al fuego. Athdar estaba de pie, con el brazo apoyado sobre la repisa de la chimenea, contemplando el tapiz que colgaba encima.

—¿Has ayudado tú a repararlo? —preguntó tranquilamente. No parecía haber notado su llegada, así que las palabras sorprendieron a Isobel. Contenta al ver que la había esperado, se acercó más.

—Sí. He trabajado con mi madre, tu hermana y las demás mujeres para repararlo. Se estaba deshilachando por este lado —dijo, se puso a su lado y señaló la esquina más cercana del enorme tapiz—. Lady Jocelyn ha reparado el oso y el ciervo.

—Eran sus favoritos —Athdar estiró el brazo y tocó el borde del tapiz antes de girarse hacia ella—. Solía contar historias sobre todos los animales cuando nuestra madre terminaba de bordarlos —le ofreció la mano y la condujo hacia una de las sillas sin dejar de sonreír por los recuerdos.

Una vez sentados, Athdar le ofreció una jarra que tenía sobre la bandeja situada junto al tablero. Ella la aceptó y dio un sorbo a la cerveza diluida.

Las llamas del fuego se alzaron por un momento e iluminaron su rostro. Por unos instantes Isobel no vio el dolor de su mirada, sino al hombre joven que recordaba de su infancia. Se imaginó al adolescente que irritaba a su hermana y a sus padres. Al hombre antes de...

Perder tantas cosas.

Isobel levantó su jarra y se inclinó hacia delante para mirar el tablero. Si seguía pensando en las diversas tragedias que Athdar había vivido, acabaría llorando.

—Entonces, ¿el ajedrez se te da mejor que a tu padre? —preguntó él mientras se acomodaba en su silla.

—Él nunca lo admitirá, pero sí, así es —confesó ella—. Aunque no puedo vencer a la esposa de Duncan con mucha facilidad —la esposa de Duncan, Marian, era una contrincante formidable al ajedrez. Incluso su padre había renunciado a intentar vencerla.

—Pero ¿lo has intentado? —preguntó él mientras colocaba las piezas negras en su lado. Ella agarró las rojas y empezó a colocarlas en sus casillas.

—Ella me enseñó a jugar.

Su sorpresa fue evidente y ella se carcajeó al ver su reacción.

—Tal vez deba irme a la cama después de todo.

—No. No me rendiré tan temprano —respondió él—. Pongamos a prueba nuestras habilidades antes de retirarnos —sus ojos destellaron entonces e Isobel se quedó perdida en su mirada durante varios segundos.

—Muy bien —dijo—, si eso es lo que deseas.

Se quedaron en silencio mientras ella hacía su primera jugada y después se quedaba observando la de él. Isobel no se apresuró ni tampoco se detuvo, sino que se tomó su tiempo para aprender su método y sus estrategias. Tenía talento, aunque jugaba con discreción. En varias ocasiones la sorprendió con alguna decisión más arriesgada, pero cada riesgo le reportaba un éxito. Al final Isobel tuvo que esforzarse por hacer que su derrota pareciera real.

—Eres una contrincante peligrosa, Isobel Ruriksdottir.

—Pero has ganado tú, Athdar —dijo ella. Se llevó la jarra a los labios y bebió antes de poder decir nada más.

—Tú me has dejado ganar. Deberías haberme quitado varias de mis piezas cuando las he puesto en peligro.

Isobel había aprendido hacía tiempo que a los hombres no solían gustarles las mujeres que pudieran vencerlos en algo, así que no tenía ninguna intención de admitir que tenía razón. Pero, al mirarlo a los ojos, cambió de opinión.

—¿Te sientes insultado? —preguntó.

—Sí. Insultado porque pienses que hay que consentirme como a un mocosito —el brillo había vuelto a sus ojos, así que Isobel dudaba que se sintiese realmente insultado.

—Podríamos volver a jugar.

—¿Una partida sincera?

—Si es lo que deseas.

Comenzaron otra partida sin decir una palabra más y el resultado nunca estuvo claro para ninguno de los dos. Al final Isobel hizo su última jugada y ganó. Dejó todas las piezas que había ganado en la caja de madera situada junto al tablero, antes de levantar la cabeza y mirar a Athdar.

¿De verdad aceptaría bien la derrota? ¿O se enfadaría a pesar de lo que había dicho?

—Bien jugado, Isobel —dijo—. Pensaba que iba a ganar hasta que has hecho esas tres últimas jugadas. Tienes mucho talento, muchacha.

Aquel cumplido hizo que a Isobel se le sonrojaran las mejillas.

Athdar se puso en pie, metió el resto de piezas en la caja y la cerró. Levantó el tablero y se lo puso bajo el brazo. Ella aguardó a que volviese a colocarlo sobre la repisa de la chimenea.

No sabía cuánto tiempo había pasado mientras jugaban. Miró hacia el fuego y vio que casi se había consumido. Nadie había entrado mientras jugaban; probablemente estuvieran todos durmiendo en sus camas, como deberían estar ellos.

—Athdar, yo...

—Isobel...

Ella se rio suavemente y esperó a que él hablara primero. Justo cuando Athdar abrió la boca para empezar, se oyó una tos en la oscuridad. Ambos se dieron la vuelta y vieron a su madre frente a la puerta de su habitación.

—Debería irme —susurró Isobel.

—Sí. Vete —respondió él—. Si necesitas que hable con ella, lo haré.

—Buenas noches, Athdar —dijo ella mientras se alejaba.

—Buenas noches.

Isobel había dado ya unos pasos hacia su habitación cuando oyó su voz tras ella como un susurro.

—Isobel.

Se estremeció al oír su nombre en sus labios.

Aceleró los pasos cuando, en realidad, no deseaba enfrentarse al enfado de su madre. Deseaba saborear el placer de estar con Athdar a solas. Dejó que sus palabras de elogio se repitieran en sus pensamientos hasta que llegó junto a su madre.

—¿Quién ha ganado?

No era aquello lo que había esperado oír después de haber engañado a Jocelyn y a su madre. Por lo menos esperaba alguna advertencia sobre ese comportamiento. Pero, en su lugar, su madre la sorprendió al preguntarle por la partida.

—Yo —respondió Isobel mientras entraban en la habitación. Lady Jocelyn estaba sentada en su cama.

—¿Cómo se ha tomado la derrota? —preguntó mientras alisaba las sábanas sobre su regazo. La madre de Isobel se sentó al borde de la cama y escuchó.

—Ha elogiado mi forma de jugar.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada que ella no supo interpretar. Después volvieron a mirarla.

—Es muy tarde, hija mía —le dijo su madre—. Vete a dormir.

A pesar de haber esperado una reprimenda por ignorar las palabras de lady Jocelyn y por escabullirse en mitad de la noche para encontrarse con Athdar, lo único que recibió en su lugar fue una expresión enigmática. Sospechaba que ambas mujeres apoyaban la posibilidad de que tuviera una relación con Athdar. A pesar de llevarse casi veinte años, y aunque sus padres debían de tener otras propuestas matrimoniales en mente, su madre no hizo nada por disuadirla. Y lady Jocelyn la había invitado específicamente a ir con ella. Sabiendo que ambas le darían su opinión cuando quisieran, Isobel se desvistió y volvió a meterse en su cama.

Por mucho que lo intentara, no podía dormir. Dio vueltas mientras revivía cada instante que había pasado con Athdar. Mientras recordaba su risa y su ceño fruncido cada vez que ella hacía una jugada inesperada. Pero, sobre todo, recordaba lo cómoda que se había sentido en su compañía.

Si habían estado jugando durante la mitad de la noche, Isobel había pasado la otra mitad reviviendo cada minuto. Antes de lo que hubiera creído posible, la luz del sol empezó a irrumpir en la oscuridad de la habitación a través de la ventana. Isobel dio una última vuelta en su cama y escuchó los sonidos que indicaban que los habitantes de la fortaleza empezaban a despertarse.

Esperó a que su madre y lady Jocelyn se despertaran antes de incorporarse en la cama y desenredarse el pelo, ya que la trenza se le había deshecho mientras daba vueltas durante la noche. Estiró los brazos por encima de su cabeza, se sentó al borde de la cama y vio como una doncella les llevaba un cubo de agua caliente. Después les llevó poco tiempo lavarse, vestirse y prepararse para pasar el día.

Isobel planeaba desayunar e ir a casa de Laria para su primera lección, y le sorprendió encontrar a la curandera en el salón.

—Buenos días —le dijo mientras se acercaba hacia la mesa situada en la parte delantera de la habitación—. No esperaba que vinieras a buscarme.

—Tengo que terminar de recolectar unas plantas al sur, así que me parecía lo más lógico —respondió Laria antes de volverse hacia lady Jocelyn y su madre—. Señora. Margriet —dijo con un leve asentimiento de cabeza—. El aire es frío. Ponte una capa gruesa.

Lady Jocelyn le dirigió a Isobel una sonrisa para hacerle saber que aquella manera brusca de expresarse era habitual en Laria. Isobel regresó corriendo a su habitación para ponerse la capa y los guantes de cuero. Como sabía que aquella mañana trabajaría con Laria, ya se había puesto sus botas cortas, que le protegerían los pies del barro y de la humedad de la hierba. A los pocos minutos ya había regresado al salón y estaba escuchando a Jocelyn hablar con Laria. Su madre le ofreció un pequeño paquete cuando Laria se dio la vuelta para marcharse.

—No has desayunado. Aquí llevas pan y queso.

En muchas otras casas nobles, las comidas se llevaban a cabo con gran protocolo, pero, que ella recordara, el *laird* y la señora comían con su gente. Si había tareas que hacer, bastaba una comida sencilla como aquella. De modo que aquella falta de formalismo podría parecer rara para otros con el mismo rango que lady Jocelyn. Si a Laria le pareció extraño, no lo mencionó. Simplemente hizo un movimiento de cabeza para indicar que se marchaban y que pasarían el día trabajando.

Isobel pasó aquella mañana fría y nubosa siguiendo a Laria por los campos y los bosques mientras esta recolectaba los últimos brotes de diversas plantas. La curandera hablaba de cada una de ellas según las cortaba, las envolvía y las guardaba en la cesta que le había dado a ella. Isobel no advirtió la reticencia inicial en la otra mujer. De hecho, Laria parecía alegrarse de tener una ayudante en la importante tarea de prepararse para el invierno.

Hablaron de poco más aparte de las instrucciones de Laria obre cómo conservar y preparar las plantas. Aunque el aire se calentó un poco a medida que el sol ascendía, no llegó al punto de poder retirarse la capa por completo.

Tras varias horas, se acercaron de nuevo a la fortaleza y Laria se despidió de ella hasta la mañana siguiente.

Isobel nunca se había considerado a sí misma mimada o perezosa. Eso era antes de que Laria la llevase de aquí para allá durante horas y la dejase agotada. Mientras se aproximaba a las puertas, encontró un estrecho puente sobre el que incidían los rayos de sol. Se sentó en la barandilla de piedra y echó la cabeza hacia atrás para sentir el sol en las mejillas durante unos instantes antes de entrar.

Pasaron algunos segundos e Isobel pensó que iba a quedarse dormida, por lo cansada que estaba, así que se apoyó en el tronco de un árbol que crecía junto al muro de piedra. Era agradable estar parada por primera vez desde que se levantara de la cama aquella mañana. Sabía que la gente pasaba frente a ella, pero los sonidos fueron

diluyéndose mientras el sueño la iba venciendo.

—¿Isobel?

Oyó que alguien decía su nombre. Estaba muy dormida y era incapaz de abrir los ojos.

—Muchacha.

Entonces sintió una mano en el hombro que le apretaba mientras sonaba de nuevo su nombre con aquella voz profunda.

—Isobel, ¿estás bien?

Athdar vio que Isobel abría los ojos y lo reconocía. Le colocó la otra mano en el hombro y esperó a que se despertase por completo antes de soltarla. Su madre ya estaría enfadada por su comportamiento de la noche anterior, pero, si Margriet veía que su hija se había quedado dormida en un puente porque él la había mantenido despierta durante horas, rodarían cabezas.

—Athdar —susurró mientras se enderezaba y estiraba el cuello y los hombros. Después se puso en pie y sonrió—. Era tan agradable sentir el sol en la cara que he debido de quedarme dormida —se le sonrojaron las mejillas, señal de que se sentía avergonzada de que la hubiesen pillado.

—Fue muy cruel por mi parte tenerte despierta casi toda la noche, Isobel. Y después he permitido que Laria te encontrara según has salido de la habitación. Y ahora has tenido que dormir en un puente. Soy un anfitrión terrible.

Deseaba acariciarle las ojeras y hacer que desaparecieran. Cuando levantó la mano hacia ella, oyó que alguien se acercaba. Gente que estaba cruzando el puente. Gente que podría ver y oír todo lo que hiciera y dijera.

Así que dio un paso atrás y esperó a que Isobel se apartara del lugar donde se había quedado dormida. Tras sacudirse la capa, le ofreció el brazo.

—Vamos, deja que te acompañe de vuelta al salón.

Isobel miró a su alrededor y saludó con la cabeza a los hombres que Athdar había dejado montados a caballo esperándolo.

Se había olvidado por completo de ellos al ver a Isobel dormida en el muro.

—Tenéis obligaciones, *laird* MacCallum, y no quiero entreteneros —dijo ella en voz alta, para que los demás pudieran oírla—. Pero gracias por vuestra amabilidad.

Athdar deseaba darle las gracias a ella por salvar su dignidad en aquella situación. Una vez más había perdido la cabeza y se había olvidado de sus tareas nada más verla.

—Vamos a ver cómo va la reparación en el molino.

A juzgar por las miradas taimadas de Padruig y los demás, sufriría por ello. Así que, después de que Isobel se despidiera de él, la vio marchar en dirección a las puertas de la fortaleza. Acababa de montarse en su caballo cuando comenzaron los murmullos. Escuchó en silencio, pues responder empeoraría las cosas y llamaría la atención. Pero, al llegar al camino que conducía hacia el molino, supo lo que tenía que decir.

—Estaba mostrándole la hospitalidad de mi hogar —les dijo a sus hombres—. Pero, ¿qué excusa tenéis vosotros para no prestar atención a una joven atractiva en edad de casarse?

Se alejó de ellos sabiendo dos cosas. Sabía que los jóvenes solteros del grupo, especialmente Fergus y Niall, e incluso el viudo Connal, mirarían a Isobel de forma diferente aquella noche. Y sabía que había cometido un grave error al manejar su atracción por ella. Si no reforzaba su determinación de no volver a casarse, una muchacha como Isobel podría hacerle cambiar de opinión.

Seis

El calor le rodeaba e Isobel no quería moverse. Tiró hacia arriba de las sábanas y metió la cabeza debajo para protegerse del aire fresco de la habitación. Debía de haber amanecido hacía rato, a juzgar por la luz de la habitación. Aun así, teniendo en cuenta que el día anterior había sido más ajetreado de lo que hubiera creído posible al aceptar la invitación, se vio invadida por un sentimiento de culpa al pensar en lo tarde que debía de ser.

Había imaginado que sería una invitada y que probablemente se dedicaría a bordar, cosa que había hecho, o a conocer a los demás familiares de lady Jocelyn, cosa que también había hecho. En su lugar había trabajado más duro que en su casa, remendando ropa y sábanas, cortando y cocinando verduras para hacer conservas, limpiando los almacenes y visitando a casi todos los aldeanos.

Y había pasado cada mañana trabajando con Laria y aprendiendo sobre hierbas y artes curativas. Ya sabía lo que era una tintura, una infusión, una cataplasma y una friega, y además había aprendido a moler las hojas secas de muchas plantas para conseguir una pasta que trataba todo tipo de males.

Lo más decepcionante de todo aquel trabajo era que no había podido desafiar a Athdar a otra partida, porque por las noches casi no lograba aguantar la cena sin quedarse dormida. Y, por mucho que lo intentara, no podía volver a levantarse después de meterse en la cama para ver si se había quedado esperándola en el salón.

Pero aquella era su cuarta mañana y había decidido quedarse en la cama más tiempo. Estaba cansada de caminar entre arbustos y ciénagas. Cansada de arrastrarse por el lecho del río en busca de determinadas hierbas y flores.

Tal vez eligiera un libro de la colección de los MacCallum, que Jocelyn le había descrito, y buscara un lugar soleado donde poder leer. Entonces, tras un día de ocio, estaría más descansada para poder quedarse despierta y lograr escabullirse para jugar al ajedrez con Athdar.

O...

Se sobresaltó al oír el golpe en la puerta. El segundo golpe la obligó a salir de su ensueño. El tercero, más impaciente, indicó que su día de ocio había tocado a su fin.

—Adelante —dijo sin levantarse de la cama.

La doncella llamada Glenna entró en la habitación y cerró la puerta tras ella. Esperó a que Isobel hubiera salido de la cama antes de hablar.

—Lady Jocelyn me envía para deciros que os está esperando a la mesa, milady— dijo Glenna.

—¿A la mesa? ¿No ha desayunado? —preguntó ella mientras sacaba de su baúl ropa limpia. No importaba el lugar ni la razón, pues no quería hacer esperar a lady Jocelyn.

—Sí, milady. Ha encargado algo de comer para vos, dado que... —la doncella se quedó sin palabras al no encontrar la manera educada de decir: «dado que os habéis quedado metida en la cama como una vaga».

—Dile que enseguida bajo —respondió Isobel mientras se vestía.

Estaba luchando con su vestido cuando sintió las manos de Glenna abrochándose. Después se sentó y se puso las medias mientras Glenna le desenredaba el pelo. En pocos

minutos ya estaba vestida y lista para presentarse ante lady Jocelyn. Glenna le entregó un chal antes de que abandonaran la habitación.

—La temperatura ha bajado, milady . Lo necesitaréis —dijo la doncella mientras salían al salón.

Isobel levantó la mirada y vio que no era lady Jocelyn la única que estaba esperándola a la mesa. Su madre le dirigió una sonrisa al acercarse, igual que los otros cinco jóvenes y un hombre mayor que estaban sentados allí. Todos ellos se pusieron en pie cuando se acercó. Se detuvo frente a lady Jocelyn e hizo una reverencia.

—Milady —dijo mientras se sentaba en su silla—, perdonad mi tardanza.

—Isobel, Athdar ha pedido que te presentemos a sus parientes —le dijo su madre—. Creía que te gustaría conocer a Tomas, a Dougal, a Angus, a Connor y a James.

Todos asintieron con la cabeza al ser presentados. Después, y por orden de su madre, ocuparon los taburetes que rodeaban la mesa. Isobel comprendió cuál era su deber y conversó con cada uno de ellos mientras se comía el estofado que apareció ante ella. Aunque dudaba que alguno de aquellos hombres tuviera un título, sospechaba que estarían entre los hacendados y artesanos más adinerados del pueblo.

La comida progresó y, poco después, Isobel les agradeció la visita. Los hombres asintieron, pero ninguno se movió. Al parecer no querían concederse ventajas entre ellos. Al final se marcharon todos juntos e Isobel estuvo tentada de reírse al ver aquellas tonterías juveniles.

—Me temo que tu padre no aceptaría a ninguno de ellos —dijo lady Jocelyn.

—Me pregunto por qué tu hermano habrá sugerido que conocieran a Isobel —murmuró su madre.

Eso era justo lo mismo que estaba pensando ella. Esperó la respuesta de lady Jocelyn, pero esta no se produjo. Si no hubiera levantado la cabeza en el momento oportuno, no habría visto la mirada que intercambiaron las otras dos mujeres. Ahora estaba más confusa por su reacción que por la decisión de Athdar.

—Le dije a Laria que iría a verla más tarde, si podía —dijo poniéndose en pie—. Si no me necesitáis para nada, me iré.

—No te canses demasiado, Isobel —le advirtió lady Jocelyn—. Creo que el cambio en el clima es mala señal, y puede que tengamos que marcharnos antes de lo previsto.

—Muy bien —respondió Isobel. En su mente había planeado trabajar un poco con Laria y después regresar antes de que anocheciera. Dado que el invierno se acercaba, eso ocurría cada día antes.

—Y llévate la capa más gruesa. Hará más frío conforme avance el día —le aconsejó su madre.

Isobel envió a Glenna a por su capa y salió por las cocinas para preguntarles al cocinero y al administrador si necesitaban algo de Laria antes de irse a casa de la curandera.

—Así que has venido —dijo Laria con su brusquedad habitual—. Ya casi he terminado mis tareas por hoy.

—¿Hay algo más con lo que pueda ayudarte? —preguntó Isobel—. El primer día había aprendido que no debía dar por hecho que Laria quería decir más de lo que decía. Y al parecer nadie se merecía un trato diferente por su parte; ya fuera hombre, mujer, visitante, aldeano, *laird* o sirviente.

Recordó lo que había dicho lady Jocelyn sobre el pasado de Laria y su

comportamiento actual, pero se abstuvo de preguntarle nada personal. Ella era una invitada y no tenía derecho a preguntar esas cosas. En su lugar se lo preguntaría a lady Jocelyn o a su madre.

La casa olía a algo que estaba cocinándose en el fuego. El vapor que ascendía de la cazuela impregnaba la estancia con un aroma agradable y relajante. Isobel caminó en torno a la mesa de trabajo estudiando los diversos tarros y cuencos.

—El viento ha cambiado. El invierno llegará antes de lo que pensábamos —Laria señaló dos sacos al otro extremo de la mesa—. Debo llevárselos al molinero.

—¿Hay alguien que pueda llevarte allí? —preguntó Isobel, sin tener claro qué se hacía en esos casos.

—No, ahora no. El molino no está lejos.

El molino. Athdar estaba supervisando algún tipo de obra en el molino. Regresaba a la fortaleza tarde todos los días a causa de eso.

—¿Vamos ahora? —preguntó casi sin pensar.

—Sí. Deja que mueva el caldero —dijo Laria. Se envolvió la mano con el delantal y empujó el caldero hacia un rincón para apartarlo del fuego.

Aunque no había ido al molino, Isobel sabía en qué dirección estaba y calculaba que tardarían más o menos una hora en llegar.

—¿Esto es para moler? —preguntó cuando estuvieron de camino—. Athdar ha estado supervisando las reparaciones del molino estos últimos días.

Isobel notó entonces el mismo cambio que había notado entre ellas el primer día... y siempre después de mencionar a Athdar. Tal vez a Laria le ofendiese su manera informal de hablar del *laird*. La miró y pensó que debía de ser algo más que eso. Pero, tan pronto como la frialdad apareció, desapareció de su cara y de su voz, e Isobel se preguntó si se lo habría imaginado.

Recorrieron el resto del camino en silencio, interrumpido ocasionalmente cuando Laria señalaba algo de interés. Un animal que se movía entre los arbustos. Una planta o un arbusto que no había visto antes. Algún aldeano con el que se cruzaban de camino a hacer sus tareas. Aunque hacía más frío que el día anterior, Isobel apenas lo notaba a medida que se alejaban del pueblo.

Y, a medida que se alejaban, su nerviosismo iba creciendo ante la idea de poder ver a Athdar. Realmente no habían hablado desde que se encontraran en el puente el día después de su llegada. Por fin tendría ocasión de verlo en su papel de *laird*, acostumbrada como estaba a tratar con él como amigo de la familia.

Oyeron los sonidos antes de tomar la curva del camino. Cuando el molino apareció a lo lejos, Isobel vio a un grupo de hombres intentando colocar una rueda de molino nueva. Buscó a Athdar con la mirada, pero no reconoció al hombre que dirigía la operación.

Al acercarse, vio cómo los hombres que arrastraban la rueda trabajaban juntos. Isobel reconoció al hombre que estaba ayudando a colocarla en su lugar; Athdar, haciendo la parte más dura del trabajo. Dado que no quería interrumpirlos ni distraerlos, agarró a Laria del brazo y la detuvo.

Pocos minutos más tarde, la rueda encajó en su lugar. Todos aplaudieron y vitorearon. Después otros empezaron a ajustar las cuerdas y los mecanismos que permitirían que la rueda girase gracias a la corriente del agua que circulaba por debajo del molino. Fue entonces cuando Athdar levantó la cabeza y la vio. La saludó con la mano y

caminó hacia ella. Laria se alejó en dirección al hombre que había dirigido la operación, que debía de ser el molinero o el cantero, mientras Isobel esperaba a Athdar.

Intentó no fijarse en el hecho de que no llevaba camisa. Intentó no quedarse mirando su pecho esculpido y su vientre plano. Pero, sobre todo, intentó no imaginarse cómo sería el resto de su cuerpo. De pronto ya no sentía frío. Deseaba quitarse la capa y lavarse la cara.

Athdar tampoco parecía advertir el frío, pues su cuerpo desprendía vapor cuando llegó hasta ella. Isobel luchó contra la tentación de seguir con la mirada una gota de sudor que resbalaba por su pecho hasta perderse bajo los pantalones que llevaba puestos. Por suerte, Athdar no pareció darse cuenta de su inquietud.

—Tu madre dijo que estabas indispuesta esta mañana. Me alegra ver que te has levantado.

Isobel levantó el saco que había llevado desde la casa.

—Laria necesitaba mi ayuda —dijo. Fue la excusa menos creíble que había usado nunca, pero Athdar no pareció darse cuenta.

—¡Broc! Llévale esto a Lyall —le gritó a su administrador antes de quitarle el saco—. Pregúntale por ello a Laria.

Broc, aquel hombre increíblemente guapo, se detuvo ante ella y le hizo una reverencia.

—Isobel. ¿Qué tal estás? —sus ojos verdes brillaron al fijarse en su boca—. Temí que hubieses caído enferma cuando lady Jocelyn dijo que te quedarías en la cama esta mañana.

Athdar le dio un codazo a Broc antes de que ella pudiera decir nada sobre su estado. Asintió con la cabeza y se alejó. Le gustaba mucho flirtear, y ella había visto como otras mujeres caían bajo su hechizo. Por alguna razón, aunque le gustaba y se había sonrojado al conocerlo, sus trucos ya no parecían afectarle del mismo modo. No después de haber pasado más tiempo con Athdar.

—En serio, Isobel... —comenzó Athdar, y aceptó la camisa y el paño que le acercó un joven—. ¿Cómo estás hoy? Hablando con tu madre me he dado cuenta de que has estado haciendo muchas cosas durante tu visita.

—Estoy bien, Athdar. De verdad —respondió ella—. Simplemente me sentía perezosa esta mañana y mi madre y tu hermana me lo han permitido.

—Aquí eres una invitada, Isobel. No quiero que acabes agotada por miedo a decirle que no a alguien que te pida cualquier cosa. Incluso mi hermana puede ser un poco tirana a veces.

Utilizó el paño para secarse el torso y la espalda antes de ponerse la camisa. Ella no apartó la mirada como haría una doncella recatada; no pudo evitar fijarse en como sus músculos se flexionaban mientras se ponía la camisa. Se le sonrojaron las mejillas y se llevó la mano a la cara para disimular mientras él se colocaba el cinturón que le había ofrecido el joven. Envió después al chico junto con los demás y le ofreció la mano. Ella se la estrechó y Athdar tiró suavemente.

—Ven a conocer a Lyall y a sus hijos —mantuvo su mano agarrada hasta que llegaron junto a los demás, que seguían trabajando en el molino—. Él, y su padre antes que él, es quien se encarga del molino. Lyall, esta es Isobel Ruriksdottir.

—señora —dijo Lyall con una reverencia. Unos chiquillos le rodearon y él les acarició la cabeza con cariño—. Estos son mis hijos —se rio al ver que un par de ellos le empujaban para que los presentara—. No importan sus nombres, me pertenecen.

Pero había alguien que destacaba. No era un chico, sino una chica vestida como un chico.

—Ah, la muchacha intenta estar a la altura de sus hermanos. Os habéis fijado, ¿verdad? Se llama Elizabeth, por su madre, que Dios la tenga en su gloria —Lyll se inclinó hacia delante para susurrarle—. Además se parece a su madre.

Isobel sintió las lágrimas quemándole en los ojos al pensar en aquellos niños sin madre, pero el amor que les profesaba Lyll era evidente en el brillo de su mirada.

—Eres un hombre muy afortunado al tener esta familia, Lyll —le dijo.

Ella había crecido solo con un hermano y una hermana pequeña y con sus padres, pero había estado siempre rodeada de amor y esperaba poder tener una familia así en el futuro. Miró entonces a Athdar, pero él parecía estar mirando algo lejano ubicado entre los árboles. Reconoció el dolor en sus ojos y el corazón le dio un vuelco.

En ese momento se prometió a sí misma hacer algo para ayudarlo, incluso aunque no fuera mujer para él. Incluso aunque aquello no fuese más que una visita y ella regresara a casa con su madre y sin compromiso a la vista, encontraría la manera de liberarlo del dolor que le atormentaba.

—Bueno, será mejor que regrese al molino. Ha sido un placer conoceros, milady —Lyll hizo otra reverencia y se llevó a los niños hacia el edificio que estaban reparando.

Isobel se fijó en como Laria terminaba de darle órdenes a Lyll sobre lo molidas que quería las plantas. Athdar estaba de pie a menos de un metro de distancia, aún sin prestarle atención, ahogándose en su pena.

—¿Athdar? —le dijo—. Vamos a irnos ya.

Athdar se despojó de la melancolía que siempre le invadía cuando pensaba en su sueño de tener hijos. Se volvió hacia Isobel y sus hermosos ojos azules verdosos le dijeron que sabía lo que estaba pensando. Ella veía el dolor que nunca abandonaba su corazón ni su alma.

—Deja que te acompañe de vuelta a la fortaleza —le dijo señalando hacia su caballo—. Se está levantando viento y hace frío.

—Laria...

—Alguno de los chicos la llevará en el carro de Lyll.

Isobel miró a Laria brevemente para pedirle permiso y después asintió con la cabeza. La curandera frunció el ceño antes de asentir. Athdar sabía que no le contradiría, nunca lo había hecho siendo él *laird*, pero sospechaba que era justo eso lo que deseaba hacer. Sin esperar el permiso de alguien que no estaba en disposición de concedérselo, agarró las riendas y se subió a su caballo. Después se volvió y le ofreció la mano a Isobel.

Pensó por un momento que ella se echaría atrás, pero le dio la mano, apoyó el pie encima del suyo y se montó a horcajadas detrás de él. Athdar le concedió unos segundos para colocarse la falda y la capa antes de lanzarle un grito a Broc y espolear al caballo. Sintió que ella le rodeaba la cintura con las manos para agarrarse, y colocó una mano encima de las suyas.

Resultaba muy agradable tenerla tan cerca.

Cuando tomaron la curva y dejaron atrás el molino, aminoró la marcha, pero ella no le soltó. Debía de ser el frío, pensó, o de lo contrario le habría soltado.

Tras varios minutos de viaje, Isobel apartó su cuerpo y él esperó a que retirase las manos. Al no hacerlo, se dio cuenta de que no quería que lo hiciera.

Lo raro era que a él no le faltaba compañía femenina. En absoluto. Había una viuda del pueblo que disfrutaba de sus atenciones. Y otra en Lairig Dubh. De manera que

resultaba todo un misterio el por qué Isobel le incitaba tanto. Un misterio que no sabía si quería resolver.

Una joven con su estatus y su riqueza no sería una compañera de cama apropiada. Su familia y ella esperarían una proposición matrimonial por parte de cualquiera que mostrase interés en ella.

Y esa era la razón por la que no podía ir detrás de ella. No le ofrecería matrimonio a ninguna mujer por miedo a perderla a manos del destino perverso que parecía dominar su vida. Aunque muchos se reirían al oír hablar de una maldición, eso era justo lo que le parecía a él; una maldición lanzada por un espíritu o algún dios furioso. Una maldición que mataba a cualquier mujer a la que él amase. Una maldición que le arrebatara cualquier resquicio de felicidad que pudiera encontrar.

Isobel no merecía que algo así acabase con su vida.

Siete

El viaje de vuelta a la fortaleza lo habían realizado en silencio. Ir montada detrás de alguien no era una posición que incitara a la conversación, así que Isobel se había quedado callada. Athdar había decidido que le gustaba tenerla agarrada a su cintura, así que no había hecho nada por evitarlo. Isobel iba parapetada detrás de su cuerpo y, cuando se inclinó hacia él, Athdar se dio cuenta de que debía de necesitar el calor de su cuerpo para protegerse del viento frío a medida que el sol bajaba al horizonte.

A juzgar por cómo Isobel empezó a moverse según se acercaban a la fortaleza, Athdar supo que pensaba que iba a detenerse y a dejarla allí. No lo hizo. En su lugar, cruzó las puertas y siguió cabalgando hasta llegar a las escaleras. Le dio la mano y la ayudó a bajar y a ponerse en pie sin esperar a que nadie más se acercara.

—Muchas gracias —le dijo ella.

El viento le había soltado el pelo, así que se lo apartó de la cara mientras se ajustaba la capa. Por un instante, Athdar se imaginó deslizando las manos por su melena dorada, extendiéndola sobre la almohada mientras le daba placer.

—No quería que estuvieses demasiado cansada para no aceptar mi desafío esta noche —respondió él, y su cuerpo interpretó todos los significados posibles de sus palabras. Antes de quedar en evidencia, se bajó del caballo para conducirlo hacia los establos.

—Creo que podré mantenerme despierta para jugar una partida después de cenar —dijo ella. Después se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua y aquello le volvió loco. Tosió varias veces y se despidió. Necesitaba recuperar el control antes de acercarse a ella.

Se alejó tirando del caballo y maldiciéndose por haber permitido que le afectara de ese modo. Isobel era capaz de hacerle sentir lo que deseaba sentir una vez más. Podía hacerle soñar con cosas que siempre había deseado. Podía hacerle...

Recuperó la cordura justo al pasar por delante del cementerio de camino a los establos. Aquellas lápidas, grandes y pequeñas, le recordaron sus fracasos y le devolvieron el control. Podía recitar cada nombre de memoria a pesar de que el tiempo hubiera borrado las inscripciones. Nunca lo había olvidado, hasta que cierta mujer de pelo rubio entró en su fortaleza.

Al menos recuperaría la paz cuando Isobel se marchara. Aunque le entristeciera verla marchar, era el precio que había de pagar por sus fracasos.

Le entregó el caballo a uno de los chicos que trabajaban en los establos y regresó a la fortaleza. Pronto servirían la cena y después jugaría su última partida con la encantadora Isobel. Broc ya había mencionado los planes de Jocelyn para marcharse al día siguiente y adelantarse así al invierno. El camino de las montañas sería mortal si se desataba una tormenta mientras lo atravesaban, así que le parecía sensato que se marcharan antes de que fuera peligroso. Tal vez debiera ir con ellas hasta la frontera de sus tierras y asegurarse de que estuvieran a salvo.

Jocelyn tendría algo que decir al respecto, así que esperaría a hablar con ella primero. Su hermana era tan testaruda como su marido, aunque nunca reconocía que había aprendido y perfeccionado ese rasgo gracias a él. Cuando se proponía algo, no había manera de hacerla cambiar de idea.

Pensó en eso y se preguntó qué más cosas se habría propuesto su hermana. Si tenía algún plan con respecto a Isobel y a él, tendría que dejarle claro que eso no era posible. Subió las escaleras de la fortaleza y se fue a sus aposentos para lavarse antes de ir a cenar. Poco después, regresó a la mesa para hacer frente al desafío que le había lanzado a Isobel.

Jocelyn se asomó por la ventana de su habitación. El viento parecía cobrar fuerza a cada hora que pasaba y eso no era buena señal. Los huesos le dolían como antes de una gran tormenta, por mucho que intentara ignorar el envejecimiento de su cuerpo. El invierno llegaría pronto aquel año.

—Sí, creo que tendremos que partir con los primeros rayos de sol —Jocelyn se dio la vuelta para observar la reacción de las otras dos mujeres. Una de ellas parecía aceptar y comprender la situación, pero la otra parecía decepcionada y casi contrariada—. No podemos arriesgarnos a quedarnos aquí atrapadas o, peor aún, atrapadas en las montañas cuando nos marchemos.

—Haré el equipaje después de la cena —respondió Margriet poniéndose en pie—. No creo que Connor y Rurik quieran tener que venir a rescatarnos en las montañas.

Jocelyn sonrió. Tanto su marido como el de Margriet caminarían sobre carbones encendidos si sus esposas los necesitaban, y tanto Margriet como ella lo sabían, igual que lo sabía cualquiera que conociera a los hombres. Quizá fueran despiadados, crueles guerreros, incluso, pero Jocelyn y Margriet eran su debilidad y nada los mantendría separados si ellas los necesitaban.

Isobel guardó silencio durante la conversación. No perdió detalle, pero no habló. Un rasgo muy conveniente, pues escuchaba con atención antes de decir nada. Otra razón por la que Jocelyn pensaba que sería una buena esposa para su hermano. Era sensata y de buen corazón. Pero, si se marchaban, no tendrían ocasión de pasar tiempo juntos para ver si encajaban de verdad.

—Bueno, vamos al salón a cenar. Después podremos hacer el equipaje y los hombres lo prepararán todo para partir con los primeros rayos de sol.

Margriet le ofreció la mano a su hija y Jocelyn las siguió para salir de la habitación. Cuando estuvieron en mitad del salón, se detuvo y contempló el lugar en el que había crecido. Casi toda su familia estaba ausente; su madre había sido la primera en morir, poco después de que ella se casara con Connor, y después su padre, hacía unos diez años. Sus primos se habían casado y se habían ido. La alegría y la pena habían habitado aquel salón, pero ahora solo quedaba pena. Isobel advirtió que se había detenido y regresó junto a ella.

—¿Sucede algo, milady? —preguntó.

—No, son solo recuerdos de tiempos lejanos vividos aquí —respondió—. Mis primos y yo teníamos el escondite perfecto cuando quería evitar las bromas de Athdar. Ahí arriba —añadió señalando hacia un pequeño hueco, casi invisible, situado en la pasarela del piso superior. Isobel asintió al verlo—. Algunos días en los que me sentía perezosa me escondía ahí para no tener que hacer mis tareas.

—¡No puede ser, milady! —exclamó Isobel riéndose.

—Oh, yo de pequeña podía ser muy tirana. Athdar era mi objetivo en cuanto me molestaba.

Margriet se volvió hacia ellas.

—Vamos, nos están esperando.

Jocelyn le dirigió una sonrisa a Isobel y se preguntó si tendría que pedir perdón por

aquel intento de emparejarlos. La chica había sido muy atrevida al abordarla directamente sobre su interés por Athdar y, observándola atentamente, Jocelyn sabía que sentía algo profundo por él. Si era lo suficientemente atrevida como para correr el riesgo y, si era lo suficientemente sabia para captar el mensaje que Jocelyn estaba dándole, podría ser ella quien extrajese el veneno de la herida de Athdar. El perdón sería la última de sus preocupaciones.

Athdar y los demás hombres sentados a la mesa se pusieron en pie al verlas llegar y aguardaron a que las tres estuvieran sentadas. Jocelyn esperaba no haberse equivocado con Isobel. De su acierto dependían muchas cosas.

Ocho

Jocelyn se proponía algo, de eso Athdar estaba seguro. Reconocía todas las señales después de haber pasado años luchando con ella. Podía sentirlo. Un escalofrío recorrió su espalda a modo de advertencia para que recordara que su hermana podía ser retorcida y testaruda cuando se lo proponía. Y, al verla acercarse a la mesa con Isobel, supo que tramaba algo. Lo bueno era que se marcharía al día siguiente. Y eso era también lo malo, pues Isobel se marcharía también.

Suspiró y vio como los sirvientes comenzaban a servir cuencos de estofado de carne. Después llegaron las fuentes con pollos asados y pan recién horneado. Minutos más tarde la mesa ya estaba llena y todos comenzaron a comer. Athdar intentó comer, pero el nudo que tenía en el estómago le había quitado el apetito. La cena transcurrió con tranquilidad mientras hablaban sobre los preparativos del viaje. Cuando terminó, todos tenían tareas que hacer antes de irse a dormir. Reconoció el sentimiento cuando terminaron de cenar.

Decepción. No quería que Isobel se marchara.

—¿Tenemos tiempo aún para echar una partida, Isobel? —preguntó. Ella miró a su madre un instante antes de responder.

—Sí. Sacaré tiempo, Athdar —dijo. Fue como si solo le hablase a él, pero, a juzgar por las expresiones de sobresalto, supo que los demás no solo habían oído las palabras, sino también el tono—. Si tan dispuesto estás a volver a enfrentarte a la derrota —añadió.

Él se rio.

—No estoy dispuesto, Isobel. Pero no puedo permitir que se cuestione mi honor, si dejo pasar ese desafío. Así que tendrás tu partida —se puso en pie al mismo tiempo que las mujeres y las vio marchar hacia sus aposentos.

Ella regresaría.

—¿A qué diablos ha venido eso, Dar? —preguntó Padruig sentándose a su lado antes de ponerle delante una jarra de cerveza.

—Una partida. Jugamos la primera noche, pero no hemos vuelto a hacerlo. Debería haber perdido la primera partida y perdí la segunda.

—No estabas hablando del ajedrez con ella —Padruig era demasiado listo y se daba cuenta de todo—. ¿Sabes a quién tendrás que enfrentarte si sucede algo inapropiado entre vosotros?

—Sí —Athdar agarró la jarra y bebió antes de seguir hablando.

Padruig y él habían estado en Lairig Dubh cuando el joven Rob Matheson llegó para pedirle a Connor la mano de su hija mayor. Rurik le había salido al encuentro y Rob había estado a punto de morir. A pesar de su edad, Rurik seguía siendo el luchador más feroz que Athdar había visto jamás, y no deseaba enfrentarse a él en el campo de batalla. Y, dado que no pensaba hacer nada que deshonrara a la hija de Rurik, tampoco le preocupaba.

—Entonces, ¿quieres decirme qué diablos estás intentando hacer?

—Me gusta, Padruig. Me gusta —era agradable poder admitirlo. Miró a su amigo y esperó una respuesta.

—Cualquiera que tenga ojos en la cara puede ver eso. Y a ella también le gustas. Pero ¿de qué sirve si tú has jurado no volver a casarte?

Athdar no se lo admitiría ni a su mejor amigo delante de una jarra de cerveza, pero Isobel había empezado a hacer que quisiera romper su juramento.

—Jugaremos una partida o dos al ajedrez. Se marchará por la mañana y regresará a Lairig Dubh.

Padruig murmuró algo antes de dar un trago a su cerveza. A Athdar no le hizo falta oír sus palabras para saber qué blasfemia había dicho. Padruig recurría siempre a las mismas palabras cuando estaba enfadado, y eran palabras que sus amigos conocían de memoria.

Los sirvientes se acercaron para limpiar la mesa, Broc dejó de coquetear con dos mujeres y fue a encargarse de los preparativos del viaje, y Padruig y él se quedaron solos en la mesa. Athdar se frotó la cara con las manos y de pronto se sintió muy viejo. Padruig tenía una familia, una esposa desde hacía más de veinte años y tres hijos; uno de ellos, un muchacho casi adulto.

Él, en cambio, no tenía nada.

—¿Has pensado en intentar...? —comenzó a preguntar Padruig.

—No he pensado en otra cosa —contestó dando un puñetazo sobre la mesa—. Después de Mairi, lo pensé. Después de Seonag, lo pensé. Pero la muerte de Tavia dejó claro que no podía poner en peligro a ninguna otra mujer. Y ya sabes lo que ocurrió entonces.

No quería hablar de ello, ni pensar en ello; era mejor dejarlo en la oscuridad del pasado. Padruig debió darse cuenta de que se había excedido, pues se quedó sentado y se bebió el resto de la cerveza sin decir palabra.

—Ya viene —susurró.

Athdar levantó la cabeza y vio acercarse a Isobel. Caminaba con rapidez y decisión hacia él. Padruig se puso en pie para marcharse, pero antes le puso una mano en el hombro y apretó.

—No tienes ninguna posibilidad, amigo mío.

Athdar quiso preguntarle qué quería decir antes de que Isobel se acercara demasiado. Padruig se rio, le dio una palmada en la espalda y se alejó.

—Milady —le dijo a Isobel al cruzarse con ella en su camino—, tiene una defensa fuerte, pero no os dejéis engañar —le advirtió en voz alta para que Athdar pudiera oírlo.

Si a Isobel la desconcertó aquello, no dio muestras de que fuera así. Athdar acercó dos sillas al fuego, Isobel agarró la mesita y la colocó entre medias.

—Has terminado de hacer el equipaje muy rápido —le dijo él mientras sacaba la caja de madera y el tablero—. No te esperaba hasta dentro de una hora.

—Mi madre ha dicho que lo estaba desordenando todo, así que me ha pedido que me fuera.

Athdar esperó a que se sentara y después hizo lo mismo.

—Sospecho que has usado esa táctica en el pasado con gran éxito —ella se sonrojó y confirmó sus sospechas sin responder—. ¿Qué color quieres?

—Me gustan las negras —dijo ella. Levantó una, la envolvió entre sus dedos y acarició los bordes. Athdar creyó notar sus caricias en las partes más duras de su anatomía e intentó que no se le notara—. Me atrae la oscuridad.

Aunque Athdar moriría antes de hacer algo deshonroso, se le ocurrían muchas, muchas cosas que querría hacer con ella mientras la veía acariciar la pieza de ajedrez. Trató de controlar su deseo, agarró las piezas rojas y las colocó sobre el tablero. A juzgar por cómo había jugado Isobel la primera noche, tendría que estar muy atento si quería ganar o,

incluso, empatar.

Le permitió mover primero y ella no tardó en empezar a atormentarlo con jugadas arriesgadas que ponían en peligro sus piezas. Athdar resistió la tentación de caer en sus engaños. Isobel sería una gran estrategia en cualquier guerra o batalla, pensó mientras le arrebatava otra de sus piezas. Tuvo que perder casi la mitad de su «ejército» hasta darse cuenta de cuál era su patrón. Se rio entonces en voz alta al ver por fin como arriesgaba y se comía una pieza, o como arriesgaba y se retiraba de una confrontación.

Pero entonces fue demasiado tarde para él, pues, absorto como estaba apreciando la inteligencia de sus jugadas, no fue consciente de sus últimos movimientos, que le hicieron perder a la reina y después al rey. En esa ocasión ella se rio también. Algunos de los sirvientes que aún estaban trabajando en el salón se volvieron al oír ese sonido.

—¿Otra? —preguntó él, señalando las copas y la jarra situadas sobre la mesa principal. Ailean vio el movimiento y se apresuró a llevárselas. Isobel miró a su alrededor y después a él.

—Lo correcto sería declinar la invitación, pero me gustaría continuar —respondió.

—Entonces hagámoslo —dijo él, e hizo un movimiento con la mano para permitirle hacer la primera jugada.

Había aprendido mucho sobre su manera de jugar y, en esa ocasión, estaba preparado. Aquella partida se desarrolló sin prisa, cada uno observaba el tablero durante más tiempo que en la partida anterior. Habían hecho varias jugadas y él ya había perdido una pieza cuando ella habló.

—¿Cómo llamas a tu fortaleza?

—¿A la fortaleza? —preguntó él—. No le he puesto nombre —lo pensó durante un momento y se dio cuenta de lo que quería decir—. No es lo suficientemente grande ni importante para tener un nombre.

—Oh, sí que es grande. Y podrías hacerla importante si quisieras.

—¿Alguna vez has visitado la fortaleza de tu abuelo? —de haberlo hecho, no sería de extrañar que pensara en lugares más importantes. El padre de Rurik era el conde de Orkney y uno de los hombres más adinerados de Noruega.

—He ido a visitarlo, sí —se inclinó sobre la mesa y bajó la voz para que solo él pudiera oírla—. Mi padre no quiere que me acostumbre al modo de vida de su padre. Pero he ido a visitar a mi abuela a Caithness y me he quedado allí varios meses con ella.

Su abuelo tenía mucha riqueza y mucho poder en las islas del norte, mientras que su abuela era una monja que supervisaba un convento en el noreste de Escocia. Dos extremos absolutos y, aun así, Isobel no parecía más impresionada por uno que por otro.

—Tu padre es un hombre práctico —dijo él.

A Isobel se le iluminaron los ojos y se le sonrojaron las mejillas. Se echó, se recostó en su silla y se llevó las manos al regazo. Era tan vibrante que a Athdar le parecía que todo el salón se iluminaba con su presencia. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no llevaba el pelo recogido con una trenza, sino suelto alrededor de la cara.

—En todos mis años de vida...

Athdar frunció el ceño. ¿Qué quería decir?

—Que yo recuerde, mi padre y tú nunca habéis tenido nada bueno que decir el uno del otro. Jamás. No comprendo de dónde viene vuestra animadversión, aunque he oído rumores. Eso es lo único bueno que has dicho de él.

Su risa resonó por todo el salón y Athdar quiso seguir escuchándola más y más. Durante mucho tiempo aquel había sido un lugar triste, y volvería a serlo. Pero, por el

momento, disfrutaba de aquella alegría.

—Estoy seguro de que he dicho cosas buenas sobre él —buscó en su memoria algo bueno y no pudo encontrarlo—. He admirado su talento como guerrero.

Isobel dejó de reírse, pero siguió sonriendo.

—Dime qué ocurrió. Me gustaría saber la verdad.

Athdar vaciló. No era fácil hablar abiertamente de su humillación. Aun así...

—Yo tenía quince años y era un engreído.

—Como casi todos los jóvenes a esa edad —añadió ella.

—Yo estaba de visita en Lairig Dubh y tuve la oportunidad de ver a tu padre pelear con Connor. Al parecer era costumbre que pelearan con sus espadas cuando se veían, y yo fui testigo de su habilidad y de su fuerza. Aquello acabó con mi bravuconería.

Cambió de posición en la silla, preguntándose cómo contarle el resto de la historia. Al fin y al cabo ella era una joven con cierta sensibilidad.

—Yo era un invitado allí y una noche, durante la cena, me emborraché bastante.

Insulté a tu padre y acabé siendo víctima, aunque por mi culpa, de su furia y de su fuerza. Acabé con los brazos y la nariz rotos, así como con múltiples hematomas.

En realidad fue peor que eso. Lo peor no fueron los brazos rotos y demás lesiones físicas. Lo peor fue cuando comprendió el lío en que había metido a la pobre Jocelyn por su estupidez de juventud. Su sueño de casarse con el hombre al que amaba quedó truncado por aquel desafío estúpido, que le hizo acabar a él bajo la custodia de la Bestia de las Montañas de Escocia.

Rurik había ido a visitarle a Broch Dubh y le había dicho cuál sería el precio que tendría que pagar Jocelyn. Y todo porque él no había podido controlarse. Todo porque no había pensado en las consecuencias de sus actos. Igual que en otra época anterior, cuando...

Un recuerdo surgió y se esfumó en un instante. Algo oscuro y aterrador cruzó su pensamiento y volvió a sumergirse en las profundidades de las que había salido. Sintió náuseas, y después fue como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza por detrás.

—¿Athdar?

Entornó los párpados y después abrió los ojos por completo. Solo podía oír un zumbido en los oídos. Entonces todo empezó a difuminarse.

—¿Athdar? —repetió Isobel acariciándole la cara. ¿Cuándo le había tocado? ¿Cuándo se había levantado de la silla para acercarse a él?—. ¿Estás mal? —se agachó junto a él y le acarició la frente y la mejilla con el dorso de la mano—. No tienes fiebre.

—Estoy bien —dijo él, aunque lo decía más para convencerse a sí mismo que a ella—. ¿Qué ha ocurrido? —tragó saliva, pero sentía la boca y la garganta secas. Ella se dio cuenta y le ofreció una copa.

—Estabas hablándome de tu enfrentamiento con mi padre y entonces ha ocurrido algo. Parecía que te dolía algo, como si estuvieras enfermo. ¿Y bien? —preguntó Isobel mientras le quitaba la copa y se arrodillaba a su lado.

Era extraño. Había estado pensando en la humillación que había experimentado al enterarse de las consecuencias que había sufrido Jocelyn cuando, de pronto, habían surgido otros recuerdos y otros sentimientos. Pero ya habían desaparecido y se encontraba bien.

—Es algo doloroso; hablar de la estupidez de un hombre ante una mujer hermosa que resulta que es la hija del hombre ante quien cometió esa estupidez. Ahora ya conoces mi sórdido pasado con tu padre, Isobel.

Ella siguió acariciándole la cara y, teniéndola tan cerca, resultaría muy fácil inclinarse y besar los labios que tanto le tentaban. Cuando Isobel levantó la cabeza y abrió

ligeramente la boca, él hizo lo que deseaba hacer.

Sus labios resultaban suaves y cálidos contra los suyos, y pudo sentir su aliento acalorado en la boca. No la tocó, pero ella no le soltó la cara y siguió acariciándolo mientras él introducía la lengua entre sus labios.

Era tan dulce.

No supo cuándo ocurrió, pero deslizó la mano hacia arriba y enredó los dedos en su pelo. Después le echó la cabeza hacia atrás y la mantuvo pegada a su boca. Notó con la lengua el calor dentro de su boca y ladeó la cabeza para saborearla y besarla. Se apartó por un instante, pero ella lo miró con tal asombro que volvió a besarla una y otra vez.

—¿Isobel? —dijo Margriet.

Isobel se apartó de inmediato y se puso en pie más deprisa de lo que hubiera creído posible. Sentía un cosquilleo en los labios y en la lengua después de que Athdar la besara. Se llevó una mano a la boca, pero la voz de su madre resonó de nuevo desde un rincón oscuro.

—Es tarde y necesitas descansar para el viaje.

¿Su madre habría estado observando? ¿Los habría visto?

—Vete, muchacha —le dijo Athdar antes de ponerse en pie y dar un paso atrás—. Te veré por la mañana antes de que te vayas —sus manos se rozaron cuando ella se apartó, y estuvo tentada de abrazarlo—. Que duermas bien.

Isobel notaba que todo su cuerpo vibraba y sentía que cada parte de su ser cobraba vida y, al mismo tiempo, le dolía. Pero su boca... su boca quería más. Más de él. Más...

Sabía que Athdar estuvo observándola hasta que llegó junto a su madre, pues notaba su mirada sobre su piel. Aquello era inesperado. Era maravilloso.

Y se había acabado.

La ola de tristeza la alcanzó al cruzar la puerta que conducía a su dormitorio.

No fue capaz de mirar a lady Jocelyn ni a su madre mientras se desvestía y se preparaba para irse a la cama. Ya habían hecho su equipaje y, sobre el baúl, descansaba un vestido limpio para ponérselo por la mañana. Sus medias y sus botas aguardaban junto al baúl, así como la capa de viaje con un tartán más para que sus piernas se mantuvieran calientes durante el camino.

Poco después la habitación quedó en silencio, salvo por algún ronquido ocasional y el crujido de las camas. Isobel se quedó despierta pensando en todo lo que había ocurrido entre ellos. Había sido un buen comienzo y, desde luego, Athdar la encontraba atractiva, o de lo contrario no la habría besado así. ¿O sí?

Sabía que los hombres hacían muchas cosas que no tenían sentido. La explicación de lo ocurrido entre Athdar y su padre no era más que un ejemplo de ello. Los hombres besarían a cualquier mujer que se lo permitiera. Ella misma lo había visto, la habían advertido sobre ello, y lo había deseado. Había deseado a Athdar.

Por desgracia, ya no tendría más oportunidades de hacerle ver que era adecuada para él. Se marcharían por la mañana, antes de que las tormentas les cortaran el paso a través de las montañas. Y, para cuando llegara la primavera y los caminos volvieran a estar transitables, su padre habría concertado un matrimonio para ella en alguna otra parte.

Su padre no la casaría con alguien que a ella no le gustara. Se aseguraría de que su futuro marido fuese un buen hombre capaz de mantenerla y de administrar su dote. Dado que su padre era un hombre importante en el círculo de confianza del conde de Douran, además del hijo bastardo del conde de Orkney, su marido sería un noble con un puesto importante dentro del reino de Escocia, o con contactos con otros reinos.

Pero ella no deseaba casarse por los contactos ni tener que dejar atrás todo y a todos los que conocía. Había sido educada para eso, pero no era lo que deseaba.

Si al menos tuviera más tiempo.

Pasaron los minutos y después las horas mientras intentaba calmar la confusión que tenía en la cabeza. Justo cuando empezaba a quedarse dormida, unas palabras comenzaron a sonar en sus pensamientos. Era la voz de lady Jocelyn.

«Tal vez sea mejor pedir perdón que pedir permiso».

Perdón, ¿por qué?

«Mis primos y yo teníamos el escondite perfecto cuando quería evitar las bromas de Athdar. Ahí arriba. Algunos días en los que me sentía perezosa me escondía ahí para no tener que hacer mis tareas».

Ahí arriba. Un hueco secreto. El escondite perfecto.

Isobel se incorporó en la cama; de pronto sabía lo que tenía que hacer.

«Esa chica podría ser un problema.

Él la observa y la idolatra. Se fija en sus palabras y sigue sus pasos.

Peor, se ríe con ella.

No se merece reír.

Jamás.

No se merece nada más que dolor.

Ella debería marcharse...

Ya...

Antes de que sea demasiado tarde también para ella».

Nueve

Athdar se fue a la cama, pero no podía dormir. En su lugar, seguía saboreando a Isobel en su lengua; era el sabor dulce de la inocencia y del deseo que permanecía después de que sus bocas se hubieran separado. Podía oler el aroma del jabón que usaba cuando había enredado los dedos en su pelo. Podía oír el suspiro contra su boca cuando la había besado.

Una y otra vez.

Su cuerpo se había endurecido con sus caricias y con sus besos.

Seguía duro, y la sangre recorría sus venas con deseo.

Gracias a un beso. Un único beso. Su primer beso.

Pero, si un beso podría provocarle aquello, solo podía alegrarse de que Isobel se marchase por la mañana.

Cuando se quedó dormido, algo de las profundidades de su memoria volvió a agitarse y a provocarle terror y dolor hasta que se despertó gritando en silencio. Empapado en sudor e incapaz de respirar.

Prefería quedarse despierto y pensar en el beso de Isobel.

No era ningún joven dominado por su primera pasión, y aun así se sentía como tal. Había habido mujeres en su cama y en su corazón durante más de veinte años pero Isobel hacía que todo pareciera nuevo otra vez.

La deseaba, no podía negarlo, a pesar del juramento que había hecho y de todos los obstáculos con los que se encontraría.

Tal vez fuera buena idea, para su salud mental y su supervivencia, que se marchara por la mañana.

Sí, muy buena idea.

Por fin, la luz del sol comenzó a iluminar su habitación y Athdar se levantó. Como *laird* y como hermano, tendría que ver partir a Jocelyn y a su comitiva. Debido a las preocupaciones por el clima y por su seguridad, ordenó que las acompañaran seis hombres; tres irían por delante y otros tres viajarían hasta el paso de las montañas y después regresarían para hacerle saber que lo habían cruzado sin problemas.

Se vistió con rapidez y bajó a despedirse. Jocelyn y Margriet estaban preparadas al fondo del salón, pero Isobel no estaba por ningún lado. Preocupado como estaba por la reacción de Margriet ante lo que sin duda había presenciado la noche anterior, le sorprendió encontrarse con una cálida sonrisa por parte de ambas.

—¿Estáis preparadas para marcharos? —preguntó. Era una manera indirecta de preguntar por ella sin que se notase su deseo de saber.

—Estábamos esperando para verte. Los caballos y el carro están preparados.

—¿Llevas ropa de abrigo? —preguntó él mientras abrazaba a su hermana—. No es buena señal que haga tanto frío tan pronto.

—Sí. Capas gruesas y medias. Y botas —levantó un pie para mostrárselo—. Y llevamos mantas de lana para las piernas —Jocelyn dio un paso atrás para permitir que Margriet se despidiera.

—Si os encontráis con mal tiempo, regresad. No quiero que arriesguéis vuestra seguridad en una tormenta impredecible —dijo él. Y finalmente cedió a la tentación—. ¿Isobel no está preparada?

—Ya se ha ido con los primeros escoltas. Se levantó temprano y decidió no esperarnos. Nos encontraremos con ellos en el paso de las montañas —respondió Margriet.

—Si el tiempo aguanta, podremos cruzarlo antes de que caiga la noche —añadió Jocelyn.

—Dadle recuerdos —dijo él—. Dejad que os acompañe fuera —agregó mientras intentaba comprender su decepción sin dejar que se notara. Sin duda aquella era la manera más fácil, en vez de tener que verla por la mañana tras el beso de la noche anterior. ¿Qué podría decirle cuando ni siquiera él sabía lo que significaba?

Salieron al patio, donde aguardaba el resto del grupo, y él ayudó a Jocelyn a subirse al caballo. Comprobó las correas de la silla y las riendas y después le acarició la mano.

—Cuídate, Jocelyn.

—Cuídate, Dar.

Athdar saludó con una inclinación de cabeza a Margriet y después le hizo un gesto con la mano al hombre que lideraba al grupo. Los siguió hasta las puertas y vio como se adentraban en el bosque por el camino del oeste. Cuando ya no pudo verlos ni oírlos, regresó al interior de la fortaleza para desayunar.

La fortaleza volvía a ser solo suya.

Fue a la cocina a comer, como tenía por costumbre cuando no había invitados. Los sirvientes lo sabían y le habían dejado preparado un cuenco de gachas de avena.

Ahora su vida volvería a la normalidad y el invierno llegaría pronto.

El día pasó despacio; todas sus tareas eran iguales. Comió sin hablar mucho. Se reunió con Padruig, entrenó en el patio con sus hombres, habló con Broc para enviar a gente al molino para ayudar a Lyall a terminar la molienda antes de que el agua comenzara a congelarse en el río. Aunque la rueda del molino podían hacerla girar los hombres, el camino entre la fortaleza, el pueblo y el molino se volvería difícil, si no impracticable, cuando comenzaran las tormentas invernales.

Dado que algunos de los aldeanos que vivían más lejos quedarían aislados con las nieves del invierno, había que trasladarlos. Además había otras tareas de las que ocuparse.

Sin embargo, por alguna razón todo le parecía vacío aquel día.

Había logrado pasar el resto del día y se había juntado con los demás residentes de la fortaleza para cenar, aunque no le interesaba la comida. El cansancio por no haber dormido la noche anterior empezaba a pasarle factura mientras recogían los platos, y había decidido irse a la cama cuando un destello de luz llamó su atención.

Miró hacia el fondo del salón y después hacia arriba, donde la pasarela del piso superior se encontraba con la pared. Entonces volvió a verlo. No había nadie alojado en aquellos aposentos, así que no debería haber ningún farol o vela encendidos. Pero era evidente que había alguien allí.

Athdar caminó hacia las escaleras y subió al segundo piso, donde estaban sus aposentos. Después recorrió el pasillo hasta la segunda escalera, que conducía a las almenas y al tejado. Casi había llegado hasta el hueco donde a Jocelyn le gustaba esconderse de

pequeña cuando vio la luz. Allí, en el hueco de la pared, había una vela pequeña cuya llama ondeaba con el aire.

¿La habría dejado allí alguno de los sirvientes?

Al acercarse oyó un ruido. Se detuvo y escuchó con atención. Distinguió entonces el sonido inconfundible de un suave ronquido procedente del rincón.

¿Quién necesitaría esconderse allí para dormir? Todos los sirvientes tenían su lugar en el piso de abajo. No tenía invitados. Entonces, ¿quién? ¿Un fugitivo? ¿Un espía? ¿Quién?

—¡Maldita sea! —murmuró en voz baja. Asomó la cabeza por el hueco y encontró...

A Isobel durmiendo, envuelta en su capa y en unas mantas, acurrucada en un rincón. Con la cabeza recostada hacia atrás, se humedeció los labios varias veces mientras roncaba suavemente. Después dejó caer la cabeza hacia delante y la apoyó contra el muro.

¿Cómo?

¿Cuándo?

¿Por qué?

Las preguntas se agolpaban en su mente mientras la veía dormir. Bueno, hasta que no la despertara no lo sabría, así que se agachó y le tocó el hombro. La agitó con suavidad y susurró su nombre al hacerlo.

—Isobel —dijo—. Isobel —repitió con más fuerza.

Ella se despertó y abrió los ojos. Arqueó la espalda y giró la cabeza de un lado a otro como si quisiera desentumecerse el cuello. No sería de extrañar que estuviese incómoda y dolorida tras pasar tanto tiempo allí acurrucada.

—Ven, deja que te ayude —dijo él ofreciéndole una mano.

Al principio ella frunció el ceño, como si siguiera medio dormida. Después se frotó los ojos y susurró su nombre.

—Athdar.

Aceptó su mano y él la puso en pie y la sacó del hueco de la pared. Cerca de las escaleras que conducían al tejado siempre hacía frío. Incluso con la capa y las mantas, debía de estar helada. Sin perder más tiempo, la tomó en brazos, la bajó al piso principal y la acercó al fuego.

—¡Ailean! ¡Trae sidra caliente! Broc, envía a alguien a por sus cosas. Están en el escondite de Jocelyn. Acerca la silla un poco más.

Siguió dando órdenes hasta que Isobel acabó envuelta en más mantas, pegada al fuego y con una taza de sidra caliente. Athdar se fijó en la cara de sorpresa de todos los presentes. Hasta a él le sorprendía que estuviera allí, pero no se detuvo hasta que no vio que el color regresaba a sus mejillas y dejaba de temblar.

Después hizo que todos los sirvientes se marcharan, aunque no le habría sorprendido que se quedaran escuchando en cualquier rincón. Acercó una silla a Isobel y esperó.

Pasaron los minutos. El fuego crepitaba y lanzaba chispas al aire. Athdar podía ser un hombre paciente cuando era necesario, pero ese no era el momento. Sobre todo cuando había tanto en juego; su vida y la reputación de Isobel.

—¿Cuándo has vuelto? —le preguntó.

Ella entornó los párpados y apretó los labios. Después se mordió el labio inferior, como si estuviera intentando encontrar las palabras adecuadas. Pero fue su mirada de culpabilidad la que le dio la respuesta.

—¿No te has ido? —Athdar se puso en pie y la miró—. ¡Maldita sea! ¿Lo sabe tu madre?

—Ahora ya lo sabrá —respondió ella.

—¿Y Jocelyn? —de nuevo vio la culpabilidad en su cara. Sumado a sus sospechas con respecto al comportamiento de Jocelyn durante su visita, solo había una respuesta posible—. ¿Jocelyn te ha convencido para hacer esto?

—No —dijo ella, se puso en pie y dejó caer las mantas al suelo—. He sido Yo. Jocelyn solo...

—¿Te habló de su escondite? —preguntó él señalando con la cabeza hacia el hueco de la pared.

—Sí —contestó ella—. Mi madre y ella pensaban que yo había partido primero. Pero me quedé atrás.

Athdar se acercó y observó su cara para intentar averiguar la verdad cuando le hizo la siguiente pregunta.

—¿Por qué, Isobel? ¿Por qué te has quedado aquí?

Isobel pensó en cómo responder. La sinceridad era crucial, pero ¿hasta qué punto podría contárselo si no sabía cuáles eran sus sentimientos? Si hablaba demasiado, quedaría como una niña tonta y encaprichada. Si no hablaba lo suficiente, Athdar no se daría cuenta de que quería que considerase la idea de tener un futuro con ella.

Así que decidió darle la razón real.

—No quería marcharme.

Athdar pareció querer decir algo en varias ocasiones, pero finalmente se pasó las manos por el pelo y negó con la cabeza.

—¿Sabe Jocelyn que estás aquí y a salvo? ¿Estás segura?

—Sí.

—Isobel, no puedes quedarte aquí sin tu madre o mi hermana. Mañana, cuando regresen mis hombres, haremos los preparativos para que regreses a Lairig Dubh.

Isobel no discutiría; era inútil llegados a ese punto. Pero, a juzgar por las señales, se acercaba una tormenta al paso de las montañas, y solo conseguirían cruzarlo los que ya habían partido. Por eso lady Jocelyn había adelantado su vuelta.

—Muy bien —contestó.

Athdar sonrió y recogió las mantas del suelo.

—¿También has escondido comida?

En ese mismo momento, Isobel notó que le rugía el estómago y sonrió.

—No tanta como me habría gustado.

—Entonces ven —dijo él señalando hacia la cocina—. Hemos cenado hace poco, así que podremos encontrar algo para que comas.

Ella lo siguió hasta la cocina, donde el fuego estaba encendido a cualquier hora del día. Los sirvientes desaparecieron cuando Athdar entró con ella y la condujo hacia una mesa situada a un lado. La esposa del cocinero se les acercó.

—Jean, lady Isobel se ha perdido la cena. ¿Puedes buscarle algo de comer? —preguntó Athdar.

—No necesito mucho —argumentó Isobel, sabiendo lo inoportuno que sería querer comer después de que hubieran terminado de trabajar en la cocina.

—No importa, milady —dijo Jean con una sonrisa—. Siempre guardamos un caldero caliente, pues muchos de nuestros hombres regresan tarde de sus tareas. Habrá suficiente para vos.

—Muchas gracias —respondió ella mientras Jean se acercaba al fuego para llenar un cuenco.

Poco después ese cuenco estaba frente a ella junto con un pedazo de pan, otro de queso y una jarra de cerveza. Athdar no dijo nada mientras comía, y se mantuvo a poca distancia con los brazos cruzados, apoyado en la pared y observando todo lo que hacía.

—Muchas gracias, Jean —repitió Isobel cuando terminó de comer, y se limpió la boca y las manos con la servilleta que le habían dejado—. Estaba muy bueno.

Jean se acercó y recogió los platos con una sonrisa.

—¿Estáis satisfecha? —preguntó tras ver el cuenco vacío.

—Sí —contestó Isobel con un suspiro—. No podría comer un bocado más —le pareció oír que Athdar se reía, pero, al mirarlo, vio que estaba mirando en otra dirección.

—Muy bien, milady —Jean se lo llevó todo y los dejó a solas.

Se hizo el silencio en la habitación e Isobel esperó su siguiente reacción. Pero, antes de que dijera nada, Broc entró y la saludó antes de dirigirse a Athdar.

—He hecho que preparen una de las habitaciones de arriba para la dama —le dijo—. Y sus pertenencias también están allí —entonces tuvo el descaro de guiñarle un ojo a Isobel. ¿Sabría que era demasiado atractivo para su propio bien? Si no tenía cuidado, alguna mujer inteligente podría ver más allá de sus juegos y seducirlo de verdad.

—¿Qué habitación? —preguntó Athdar.

—La más alejada —respondió Broc con una carcajada, como si estuviera compartiendo una broma privada con su *laird*—. ¿La acompaño hasta allí?

Isobel pensó que sería el propio Athdar quien la acompañaría, pero se equivocó, pues este asintió con la cabeza.

—Sí, por favor.

—Vamos, milady —dijo Broc ofreciéndole el brazo—. Glenna está esperándoos allí.

Mientras caminaban hablaba sobre cosas sin importancia, hasta que se detuvo frente a la tercera puerta de la pasarela. Abrió la puerta y en el interior se encontraba Glenna, que estaba encendiendo el fuego para calentar la estancia.

—Que durmáis bien.

Sin más, Broc se marchó y cerró la puerta.

—Enseguida hará calor aquí, milady —dijo Glenna. Le quitó la capa, que ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba puesta, y la colgó en una percha que había junto a la puerta—. Dejad que os ayude a meteros bajo las sábanas.

Isobel tenía por costumbre desvestirse sin ayuda de ninguna doncella, pero se permitió aquel lujo, porque el cansancio de una noche sin dormir y los nervios de pasar el día escondida empezaban a pasarle factura. Se sentía agotada y la necesidad de hacer lo que Glenna le sugería era irresistible. Se quedó de pie mientras la chica le deshacía la trenza y le cepillaba el pelo. Después levantó las sábanas y ella se metió en la cama.

A los pocos minutos ya la había dominado el sueño. Aunque debería haber pasado la noche preocupada por la posibilidad de que pudieran obligarla a marcharse, tenía la sensación de estar en el lugar en el que estaba destinada a estar.

Diez

Aunque todo indicaba que el invierno llegaría pronto, la mañana siguiente amaneció despejada y soleada, sin nubarrones en el horizonte. Pero Athdar no se dejaba engañar.

Mientras Isobel estuviese bajo su techo, siempre habría nubarrones amenazantes.

Al ver que no bajaba a desayunar, supuso que estaría agotada y no la presionó. Él tenía cosas que hacer y, mientras lo tuviese en mente, todo iría bien. Siempre pendiente de las puertas y a la espera de que regresaran los escoltas que había enviado con su hermana, consiguió realizar muchas tareas. Y lo que no hizo fue preguntar por Isobel.

Broc se reunió con él en el patio y habló sobre los avances del molinero y sobre algunos aldeanos que aún no estaban preparados. Athdar ignoró la expresión de suficiencia que le retaba a preguntar por Isobel. En su lugar, decidió que tenía que llevar a Broc donde sus hombres practicaban con la espada para que le quitaran parte de su arrogancia.

Broc era uno de sus amigos más antiguos, hijo del administrador de su padre. Habían crecido juntos y se daba por hecho que Broc serviría a Athdar cuando este llegase a ser *laird*, igual que el padre de Broc había servido a Tavish MacCallum durante décadas. Durante largo tiempo, Broc había vivido con su familia en un pueblo lejano, y había regresado al morir su padre.

Aunque ya no era el chico serio que Athdar recordaba de su juventud, Broc llevaba a cabo sus tareas correctamente. Pero, en algún momento, se había convertido en un mujeriego empedernido y, aunque nunca presionaba a ninguna mujer, tampoco se comprometía con ninguna. Eso podría esperarse de un joven, pero ahora, tantos años después...

Athdar acabó agarrando una espada y pasaron una hora practicando. Broc no parecía intimidado al terminar, pero tenía algunas magulladuras más y estaba sin aliento, así que Athdar experimentó cierta satisfacción. Administrador o no, la habilidad con la espada era esencial, así que no se sentía culpable por hacer entrenar a su amigo.

Y aun así Broc seguía con esa cara de suficiencia.

—¡Está bien! —exclamó al fin cuando abandonaron el patio de camino a la fortaleza—. ¿Qué tal está Isobel?

Broc se carcajeó.

—Creí que nunca me lo preguntarías. Se levantó poco antes de que yo viniera a hablar contigo. Parece estar bien.

—¿No deberían regresar pronto los escoltas? —preguntó Athdar mirando la posición del sol en el cielo—. Sin mujeres que puedan retrasarlos, deberían estar ya de vuelta.

—Sí. Y sobre todo en un día tan despejado como este.

Athdar se detuvo frente a la puerta.

—¿Está ella en el salón?

—No. Se me ha olvidado decírtelo. Me dijo que iba a ir a visitar a Laria hasta que regresaran los jinetes. Dijo que podrías encontrarla allí.

¿Estaría expresándolo de ese modo solo para molestarle? ¿Como si Isobel fuese quien diese las órdenes? Athdar se frotó la frente con la mano y trató de controlar las ganas de matar a su administrador. Sabiendo que Isobel estaba ocupada y fuera de su vista,

incapaz de tentarlo constantemente, Athdar se fue a la cocina a almorzar.

El día pasó deprisa y empezó a acercarse la hora de la cena. Seguía sin saberse nada de los jinetes, así que Athdar pensó en enviar más hombres, y lo haría si no habían regresado esa misma noche. Aquellos a quienes había enviado primero conocían los caminos y tenían la luz de la luna llena para viajar de noche.

Deberían haber regresado ya.

Y no lo habían hecho.

Cuando todos se reunieron en el salón para cenar, Athdar estaba preocupado. ¿Habrían tenido algún problema por el camino? Confiaba en quienes había enviado, así como en los MacLerie que viajaban con su hermana, así que esperaba noticias antes de creer cualquier otra cosa.

Una cosa que Broc había hecho correctamente era designar a Glenna para que se encargase de servir a Isobel hasta que esta regresara a Lairig Dubh, de modo que, cuando vio a la doncella bajar de las estancias superiores, la llamó.

—¿Ha regresado la dama de casa de Laria? —le preguntó cuando la muchacha se acercó.

—Sí. Ha pedido que le lleven una bandeja con la cena —contestó Glenna.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Athdar. ¿Por qué si no cenaría en sus aposentos?

—Creo que quiere evitar vuestra ira, señor —dijo la chica.

—¿Cree que estoy enfadado con ella? —sin esperar una respuesta, se dirigió hacia las escaleras.

Le llevó muy poco tiempo llegar al piso superior y situarse frente a la puerta de la habitación a la que había jurado no entrar. ¿Le había indicado inconscientemente a Broc que la instalase en la antigua habitación de Mairi? Athdar vaciló durante varios segundos mientras combatía los viejos demonios y los recuerdos sin decir palabra. Si Isobel se quedaba, la cambiaría de habitación.

¿Si se quedaba?

Dios, ni siquiera alojarla en la habitación de Mairi disminuía la esperanza o la certeza no solo de que Isobel no quería marcharse, sino de que él no quería que se marchara. Antes de poder concluir con ese pensamiento, llamó a la puerta.

—Adelante.

Athdar levantó el pestillo, abrió la puerta y se obligó a entrar en la habitación en la que no había entrado en años.

—Athdar —susurró ella al ver que era él—. ¿Han llegado los jinetes? —llevaba un vestido sencillo con un chal de lana sobre los hombros. Se había dejado el pelo suelto, y los tirabuzones flotaban sobre sus caderas a cada paso que daba hacia él.

Una parte de él, el corazón que nunca se había curado tras la muerte de Mairi en esa misma habitación, se sentía horrorizada por fijarse en su apariencia. Otra parte de él, la parte sexual a la que le resultaba tan atractiva, le impulsaba a ver como sus ojos se iluminaban cuando le hablaba, y como su corazón latía con fuerza cuando escuchaba su voz.

—No —respondió, se aclaró la garganta e intentó concentrarse en las razones que le habían llevado a verla—. Temo que hayan tenido que acompañar a Jocelyn a través del

paso de las montañas.

—¿Estarán a salvo? —preguntó Isobel con el ceño fruncido—. Debería haberme ido con ellas.

—Sí, deberías —respondió él con más brusquedad de la que le hubiera gustado—. Pero estás aquí, a salvo, y mis hombres y los MacLerie tendrán una mujer menos de la que preocuparse. Si no esta noche, sabremos algo por la mañana.

—¿Enviarás más hombres mañana?

—Envié a un hombre antes que a ellos, hace dos días. Llegará a Lairig Dubh y le dirá a Connor que salieron antes de lo previsto —no debería haberlo hecho, pero estiró los brazos y le acarició las manos—. Estarán a salvo.

Una sonrisa temblorosa iluminó sus labios tentadores mientras le ponía una mano sobre la suya.

—Gracias por tus palabras. Sobre todo cuando tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo.

—No estoy enfadado contigo, Isobel. No entiendo por qué decidiste esconderte y por qué mi hermana te ayudó —se detuvo al ver que Isobel iba a corregirle—. O por qué mi hermana te inspiró para comportarte de es modo —concluyó, convencido como estaba de que Jocelyn e Isobel habían conspirado, ya fuera abiertamente o en secreto, para que ella se quedara atrás.

Algo en su interior le impulsó a ser sincero con ella. Una fuerza le obligó a pronunciar las palabras antes de que pudiera arrepentirse.

—No me disgusta que quisieras quedarte aquí.

Isobel lo miró, incapaz de creerse la confesión que acababa de hacerlo.

—¿No te disgusta? —él negó con la cabeza y su expresión se suavizó ligeramente—. Pero ¿estás enfadado?

Athdar suspiró y le soltó la mano. Se acercó a la puerta y se encogió de hombros.

—Debería estarlo. Nos engañaste deliberadamente a tu madre, a mi hermana y a mí. Aunque creo que mi hermana lo quería y te instó a ello —aquella mirada severa regresó a sus ojos marrones e hizo que se volvieran casi negros. Pero en su mejilla apareció un hoyuelo e Isobel supo que estaba conteniendo una sonrisa—. Aun así, me alegro de que estés a salvo.

—¿Y te alegras de que esté aquí? —preguntó ella. Deseaba ver su reacción. Athdar estaba de pie en el marco de la puerta y negó con la cabeza. ¿Se arrepentiría?

—Dado que nadie me ofrece un desafío semejante jugando al ajedrez, supongo que sí —Isobel supo que no iba a concederle más que aquello, pero se sentía satisfecha—. He venido aquí para invitarte a bajar a cenar. Si te quedas aquí arriba, pensarán que eres más prisionera que invitada —explicó Athdar ofreciéndole el brazo—. Peor aún, sabrán que te he sometido a mi terrible ira.

—No recuerdo que descargaras tu ira sobre mí en el pasado. Pero gracias por la advertencia. Tendré cuidado de no abusar de tu hospitalidad.

Isobel había oído historias sobre su ira de boca de amigos y familiares que habían ido a visitarlo, y había presenciado algunos brotes por su parte durante sus visitas a Lairig Dubh, pero nunca dirigidos a ella.

Pero cualquier hombre, ya fuera *laird* o sirviente, podía llegar a su límite y explotar. Aunque ella sabía que su padre nunca le había levantado la mano a una mujer, también había visto a muchos hombres que sí. Avergonzar a un hombre delante de los demás podía despertar su resentimiento, y estar escondida allí sin que el *laird* lo supiera podría ser

vergonzoso.

—¿Esta reticencia a enfurecerme significa que no volverás a derrotarme al ajedrez? —preguntó él, y entornó los párpados mientras esperaba una respuesta, como si estuviese intentando discernir la verdad de sus palabras.

Isobel se colocó a su lado y puso la mano sobre su brazo.

—Si perder contra mí de nuevo desatará tu ira, entonces prometo dejarte ganar —sabía que bromeaba, igual que ella—. En serio, creí que estabas enfadado y no quería obligarte a estar en mi presencia delante de toda tu gente.

Recorrieron el pasillo hasta las escaleras y después bajaron al piso principal. Antes de entrar al salón, donde los demás ya se habían reunido para cenar, Athdar la detuvo.

—Isobel, debemos tener cuidado con tu honor ahora que estás aquí sin mi hermana ni tu madre. Así que, antes de entrar, deberías saber que... —se detuvo y la miró con seriedad—. No podemos vernos en el salón después de cenar para jugar al ajedrez. Al menos a solas.

Athdar se preocupaba por su reputación, aunque, conociendo a su padre como ambos le conocían, Isobel se preguntó si la razón sería el miedo que le tenía. Casi como si hubiera leído sus pensamientos, Athdar se carcajeó y comenzó a caminar de nuevo.

—Además, si llega a oídos de tu padre que he hecho algo ligeramente deshonesto contigo, no quiero pensar en lo que me haría.

Se acercaron a la mesa, Athdar la condujo a una silla vacía junto a la suya y esperó a que se sentara. Los que estaban allí esperando la saludaron y después se sirvió la cena. Era curioso, pero la situación le parecía más relajada que cuando Jocelyn estaba allí.

Se preguntó si Athdar se sentiría presionado por su presencia. Al fin y al cabo era su hermana mayor y había adquirido un estatus más elevado al casarse con MacLerie.

Broc parecía más apagado en la cena que antes, igual que el capitán de Athdar, Padruig. Su silencio le hizo darse cuenta de que estaban distraídos. Miró a su alrededor y advirtió la misma expresión en varios de los allí presentes.

Estaban preocupados. Se inclinó hacia Athdar y le habló en voz baja para que solo él pudiera oírla.

—¿Tu gente está preocupada por los hombres que siguen fuera? —susurró.

—Sí. El hijo de Padruig acompañaba a Jocelyn. Están esperando noticias.

Isobel se sentía muy mal, como si fuera responsable de aquel retraso, y decirse a sí misma que no lo era no ayudaba a calmar su inquietud. Se dio cuenta de que la mujer sentada junto a Padruig debía de ser su esposa. Entonces sintió la mano de Athdar en la suya por debajo de la mesa.

—Tú no eres la causa de su retraso. En todo caso, el hecho de que estés aquí, de que hables con ellos, puede aliviar sus preocupaciones. Habla con Nessa de tu afición a tejer.

¿Sabía que le gustaba tejer? Jocelyn debía de haber compartido eso con él, pues no era algo en lo que los hombres se fijaran.

—Nessa, ¿sabías que lady Isobel sabe tejer muy bien? —preguntó Athdar.

—Mi esposa es una de las mejores tejedoras de por aquí —respondió Padruig con orgullo en sus palabras—. Y nuestra hija mayor también muestra algunas de sus habilidades.

—¿Dónde está tu telar? —preguntó ella, pues no había visto ninguno en la fortaleza—. ¿Han cardado ya la lana? ¿Y la han teñido?

Una vez iniciada la conversación, siguieron hablando durante algún tiempo. Poco después Isobel se dio cuenta de que solo quedaban ellas dos en la mesa, pues los hombres

se habían ido al otro extremo y estaban inmersos en una discusión acalorada; aunque no sabía de qué hablaban.

Pasado algún tiempo, limpiaron la mesa, barrieron el suelo y prepararon el salón para pasar la noche. Pero los jinetes aún no habían vuelto. Nessa se puso en pie y le dio las buenas noches. Se dirigió hacia su marido, lo agarró del brazo y tiró de él hacia un lado para susurrarle algo al oído mientras miraba a Isobel de reojo en un par de ocasiones. Después Padruig le dijo algo a Athdar, que también se quedó mirándola.

Cuando todo el grupo comenzó a mirarla, Isobel quiso examinarse el vestido por si tuviese algún agujero.

—Glenna —dijo Athdar, y la joven doncella respondió a su llamada—. Lleva a lady Isobel de vuelta a su habitación.

Cuando Isobel comenzó a seguir a la doncella, él volvió a hablar.

—Te lo haré saber cuando regresen.

Le agradaba saber que Athdar comprendiese lo preocupada que estaba.

—Muchas gracias, *laird* —respondió ella.

Al regresar a su habitación en el piso de arriba, se dio cuenta de dos cosas. A pesar del comienzo adverso, el día había tenido algunos resultados buenos; principalmente el hecho de que Athdar hubiera admitido que se alegaba de que no se hubiera marchado. Y creía que empezaba a verla como algo más que la hija de Rurik. Entre sus besos y la manera en que le había acariciado la mano por debajo de la mesa, sospechaba que estaba pensando en ella como ella quería que pensara; como en una mujer.

La noche anterior había estado tan cansada que se había quedado dormida nada más meterse en la cama, pero esta vez le llevó más tiempo. Tiempo suficiente para darse cuenta de que Glenna compartía su habitación y dormía en un catre junto a la puerta. Y eso no hizo sino confirmar que tenía razón sobre la actitud de Athdar hacia ella.

Isobel sentía que había dormido solo unos minutos cuando llamaron a la puerta para decirle que los hombres que acompañaban a Jocelyn y a su madre habían regresado. Se vistió con rapidez y bajó corriendo al salón para saber si el destino sería favorable; para los jinetes y para su plan.

Padruig agarró a su hijo y le dio un fuerte abrazo. Athdar le dio la oportunidad de saludar en privado a Tavish, llamado así en honor de su padre, antes de preguntarles qué había ocurrido. Los demás no tardaron en aparecer en el salón; eran los familiares de los jinetes y algunos de los sirvientes. Athdar reunió a todos en torno a la mesa grande y les permitió comer y beber antes de hacerles todas las preguntas que tenía para ellos.

Justo cuando estaba a punto de empezar, llegó Isobel.

Era el pecado personalizado mientras atravesaba la estancia, recién despertada y con el pelo suelto y revuelto. A juzgar por cómo su cuerpo reaccionó al verla, Athdar supo que había tomado la decisión correcta al decirle a Glenna que compartiese la habitación con ella. Cuando miró a Padruig, este le guiñó un ojo, como si comprendiese la tentación que Isobel representaba para él.

Se puso en pie y le ofreció su silla. Ella se sentó y sonrió al ver al hijo de Padruig sentado junto a su padre. Debía de estar tan preocupada como él por el bienestar de su madre, pero esperó a que él hiciera las preguntas.

—¿Están a salvo?

—Sí, *laird* —contestó Dougal—. Consiguieron pasar antes de que nos alcanzara lo peor de la tormenta. Gavin consiguió atravesarlo sin problemas cuando regresó.

—¿Y qué os ha demorado tanto? —preguntó Athdar.

—Bueno, Niall tuvo que dejarle su caballo a las damas. El carro hacía que fueran despacio, así que tomaron lo que necesitaban y utilizaron el caballo de Niall para llevar las provisiones extra —Athdar se dio cuenta entonces de que Niall no iba con ellos.

—¿Dónde está ahora?

Tavish y Dougal se rieron.

—Sigue caminando, *laird*.

A Athdar no le hizo falta decir nada. Padruig se puso en pie y les dio órdenes a dos de los hombres. La luz de la luna sería suficiente para ir a recoger a Niall.

—Entonces, ¿llegó la tormenta?

—Sí. Estaba todo despejado y, casi sin previo aviso, se cubrió de nieve. Por suerte estábamos lejos y pudieron atravesar el resto.

—Muchas gracias —les dijo Athdar. Le ofreció la mano a Isobel, porque quería que ella escuchase las noticias sobre su madre sin que hubiese más gente—. ¿Dougal? —se alejaron de la mesa para que los demás no pudieran oírlos—. ¿Mi hermana o la madre de la dama te dieron algún mensaje para ella?

—Solo deciros que están a salvo y que alguien vendrá a buscaros en cuanto reabran el paso de las montañas.

—Muchas gracias por ayudarlas, Dougal —dijo Isobel con un tono de voz que hizo que Dougal se volviese admirador suyo al instante.

Cuando Dougal se marchó, Athdar miró a Isobel e intentó que no se le notara el miedo y el placer ante aquel supuesto contratiempo. Tendría que tomar las medidas necesarias para proteger su honor. Sospechaba que ese iba a ser el mayor problema.

—Parece que me tendrás como invitada más tiempo del previsto, Athdar. Espero no ser una carga para ti.

Athdar se quedó sin palabras. Aquel sería el mayor desafío al que se había enfrentado en mucho tiempo. Tenerla tan cerca, desearla tanto y no tocarla. Y no permitir que echase abajo su determinación de no aceptar a ninguna otra mujer en su vida.

Al mirarla a los ojos, del color del mar del norte, supo que era inocente y que debía permanecer así, de modo que juró respetar su honor.

Porque, si no lo hacía, se deshonraría a sí mismo también.

Y acabaría hecho pedazos y esparcido por las montañas de Escocia a manos de su padre.

Once

Aunque, al parecer, era una tormenta invernal la que había bloqueado el paso de las montañas, el clima en el pueblo y en las tierras circundantes era despejado y soleado. Ya habían terminado de cosechar y todo el mundo hacía su parte, desde los más viejos a los más jóvenes.

Y para Isobel, invitada o no, habría sido inconcebible quedarse parada sin ayudar, así que eso hizo. Pasaba unas horas cada mañana con Laria, ayudándola a secar, machacar y mezclar diversos preparados de hierbas. Pasaba otras horas visitando a Nessa y a las demás tejedoras desperdigadas por el pueblo. Las ayudaba en lo que podía y deseaba poder tener allí su telar para trabajar con ellas.

Pero el mejor momento del día era la noche.

En la cena se juntaba con Athdar, que parecía disfrutar de su compañía y de sus conversaciones sobre los más variados temas, desde el bienestar y las alianzas políticas de Escocia hasta cómo conservar más carne para el invierno. A veces ella le pillaba mirándola o le veía sonreír por algo que le había dicho a Broc o a Padruig.

Athdar se parecía mucho a Connor en el hecho de que no le importaba que desafiaran sus opiniones, aunque, cuando tomaba una decisión, no había más que hablar. Isobel fue testigo en el momento de hacer los preparativos en el pueblo y a la hora de tomar decisiones sobre el entrenamiento de algunos de sus hombres.

Jugaban al ajedrez, pero siempre con gente alrededor. Y, aunque en ocasiones le pillaba mirándole los labios, aquel beso nunca se repitió. Se decía a sí misma que habría estado dispuesta si él lo hubiera intentado. Pero no lo hizo. Todo en su comportamiento era educado, respetuoso y honorable.

¡Y ella deseaba gritar!

Había pensado en diversas maneras de pasar tiempo con él, pero no se le ocurría nada que no resultase demasiado obvio. Con los informes que llegaban cada día sobre el estado de las montañas nevadas, en su interior comenzó a florecer la esperanza de que pudiera ocurrir algo entre ellos. Simplemente no se daba cuenta de que los telares serían el punto de inicio.

Acababa de salir de casa de Nessa cuando vio a Athdar cabalgando por el pueblo. Soplaban un viento frío que se le coló por debajo de la capa y del pelo y la obligó a caminar más deprisa de lo normal. Riéndose como iba, pronto se encontró frente a Athdar. Él le dirigió una sonrisa y el corazón le dio un vuelco.

—Ven, Isobel —le dijo inclinándose hacia abajo y ofreciéndole la mano—. Si vas de camino a la fortaleza, deja que te lleve.

Ella aceptó su mano y se sentó tras él en el caballo.

—¿Seguro que no te distraigo de tus tareas? —preguntó mientras se tapaba las piernas con el vestido y la capa. Una nueva ráfaga de viento la hizo reír otra vez.

—¡Isobel! —susurró él por encima del hombro—. Ven aquí —estiró los brazos hacia atrás y la arrastró sobre su regazo. Le llevó pocos segundos situarla sobre sus piernas y rodearla con los brazos—. ¿Lista?

Preguntó, pero no esperó una respuesta y espoleó al caballo hasta que el animal comenzó a andar en dirección a la fortaleza. Ella se quedó sentada y sin moverse, tanto por

miedo a molestar al caballo como por su deseo de permanecer entre los brazos de Athdar. Tras recorrer una breve distancia, se relajó contra su torso y disfrutó de sus músculos fuertes y del calor de su cuerpo. Athdar pareció tensarse un momento cuando lo hizo, pero se lo permitió e incluso la arropó más mientras avanzaban por el camino. Varios aldeanos los saludaron, e Isobel vio que más de uno les dirigía una mirada cómplice.

Si el tiempo lo permitía...

Si ella demostraba su utilidad...

Si hacía que la deseara...

Si al menos...

—No hace falta que trabajes en el pueblo, Isobel. Eres mi invitada.

—Sí, una invitada, pero no puedo ser perezosa. Y, la verdad, prefiero mantenerme ocupada a quedarme sentada cuando hay tantas cosas que hacer.

Athdar pareció reflexionar sobre sus palabras. Cuando ella levantó la cabeza, se lo imaginó inclinando la suya para besarla. Respiró profundamente y aspiró su aroma cálido y masculino.

—Empieza a hacer frío para que vayas caminando por el pueblo —le dijo él.

—¿Tú podrías...?

Se detuvo antes de pedirle que hiciera algo por ella. Si les llegaban noticias de que el paso de las montañas estaba despejado, y era probable que eso ocurriera antes de que se instalase definitivamente el invierno, ella se marcharía. Así que no quería pedirle que cambiara nada. Aun así...

—Adelante, Isobel. ¿Qué es lo que deseas?

Su voz profunda sonó más rasgada y le produjo un escalofrío por la espalda que nada tenía que ver con el viento. Pensó en lo que realmente deseaba de él, pero después se reprendió mentalmente para liberarse de aquella locura que le provocaba.

—¿Permitirías que llevaran uno de los telares a la fortaleza para que yo pudiera seguir trabajando ahí?

Athdar permaneció callado durante unos segundos mientras se acercaban a la fortaleza. Cuando se detuvo, un chico se apresuró a hacerse cargo del caballo. La ayudó después a bajar y ella se sintió triste por la pérdida de su calor. El viento la zarandeó en los escalones, hasta que Athdar bajó del caballo y la rodeó con un brazo para guiarla hacia la puerta.

No iba a permitirlo. Lo supo al ver que tardaba tanto en contestar. Esperó a estar dentro para no tener que gritar por encima del viento.

—Nessa dijo que hay un telar sin usar en el almacén de abajo. Podría instalarlo... aquí —dijo señalando el primer rincón del salón según entraron—. La luz del sol será iluminación suficiente para trabajar por las tardes.

—¿Y eso te complacería? —preguntó.

No era lo que había esperado que dijera. Le había mostrado la hospitalidad de su clan y de su hogar, así que no tenía por qué hacer nada por ella.

—¿Y evitará que te congeles por ir de un lado al otro del pueblo visitando a las mujeres que tejen para nuestro clan?

¿Sabía lo que hacía cada día? Isobel pensaba que, siempre y cuando se mantuviera apartada de su camino, a él no le importaría. Pero, ¿le seguía la pista durante el día?

—Sí, sé lo que haces durante el día, Isobel —dijo Athdar como si le hubiera leído el pensamiento—. Me lo cuentan mis hombres porque vas a visitar a sus esposas y a sus madres. Me lo cuenta Padruig porque Nessa está más contenta de lo que había estado en

mucho tiempo, y todo por tener a una tejedora tan experimentada entre nosotros. Y Broc también me ha contado lo mucho que ayudas a Laria a prepararse para el invierno y a mudarse a la fortaleza.

Una parte de ella se sentía avergonzada porque supiera tantas cosas, pero sobre todo se sentía emocionada porque se hubiera fijado. Así que asintió y sonrió.

—Me complacería muchísimo, Athdar.

Por un momento estuvieron los dos solos allí. Los ruidos del salón quedaron en un segundo plano y ella juraría que podía oír su respiración. El corazón se le aceleró cuando Athdar dio un paso hacia ella y le estrechó la mano. Se quedó mirándolo cuando agachó la cabeza y le dio un beso. Ella se puso de puntillas para no perder el contacto con su boca. Aquel beso, tan diferente al primero, apenas había comenzado cuando de pronto Athdar se apartó.

Se quedó muy quieto e Isobel oyó entonces lo que sin duda él también había oído; las voces acercándose cada vez más. Ella estaba oculta tras sus hombros anchos. Athdar estaba dándole la oportunidad de alejarse antes de que alguien pudiera ver aquel comportamiento escandaloso. Así que hizo lo que le indicaba y dio un paso atrás justo a tiempo, pues Broc apareció junto a él.

—Puede que seas nuestra invitada durante todo el invierno, Isobel —le dijo—. O tendremos que enviarte por tierras bajas o a través del mar para que llegues a casa.

—Creo que no me importaría quedarme aquí todo el invierno —le dijo a Broc, aunque no dejó de mirar a Athdar en ningún momento. Fue él quien primero rompió el contacto visual.

—Broc, la dama me ha preguntado si se puede traer aquí el viejo telar que hay en el almacén —le dijo a su administrador.

—¿Así que vas a hacerla trabajar a cambio de comida? —bromeó Broc.

—A ella le gustaría —respondió Athdar mirándola brevemente—. Y sé lo mucho que te gusta complacer a nuestros invitados —le dio una palmada en el hombro a su amigo y después asintió con la cabeza al mirar a Isobel—. ¿Te encargas?

Isobel le vio marchar hablando con los demás mientras se dirigía hacia la pequeña habitación que utilizaba para guardar sus documentos. Cuando se marchó, ella se volvió hacia Broc.

—¿Quieres venir conmigo a ver si el telar está en condiciones de usarse? —preguntó el administrador.

—Me encantaría —Isobel se quitó la capa y la llevó colgada del brazo mientras lo seguía.

Les llevó poco tiempo encontrar el telar, que Broc le contó que había pertenecido a lady Lilidh MacDougal, la madre de Athdar y de Jocelyn, antes de ser almacenado con la partida de Jocelyn y la muerte de su madre. Con la ayuda de algunos de los trabajadores de la cocina, llevaron las piezas del telar al rincón del salón.

Isobel pasó el resto de la tarde trabajando para montar el marco y para comenzar a colgar los pesos. Para su sorpresa, los hombres encontraron otro telar más pequeño y lo llevaron también al salón. Broc estaba convencido de que había pertenecido a lady Jocelyn cuando era pequeña, el telar de prácticas donde había aprendido a tejer. Jean habló de los primeros intentos de Jocelyn para usarlo y los entretuvo mientras los hombres trabajaban para colocar ambos telares juntos.

Poco después tuvieron que marcharse a realizar sus tareas, e Isobel supo que pasarían varias horas más hasta que los telares estuvieran listos para funcionar. Dado que Nessa los vería cuando fuese a cenar a la fortaleza, Isobel estaba segura de que le prestaría su ayuda al día siguiente.

La hora de la cena llegó y pasó. La agradable compañía a la mesa hizo que el tiempo pasara deprisa, e Isobel tuvo que hacer esfuerzos por mantenerse despierta después de aquel día tan ajetreado. Glenna y ella regresaron a su habitación y ella cayó sobre la cama con la esperanza de quedarse dormida enseguida.

Primero fueron los ronquidos de la doncella los que le impedían dormir.

Después el viento ululante y la lluvia, que empezó a golpear los muros de piedra y las persianas de madera.

Por fin, Isobel se dio cuenta de que no podría dormir; sus pensamientos iban en distintas direcciones y no paraban. Se rindió, salió de la cama con cuidado de no despertar a Glenna, se tapó con un chal de lana y abandonó la habitación. Encontró un farol colgando en la pared, así que lo descolgó y lo llevó con ella para caminar por la oscuridad.

Algunas personas dormían en el salón, aunque habían colocado sus catres cerca del fuego para mantenerse calientes. Bajó por las escaleras hasta el rincón trasero, dejó el farol en el suelo y se quedó contemplando las piezas de madera del telar. Los pesos de piedra estaban apilados en un rincón, listos para ensartarse y colocarse sobre la viga principal para mantener la urdimbre en su lugar.

Isobel se sentó en la oscuridad y empezó a atar los extremos de las enormes bobinas de hilo que se utilizarían para tejer. De vez en cuando se oía algún ronquido o alguna tos en el salón, y ella se mantuvo todo lo quieta que pudo, usando su cuerpo para bloquear la luz del farol. No supo cuánto tiempo pasó. Siguió separando y organizando las piezas hasta que sintió la llamada del sueño. Lo dejó todo donde pudiera utilizarse por la mañana, se puso en pie, recogió el farol y regresó a sus aposentos.

Isobel estaba volviéndole loco.

A cada día que pasaba y se quedaba en su fortaleza, en su pueblo, en su mundo, iba robándole la determinación, hasta hacer que se preguntara cómo podría seguir manteniendo aquella farsa y resistiéndose a ella.

Isobel le había devuelto la vida a su hogar y a su gente... y también a él. Había logrado lo que los años y la sabiduría no habían podido lograr; le había dado ganas de volver a intentarlo. Su juramento iba resquebrajándose más cada día y, con cada sonrisa, con cada favor y con cada sugerencia, Isobel hacía que la deseara.

Y la deseaba de verdad.

Aunque él tenía mucha más experiencia que ella en cuestiones de placer físico, no había podido dejar de pensar en los dos únicos besos que habían compartido.

Esos besos serían su perdición... y la de ella si no tenían cuidado. Sentía su curiosidad y su pasión, y sabía que deseaba conocer más. Athdar rezaba cada noche para que la nieve cesase y salvarse así de su deseo hacia ella, que crecía con cada encuentro.

No podía dormir, así que decidió bajar a la sala situada junto al salón para revisar unos documentos que había encontrado de la época de su padre. Cuando salió al pasillo, oyó ruidos abajo. Se inclinó sobre el muro de piedra y la vio en el rincón, moviendo las

piezas del telar y seleccionando los pesos.

Se preguntó lo que se sentiría siendo esos pesos de piedra acariciados por sus dedos. Reaccionó como esperaba, excitándose solo con pensar en sus caricias. Mientras la observaba en silencio, ella fue organizando los hilos y comenzó a atar algunas de las piedras. Pasado un rato, se detuvo. Recogió el farol del suelo y comenzó a caminar hacia las escaleras... y hacia él.

Athdar no quería asustarla y hacer que diese un grito, así que retrocedió hacia la puerta y esperó a que se acercara. Cuando Isobel llegó al final de las escaleras, él levantó el pestillo de su puerta y lo hizo girar con fuerza para advertirle de su presencia, pero sin asustarla. En vez de asustarse, su cara se iluminó al darse cuenta de que era él.

—Athdar —susurró con una sonrisa—. Creí que serías Glenna que me había seguido. Espero no haberte despertado.

—No lo has hecho. Esta noche me cuesta dormir, Isobel —miró por encima de su hombro hacia su habitación—. ¿Dónde está Glenna? ¿No se supone que debe servirte?

—La chica trabaja incansablemente durante el día, Athdar. Y después duerme como un tronco.

Isobel no se daba cuenta de que acababa de darle una excusa y una razón al explicarle el comportamiento de Glenna. La chica no oiría nada de lo que sucediese frente a la habitación una vez que se fuese a dormir.

Cansado de esperar, cansado de resistirse, cansado de... simplemente cansado, le quitó el farol y lo dejó en el suelo.

—Isobel —susurró deslizando los dedos por su pelo para acercarla—. Deseo besarte.

Podía sentir su aliento en la cara por lo cerca que estaban, pero aguardó a que ella pusiera alguna objeción a sus atenciones. Al no hacerlo, acercó la boca hacia la suya como llevaba días y semanas queriendo hacer.

Ella suspiró contra sus labios al primer roce de su piel y se inclinó hacia él. Athdar sonrió, casi se rio, y después le cubrió de besos las mejillas, la frente, la barbilla y el borde de la mandíbula antes de unir sus bocas y saborear su esencia con la lengua. Introdujo la lengua en su boca y empezó a deslizarla hacia dentro y hacia fuera, como deseaba hacer con otra parte de su cuerpo. Ladeó la cabeza para tener mejor acceso a todos sus recovecos y siguió besándola hasta dejarla sin aliento.

Cuando Isobel se apartó de él para tomar aire, Athdar empezó a besarle la mandíbula y bajó por el cuello. Ella se estiró como si quisiera alentarle a continuar, pero él no fue más allá. Mientras acariciaba y saboreaba su piel hasta regresar a sus labios, se dio cuenta de que Isobel se había aferrado a su camisa y de que su chal había caído al suelo.

Ella no se apartó. No le detuvo. Tiró de su camisa y lo acercó más a su cuerpo. Athdar apartó las manos de su cabeza y las deslizó por sus brazos antes de pasarlas por su espalda para abrazarla. La presionó contra su pecho y no le quedó duda de que debía de sentir su erección palpitante entre sus cuerpo.

Pero, ¿acaso eso la asustó? No. Dejó escapar un pequeño gemido de placer y lo miró a los ojos.

—Bésame otra vez, Athdar.

Y así lo hizo. La envolvió con los brazos y la levantó para que sus bocas se encontraran de nuevo. El roce de su lengua contra la suya estuvo a punto de hacerle perder el control al que tanto luchaba por aferrarse. Se detuvo y dejó que ella explorase su boca, ignorando la necesidad de tumbarla en el suelo y penetrarla allí mismo. Con cada roce de su

lengua, cada vez que se agarraba a su camisa y deslizaba los dedos sin saberlo sobre sus pezones, su cuerpo gritaba para que se dejase llevar y la poseyese.

Pero entonces un sonido procedente del piso de abajo irrumpió en mitad de su pasión. Él levantó la cabeza y escuchó con atención. Salvo el sonido de su respiración entrecortada y acelerada por el placer, no se oía nada más. Pero aquello le dio la oportunidad de darse cuenta de que había traspasado una barrera con ella.

Una barrera muy deseable, pero que un hombre honorable no traspasaba con una muchacha inocente a no ser que hubiese un acuerdo entre ellos. Cuando intentó apartarse, ella se resistió, tiró de su camisa y se pegó a él. Finalmente le soltó, pero se quedó observándolo con los ojos muy abiertos. Sin saber bien qué decir, Athdar esperó a que hablara ella, suponiendo que se sentiría abrumada por el poder de la pasión que había estallado entre ellos. Al ver que no hablaba, él encontró las palabras.

—¿Te arrepientes de esto? —le preguntó mientras recogía su chal del suelo.

—¿Arrepentirme? —negó con la cabeza—. Solo me arrepiento de que hayas parado.

¿Acaso no tenía idea de la tentación que representaba para él? ¿Del peligro que alguien como ella representaba para él? Obviamente no.

—Alguien tenía que parar o...

—Entonces, ¿eres tú quien se arrepiente? —preguntó ella—. ¿Te arrepientes de haber actuado así? —la tristeza se coló en su voz. Era algo que jamás hubiera querido escuchar.

—Mi comportamiento ha sido poco honorable contigo, Isobel. Ahora deberías irte —susurró con la esperanza de que comprendiera lo cerca que estaban del desastre.

—¿Debería irme? ¿A mi habitación? ¿A Lairig Dubh?

Isobel dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—Ambas cosas.

Ella entornó los párpados y, por un momento, Athdar reconoció la misma mirada de odio por la que era famoso su padre.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

—Esto ha estado mal —respondió él—. Ningún hombre debería tocarte así, besarte así, a no ser que estuvierais prometidos —sabía que Isobel estaría esperando una proposición, pero eso no sucedería. No por su parte.

En vez de regresar a su habitación, se acercó más y se quedó mirándolo. Entonces su rostro adquirió una expresión desafiante. No importaba lo que dijera, pues Athdar comprendió que se había metido en un buen lío.

—¿Quieres que me vaya porque tienes miedo?

—Sí. Miedo —respondió él cruzándose de brazos también, pero más en un intento por evitar volver a abrazarla—. Miedo de ti. Miedo por ti. Miedo de arrebatarle la inocencia y no poder ofrecerte nada más que esa pasión. Miedo de que...

Entonces se detuvo. No podía admitir ante ella el control que su pasado seguía ejerciendo sobre él. Su verdadero miedo era romperle el corazón y no poder protegerla. Temía que corriera el mismo destino que habían corrido las demás mujeres de su vida. Mirándola a los ojos supo que, si algo le ocurriera, él moriría.

—Debes irte —insistió—. Vuelve a tu habitación. Hablaremos de esto por la mañana.

—Dime por qué. Dime por qué este comienzo tan prometedor no puede prosperar hacia algo más. ¿Es por la muerte de Mairi? ¿O por la de Seonag? —estiró el brazo y le

acarició la mejilla para obligarle a mirarla a los ojos—. Yo no creo que estés maldito, Athdar.

—Tampoco ellas lo creían. Tampoco Tavia. Pero ahora están muertas, ¿no? —no pudo evitar que la frustración y la resignación se abrieran paso entre sus palabras. Ella lo había desencadenado, primero con su pasión inocente y después con aquellas preguntas tan perspicaces—. Cualquiera mujer que se una a mí. No permitiré que corras ese riesgo.

—Yo no me arrepiento de lo que ha sucedido entre nosotros, Athdar. Y no fingiré lo contrario —levantó la barbilla y lo miró. Aunque Athdar debía decir algo que pudiera espantarla, simplemente no quería que creyese que se arrepentía de lo que había ocurrido.

Le puso un dedo bajo la barbilla y se la levantó un poco más. Entonces se inclinó y la besó, solo para sentir el calor y la pasión una vez más antes de despedirse de ella. Su boca, con su testaruda firmeza, se suavizó con el roce de sus labios. Después Athdar levantó la cabeza y se apartó.

—¿Arrepentirme de eso? Jamás. Pero no puede ocurrir nada más entre nosotros, Isobel. Nada. Así que vuelve a tu habitación y, por la mañana, encontraremos la manera de que regreses a casa.

Salvo por los párpados ligeramente entornados, Isobel no reaccionó. Se quedó mirándolo durante varios segundos antes de darse la vuelta. Recogió el farol del suelo antes de atravesar el pasillo hasta su habitación. Nada en su actitud indicaba que aceptase su decisión o sus órdenes. En su lugar, ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera observándolo, antes de levantar el pestillo de su puerta y entrar.

Athdar regresó a su habitación. Debía sentirse satisfecho de que Isobel comprendiera la situación y que no podría salir nada de aquella atracción que sentían el uno por el otro. Se desvistió y se metió en la cama, pero, al intentar conciliar el sueño, se dio cuenta de la verdad.

Isobel no había interpretado sus palabras como un hecho irrefutable. No, desde luego que no. Athdar comprendió entonces aquella mirada que le había dirigido, pues había visto esa mirada muchas veces en su hermana, y también en Mairi y en Seonag.

Esa expresión indicaba que aceptaba el desafío.

Que Dios se apiadara de él. Corría ahora más peligro que antes.

Él no lo recuerda.

No recuerda el precio que ha de pagar.

La desea y no puede mantenerse alejado de ella.

Su padre no será el único peligro al que se enfrente si sigue buscándola.

Hay que recordárselo.

Debe recordar el terrible precio que debe pagar.

Por siempre.

Doce

Los días posteriores fueron extraños para Isobel.

Tras su encuentro con Athdar y tras la pasión que habían experimentado, no podía volver a ignorar sus sentimientos. Y además no deseaba hacerlo.

La mañana de después había sido incómoda al principio, pero se entretuvo durante el día, ayudó a Laria a trasladarse a la fortaleza y a organizar el taller que utilizaría. La casa de Laria estaba demasiado alejada durante las tormentas invernales, así que su costumbre durante la última década era instalarse en la fortaleza, desde la que podía llegar con más facilidad a cualquier lugar del pueblo.

Isobel invirtió casi todo el día siguiente en instalar los telares con ayuda de Nessa y de las demás mujeres. Algunas de las visitantes mayores contaban historias sobre como Jocelyn trabajaba junto a su madre cuando era una niña. A pesar de cualquier posible incomodidad, Athdar ayudó con los preparativos y observó cuando ella comenzó a tejer. Al no estar acostumbrada a aquel telar, le llevó un rato ajustar algunas cosas, corregir la tensión de los hilos y la posición de los pesos, pero a última hora de la tarde ya trabajaba con ritmo y pronto logró terminar una porción de tela.

Hubo un momento un poco irreal.

Mientras trabajaba aún en los primeros centímetros de tela, Athdar se situó detrás de ella y observó. Ella estuvo a punto de perder el ritmo cuando le colocó una mano en el hombro y se inclinó para hablar.

—¿Esto te gusta, Isobel? —preguntó sin apartar la mano del hombro.

—Sí, Athdar —respondió ella sin apartar la mirada del telar y de los hilos. No se atrevió a mirar si alguien más advertía la familiaridad con que se trataban—. Me gusta —antes de que él pudiera apartar la mano, ella le hizo una pregunta—. ¿A ti te gusta ver en funcionamiento de nuevo los telares de tu madre y de tu hermana?

Entonces Athdar le apretó el hombro y le provocó un escalofrío por la espalda.

—Sí que me gusta, muchacha.

Tras haber presenciado la batalla que libraba consigo mismo por el modo en que estaban sucediendo las cosas entre ellos, Isobel decidió dejarlo pasar. Habían hablado de su regreso a Lairig Dubh, pero sus hombres le informaron que el paso de las montañas seguía inaccesible. De modo que su visita se prolongaría. Y, mientras él deseaba que un golpe de calor derritiera la nieve, ella rezaba para que el invierno llegase temprano.

Si tuviera un poco más de tiempo...

Así habían pasado tres días y ella aguardaba su momento, disfrutando del tiempo que pasaba con Athdar y con su familia, utilizando su talento con el telar para ser útil. Y usando el tiempo que pasaba con Laria para aumentar su conocimiento sobre las plantas y las hierbas medicinales. Se sentía útil y necesaria, como si encajara. Y, si llegaba el momento en que los caminos se despejaban, tal vez Athdar le pidiera que se quedara.

Pero el cuarto día todo cambió de un modo que ella jamás podría haber imaginado.

—Algo extraño sucede —dijo para sí misma.

Sentada sola ante el telar, incorporando los hilos verde y marrón a la tela, vio a

varias personas que no conocía entrar en la fortaleza. En el centro del grupo iba una mujer que debía de tener la edad de Athdar, y cuya tristeza era evidente. Aunque deseaba ir a ver qué le pasaba, Broc se adelantó y después Jean salió de las cocinas.

Mientras contemplaba la escena desde el otro extremo del salón, Isobel se preguntó qué pasaría. Cuando Broc envió a los sirvientes en diferentes direcciones, ella dejó la lanzadera y se puso en pie. Nada podía calmar a la mujer, y finalmente Broc envió a buscar a Laria.

Algo iba mal; incluso ella se daba cuenta.

Broc debía de haber enviado a buscar a Athdar, así que sabía que él se encargaría del asunto cuando llegara. Volvió a sentarse sin dejar de prestar atención.

Isobel volvió a levantarse y fue dando pequeños pasos hacia delante cuando Athdar llegó.

Le sorprendió oír gritos.

—¡Esto es culpa tuya! —exclamó la mujer al verlo—. ¡Todos ahora sufren por tu culpa! —Athdar se quedó pálido e Isobel se acercó más.

—Ailis, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está Rob? —preguntó mientras intentaba darle la mano a la mujer, pero esta la apartó. Broc se inclinó hacia él y le susurró algo que le cambió la cara.

—Sí, Dar —dijo la mujer—. Mi Robbie ha muerto, igual que los demás. ¡Igual que deberías haber muerto tú! —rompió a llorar y se derrumbó a los pies de Athdar—. Pero no, tú nunca sufres las consecuencias, ¿verdad? No. El *laird* nunca sufre las consecuencias.

Athdar dio un paso atrás ante aquella acusación e Isobel se acercó a él. Empezaron a circular susurros por todo el salón y ella vio que varias personas se acercaban a ver. Cuando se disponía a ofrecer su ayuda, Athdar la vio y gritó:

—¡Vete a tu habitación! No tienes nada que ver aquí.

Aunque algunos de los presentes la miraron con compasión, nadie intervino.

Dolida como estaba por sus palabras, Isobel entendía que estaba profundamente afectado por la muerte de ese tal Robbie. En vez de discutir o darle motivos para hacer algo que luego pudiera lamentar, retrocedió y permitió acercarse a los demás, que eran amigos y familiares. No forasteros como ella.

Isobel regresó a su habitación y vio desde la puerta como cada vez más gente se acercaba al salón a hablar con Ailis. Athdar seguía allí, pero no volvió a intentar acercarse a ella. De hecho, no hizo más que quedarse allí quieto, mirando. Aunque varios de sus hombres se acercaron, y tanto Broc como Padruig hablaron con él, simplemente se encogió de hombros. Después pidió que le llevaran whisky y empezó a beber.

Poco después los sirvientes empezaron a poner fuentes de comida y jarras de cerveza sobre la mesa. Algunos de los presentes comieron y bebieron, pero la mayoría se dedicó a intentar consolar a Ailis por su pérdida.

¿Sería Robbie su hijo? ¿O su marido? Quizá su hermano. ¿Qué relación tendría Athdar con él y con su muerte? ¿Por qué Ailis le culparía? Tenía muchas preguntas en la cabeza, pero nadie a quien preguntarle.

Miraba cuando podía, pero a veces la pena era demasiado intensa como para presenciarla. Rezó por el alma del difunto y por su familia cuando ya no pudo soportarlo más. No estaba acostumbrada a mantenerse al margen sin poder hacer nada.

Jean hizo que Glenna le llevase una bandeja con comida, pero la doncella no se

quedó el tiempo suficiente para que pudiera hacerle preguntas. Los reunidos en el salón se habían calmado y Laria le había dado algo a Ailis antes de que la llevaran de vuelta a su casa. Un grupo de mujeres, algunas mayores y otras jóvenes, la acompañaron fuera.

Isobel seguía sin tener respuestas. Tendría que esperar y averiguar más cosas al día siguiente. Resignada, estuvo remendando algunas prendas y decidió irse a la cama temprano, dado que no había nada más que pudiera hacer. Algún tiempo después se despertó al oír que alguien levantaba el pestillo de la puerta. Imaginó que sería Glenna, así que se incorporó y esperó a que entrara. Tal vez pudiera darle alguna información sobre lo ocurrido, y sobre por qué Ailis culpaba a Athdar.

Pero la persona que estaba en su puerta, iluminada por los faroles del pasillo, no se parecía en nada a Glenna.

—¿Estás despierta, muchacha? —arrastraba las palabras e Isobel advirtió el olor a whisky cuando entró en la habitación y cerró la puerta. Había estado bebiendo mucho y apestaba a alcohol. Ella se levantó de la cama sin saber qué esperar de él.

—Athdar, ¿qué sucede?

Su respiración se oía en la habitación, pero no se había movido desde que cerrara la puerta. Nunca le haría daño, así que Isobel no tenía por qué temer. Pero, ebrio, podría hacerse daño o hacérselo a ella sin querer. Caminó lentamente hacia él y se detuvo en la mesa situada junto al fuego para encender una vela.

Parecía como si Athdar hubiese visto a la muerte y esta fuese a por él.

Isobel dejó la vela para no dejarla caer y se acercó a él.

—Ven —le dijo con suavidad—. Deja que te ayude a volver a tu habitación. Dormir te vendrá bien.

—He venido aquí... He olvidado... Mairi... —balbuceó y al final no dijo nada concreto.

Entonces, ¿aquella había sido la habitación de Mairi? Tal vez hubiera dicho algo más, pero estaba tambaleándose y haciendo ruidos mientras arrastraba los pies, así que no estaba segura. No recordaba que hubiera mencionado a Mairi, su primera esposa, hasta hacía unas noches, aunque otros habitantes de la fortaleza habían hablado de ella abiertamente.

—¿Por qué has venido aquí Dar?

—Robbie ha muerto —dijo él—. Robbie.

Isobel se acercó a él con la intención de hacer que se sentara en la cama antes de caerse al suelo.

—¿Quién es Robbie?

Athdar permitió que le llevara hasta la cama y se sentó, pero no respondió de inmediato. En su lugar, levantó la jarra que llevaba en la mano y bebió de ella. Después la dejó en el suelo, se cubrió la cara con las manos y se quedó quieto.

¿Sería él el causante de la muerte de Robbie?

El jefe del clan enviaba a sus hombres a misiones peligrosas y a veces esos hombres morían. Su propio padre había dicho que había perdido a amigos en batallas, e incluso él había tenido que luchar para rescatar a su madre de manos de unos forajidos que la habían secuestrado. La muerte era la única certeza en sus vidas. Y un *laird* representaba la autoridad y la responsabilidad definitivas sobre la vida y la muerte de su gente. Aun así, ¿por qué aquella muerte le habría afectado tanto?

—Ailis tenía razón. Debería haber muerto yo. No los demás. Y ahora Robbie no debería haber muerto tampoco, sino yo. —su voz sonaba vacía y a la vez llena de dolor.

Alcanzó la jarra y ella estuvo tentada de apartársela. En su lugar, le dejó beber más, pues pensaba que así se quedaría dormido antes.

—Háblame de Robbie.

Athdar se quedó en silencio varios minutos y después habló.

—Éramos amigos. Robbie, Duff, Kennan, Jamie y yo. Corríamos y peleábamos y... —se quedó sin palabras y fue entonces cuando Isobel vio las lágrimas—. Debería haber sido yo.

Isobel sospechaba que el whisky y la pena confundían más aún sus pensamientos. Athdar levantó la cabeza y pareció darse cuenta de dónde estaba. Comenzó a levantarse y ella se acercó para ayudarlo. Entonces él tropezó y cayó sobre la cama. Al caer, golpeó la jarra de cerámica con el pie y la rompió. Se apresuró de inmediato a recoger las piezas, como si fuera consciente de que ella estaba descalza.

—¡Estate quieta! —le dijo mientras echaba a un lado los pedazos—. Ten cuidado.

Isobel se acercó a la cama y ahuecó la almohada.

—Ven, tumbate —le dijo agarrándole del hombro para guiarlo hacia abajo—.

Duerme, Athdar.

Pensó que iba a tumbarse hasta el último momento, cuando estiró el brazo y la agarró del camisón. Ella le siguió para que no se rasgara la tela y acabó en la cama junto a él. No pudo más que reírse mientras intentaba zafarse.

—Quédate conmigo, Mairi, amor. Ahora todos han muerto. Yo debería estar muerto —la rodeó con un brazo y la sujetó con fuerza. Sus siguientes palabras le rompieron el corazón—. No debería haber vivido cuando tú moriste.

No dijo nada más, lo cual era algo bueno, porque Isobel sintió sus propias lágrimas al descubrir lo mucho que había sufrido por esas muertes. Se quedó tumbada a su lado y dejó que se quedara dormido. Su intención era esperar a que estuviera dormido para poder levantarse de la cama.

Pero entonces olvidó una lección que había aprendido hacía muchos años; el camino al infierno estaba lleno de buenas intenciones. Entre su cansancio y la calidez del cuerpo de Athdar, ella también se quedó dormida.

Dios, cómo le dolía la cabeza.

Athdar intentó abrir los ojos, pero le hacía demasiado daño la luz. Se los tapó con la mano y fue adaptándose progresivamente al resplandor antes de volver a intentarlo. Respiró profundamente y se dio cuenta de que la habitación y él olían a whisky. Tenía que lavarse y cambiarse. Tiró del brazo para liberarse y se sorprendió al oír un murmullo femenino.

¿Se había emborrachado al enterarse de la muerte de Robbie y había acabado en casa de una de las rameras? Eso sería un auténtico desastre. Se giró para ver quién compartía su cama y parpadeó varias veces al verla.

Isobel yacía junto a él con una pierna enredada en la suya y la cara apoyada en su hombro.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pero eso no evitó que se le pasaran por la mente infinidad de maneras de morir.

Él nunca haría algo...

A juzgar por las apariencias, era evidente que había compartido la cama de Isobel. Y seguía compartiéndola.

Se incorporó e ignoró el terrible ardor de estómago, así como el dolor de cabeza.

Miró a su alrededor, sin atreverse a mirarla a ella todavía. La habitación estaba hecha un desastre, con ropa por todas partes, y ellos estaban enredados encima de la cama. El olor a whisky estaba por todas partes.

Aun así, no había perdido totalmente el control siempre y cuando no hubiera hecho nada con ella. Todo aquello tenía muy mal aspecto, pero se podía explicar.

Él había bebido muchísimo.

Había perdido el control y había ido a buscarla.

«Todo porque no has podido controlarte. Porque no has pensando en las consecuencias de tus actos».

Recordó las palabras de Rurik justo cuando Isobel empezó a desperezarse, al tiempo que se abría la puerta de la habitación. Antes de que él pudiera disuadir a la persona que entraba, se oyó un grito y el sonido de una bandeja al caer al suelo, lo cual despertó a Isobel, que también gritó.

Desde ese momento todo fue de mal en peor.

Cuando Isobel se despertó, él se levantó de la cama y se tambaleó hacia la puerta para cerrarla. No sabía que la voz de Glenna pudiera alcanzar ese tono tan agudo, pero el chillido le había atravesado el cráneo. Cuando hubo cerrado la puerta, se volvió hacia Isobel, y lo que vio le provocó un vuelco en el estómago. Mirase donde mirase, solo podía ver su sangre.

Una mancha escarlata en su camión blanco. La señal del peor abuso posible. No podía mirarla a la cara y ver la recriminación y el horror, así que se arrodilló ante ella para pedirle perdón.

—Isobel...

No logró decir nada más. Y, aunque hubiera encontrado las palabras, el golpe de la puerta al abrirse se lo habría impedido. Athdar se puso en pie e intentó proteger a Isobel del escrutinio de los demás, pero fue imposible, dado el número de personas que se agolpaban en la habitación.

Todos pusieron cara de horror al contemplar el resultado de su noche de borrachera. Vio la decepción y la rabia en las miradas de Padruig, de Nessa, de Broc e incluso de Jean, que había subido a ver cómo estaba Isobel.

—Nessa, por favor, ayúdala —dijo—. Puede que necesite a Laria —admitió mientras expulsaba a los demás de la habitación.

Tal vez hubiese traspasado las barreras del buen comportamiento, pero seguía siendo el *laird* y le debían obediencia. Nadie le desobedeció, pero todos esperaron frente a la habitación hasta que él también se marchó.

—Athdar —le dijo Isobel—. ¡Athdar, espera!

¿Cómo podía pronunciar su nombre sin maldecirlo por lo que había hecho? Él se dio la vuelta y la vio de pie en la puerta, con la marca roja del pecado visible ante todos. Conseguiría arreglar todo aquello de alguna manera. Isobel no se merecía nada de eso. Pero Athdar no quería hablar del tema en el pasillo.

—Isobel, ya habrá tiempo para aclarar todo esto cuando te hayan examinado —le dijo él—. Deja que Nessa te vea, come algo si puedes y hablaremos pronto.

Isobel abrió la boca para decir algo, pero se detuvo cuando Nessa le puso una mano en el hombro. Así que asintió con la boca temblorosa y aceptó su explicación.

Athdar se pasó una mano por el pelo para apartárselo de la cara y se alejó sin mirar a nadie a los ojos. Necesitaba limpiarse para poder enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Cuando se despojase del olor a whisky, iría a hablar con Padruig y los demás para

organizar el funeral de Robbie. En cuanto salió al patio, sintió náuseas y vomitó. Pasó tiempo hasta que se le asentó el estómago y pudo terminar sus abluciones.

Entonces estuvo a punto de dejarse abrumar por la sensación de pena y de fracaso al pensar en todo aquello a lo que tendría que enfrentarse aquel día. Al pensar en la gente a la que tendría que dar explicaciones. Pero aceptó una cosa mientras salía; ocurriera lo que ocurriera entre ellos, o como resultado de su falta de control, sería todo como Isobel deseara.

Haría cualquier cosa que ella deseara.

Trece

Isobel no podía creer que a un día tan malo como el anterior pudiera seguirle otro aún peor. Pero, desde el momento en que había abierto los ojos, había perdido el control sobre su vida.

¿Cómo había podido quedarse dormida con él? Y en esas condiciones.

En la penumbra de la habitación, iluminada solo por una vela, no había visto la herida en la mano de Athdar al recoger los pedazos de la jarra rota. No se había fijado en la mancha de sangre de su camisión donde él la había agarrado. Tal vez si se hubiera levantado, como había planeado, habría podido cambiarse de ropa y nadie lo habría visto ni habrían llegado a la conclusión equivocada a la que todos habían llegado al entrar en la habitación.

Incluido Athdar.

Había perdido la razón ante la tristeza de haber perdido a un amigo, uno de sus más viejos amigos, por lo poco que había dicho, y había buscado consuelo en el whisky. Eso le había hecho terminar frente a su puerta, o más bien frente a la puerta de Mairi, en busca de consuelo, y el alcohol y la desesperación le habían hecho confundirla con ella. Y su propio error había añadido más sufrimiento al que ya tenía, pues ahora sabía exactamente lo que Athdar creía que había hecho.

Arrebatarle la inocencia por la fuerza.

No paraba de darle vueltas en la cabeza a las posibles implicaciones y complicaciones de la situación. Tenía que hablar con él antes de que tomara decisiones basadas en... basadas en una mentira. ¿Y si avisaba a sus padres y a Connor de lo ocurrido? Entonces no habría manera de enmendar su error y podría desatarse una guerra si su padre exigía satisfacción por lo que creía que Athdar había hecho.

—Nessa, por favor, llama a Athdar —dijo mientras los sirvientes metían la bañera en sus aposentos—. Debo hablar con él antes de que haga nada.

—Debemos examinarte, muchacha. Athdar... el *laird* podrá cuidarse solo hasta que... te sientas cómoda —la rabia de la mujer era evidente en cada palabra y en cada gesto. Nessa también creía lo peor.

—Jean... —Isobel se volvió a la otra mujer que había en la habitación—. Primero debo hablar con él.

—Tranquila —susurró Jean mientras le pasaba un brazo por los hombros para conducirla al otro extremo de la habitación—. El *laird* dijo que hablaría con vos cuando os hubierais dado un baño y estuvierais vestida.

Jean miró por encima de su cabeza e Isobel supo que estaba intercambiando gestos con Nessa. Cuando la habitación estuvo limpia y los sirvientes se hubieron marchado, Jean le estrechó las manos y la sentó en el borde de la cama recién hecha.

—¿Queréis que llamemos a Laria? ¿Tenéis alguna... lesión que necesite tratamiento?

Cuando Isobel las miró, ambas mujeres se sonrojaron por las preguntas. Ella comprendió de lo que estaban hablando, negó con la cabeza e intentó contarles la verdad.

—Athdar no me ha hecho daño —dijo—. No estoy herida —ellas negaron con la cabeza y chasquearon la lengua—. No me ha hecho nada...

Se dio cuenta de que no estaba convenciéndolas de nada. Estaban decididas a creer lo peor, así que se rindió por el momento y se metió en la bañera. Aunque no le había hecho daño, y prácticamente no la había tocado, Athdar había dormido recostado encima de ella y le dolía el cuerpo por la mala postura. Así que dejó que el agua y las hierbas que habían puesto en ella la relajaran.

No la presionaron en absoluto y solo la ayudaron a lavarse el pelo cuando les dijo que el agua se estaba enfriando. Nessa avivó el fuego para calentar la estancia antes de que Isobel se pusiera en pie y saliera de la bañera. Jean la envolvió enseguida con dos toallas de lino.

Ya había tenido suficiente.

—Necesito estar a solas —les dijo—. Me gustaría vestirme sola.

Necesitaba tiempo para aclarar sus ideas y pensar en un plan antes de que todo se descontrolara. Necesitaba saber qué decirle a Athdar y cómo explicar el error que había sucedido entre ellos antes de que él cargara con la responsabilidad de algo que no había hecho.

—Os traeré algo de comer. Y una infusión de betónica que tanto os gusta —dijo Jean.

Aunque Nessa no parecía estar muy de acuerdo con su petición, asintió mientras recogía la ropa sucia y siguió a Jean. Isobel no podía culparlas por estar preocupadas. Resultaba conmovedor que se preocuparan por ella, igual que se preocupaba su madre por ella y por sus hermanas, sin importar la edad que tuvieran.

Cuando la puerta se cerró tras ellas, Isobel se sentó en un taburete frente al fuego y empezó a peinarse. Mientras dejaba que se le secara el pelo, trató de contener las ganas de llorar. No tanto por ella, sino por Athdar y por el dolor que seguía llevando dentro.

Su plan testarudo y egoísta de ir allí y convencerle de que estaban destinados a casarse podría irse al traste. Peor aún, si aquel malentendido se prolongaba demasiado, causaría más problemas. Tenía que ver a Athdar y aclarar aquello. Él no se merecía los problemas que estaba causándole.

De modo que se trenzó el pelo. Rebuscó en el baúl del rincón y sacó ropa interior limpia. Se puso un vestido prestado, pues no había podido quedarse con toda su ropa al quedarse escondida en la fortaleza, lo acompañó de un chal de cuadros y ya estuvo lista para salir de la habitación e ir a aclarar las cosas. Levantó el pestillo, abrió la puerta y se encontró a Jean esperando con una bandeja.

Dejó escapar un suspiro exasperado ante aquel nuevo retraso, volvió a entrar en la habitación y permitió que la mujer dejara la bandeja junto a la cama. Al darse cuenta de que la escasa estatura de Jean escondía la determinación de un guerrero, Isobel se sentó y comió. Tenía más hambre de la que pensaba, de modo que se lo comió todo. La infusión de betónica que había empezado a disfrutar trabajando con Laria fue relajándola mientras bebía. Jean estuvo observándola constantemente, y solo pareció satisfecha cuando se lo terminó todo.

—¿Está Athdar en el salón? —preguntó ella poniéndose en pie para ir hacia la puerta.

—¿Creéis que es apropiado ir a buscarlo? ¿Por qué no descansáis aquí y esperáis a que venga él?

Isobel sabía que la mujer solo pretendía ayudar y que no conseguiría quitársela de encima amablemente, así que asintió, dejó el chal sobre la silla y se metió en la cama. Jean sonrió y se llevó la bandeja de la habitación. Isobel escuchó los susurros al otro lado de la

puerta y cerró los ojos para fingir estar dormida cuando Nessa asomó la cabeza.

Pasó unos minutos más allí tumbada, después se levantó de la cama y se puso las botas. A juzgar por el silencio que reinaba abajo, sospechaba que Athdar debía de estar fuera, en el patio o en el pueblo. Lo encontraría y hablarían de aquel asunto.

No quería arriesgarse a atravesar el salón y cruzarse con Nessa o con Jean, así que se cubrió el pelo con el chal, agachó la cabeza y salió por la puerta de la fortaleza. Rodeó el edificio y se sintió atraída por los gritos procedentes del patio donde los hombres entrenaban. Si había algo allí, Athdar también estaría; ya fuera implicado o contemplando el combate. Al doblar la esquina de la fortaleza, vio que ella no era la única que se había sentido atraída por los gritos.

Athdar estaba rodeado por media docena de sus hombres mientras se enfrentaba a ellos. Algunos llevaban armas, otros no. A juzgar por su cara ensangrentada y su respiración entrecortada, era evidente que no iba ganando la batalla. Mientras observaba, Isobel se dio cuenta de que no estaba luchando al cien por cien de sus habilidades. Le había visto luchar antes y aquello no era una pelea. Aquello era una expiación.

Se abrió camino entre la multitud para llegar hasta la verja. Había que detener aquello. La gente se echó a un lado al darse cuenta de quién era. Cuando divisó a Broc, corrió hacia él y le tiró de la manga.

—¡Debes detener esto ahora mismo! —exclamó por encima de los vítores. Cuando Broc se encogió de hombros, se dio cuenta de que, al igual que Athdar, ellos también creían que merecía aquel castigo.

Había descubierto que los hombres eran tontos. Tenían un concepto de la justicia que resultaba confuso. Eran... hombres. Si ninguno de los presentes iba a detener el combate, tendría que hacerlo ella. Se recogió la falda, saltó la verja y aterrizó en el campo de entrenamiento.

Con la falda recogida y pisando lo que fuera que hubiese sobre el campo, caminó en dirección a Athdar. Manteniéndose alejada de las armas, fue acercándose a él directamente para que pudiera verla en todo momento. Uno a uno, sus oponentes la vieron y fueron apartándose. Ya solo quedaban Padruig y Athdar luchando, y la multitud se quedó callada.

—Athdar, debes parar ahora mismo —dijo ella.

Sabía que la había visto y oído. Padruig desde luego sí, pues se apartó durante un segundo antes de volverse para mirar a Athdar, que tenía la espada levantada y estaba listo para atacar. Isobel caminó despacio y se interpuso entre ellos.

—Athdar, te lo ruego, debes parar —repitió. Lentamente le hizo soltar la espada y se la quitó. La dejó caer al suelo y se quedó de pie frente a él. Levantó la mano y le acarició la mejilla—. Debes parar.

—Pero, Isobel, te he deshonrado...

—No es verdad. Solo mis propios actos pueden deshonrarme.

Athdar miró por encima de su cabeza y se fijó en los demás, que estaban atentos a cualquier palabra que pudieran oír. Aún aturdido por su proceder de la noche anterior y por la muerte de Robbie, solo sabía que debía aceptar la responsabilidad de sus actos, incluso aunque ella no lo condenara. Solo había una solución honorable.

Pero ¿Isobel la aceparía? ¿Después de haberla tratado tan mal?

—Digas lo que digas, he insultado tu honor. Ambos lo sabemos. Mis amigos y familiares lo saben. Y los tuyos lo sabrán también. Solo hay una solución posible para que tú no sufras las consecuencias.

—Entonces, ¿voy a tener que enfrentarme a tus hombres por mi honor? —susurró

ella en un intento por bromear.

—Padruig podría suponerte algún problema, pero a los demás podrías vencerlos. No me cabe la menor duda —respondió Athdar. Vio que Isobel sonreía ligeramente, pero tenía la impresión de que lo entendía. Se apartó de ella, le dio la mano y la levantó para que todos pudieran verlo.

—Anoche tomé a lady Isobel como mi esposa. Y ella me aceptó como marido —vio la sorpresa en la cara de todos los que se habían reunido allí—. No importa mi comportamiento beodo y torpe con ella, y no importa el malentendido de esta mañana. Lady Isobel es mi esposa.

Vio en Isobel la misma expresión decidida que en ocasiones ponía su padre. Pero, ¿diría ella las palabras que los unirían durante un año y un día? Él no se merecía tal consideración después de lo que había hecho, y solo esperaba que aceptase su oferta y le permitiese compensarla por todo. Ya pensarían cómo terminaría después, pero lo primero era proteger el honor de ambos.

—Y el *laird* MacCallum... Athdar, es mi esposo.

No le tembló la voz al decirlo, como sin duda le habría temblado a él la suya. Isobel le había concedido la oportunidad de arreglar aquel desastre ante su gente. Aunque aún tendrían que enfrentarse a su padre y a Connor cuando se enterasen de aquella unión no autorizada.

Al principio reinó el silencio, pero después alguien comenzó a aplaudir. Broc gritó su nombre.

—¡Isobel! ¡Lady MacCallum!

El resto comenzó a imitarle. Aceptaban sus palabras y consideraban que su honor había quedado intacto.

—¡Isobel! ¡Lady MacCallum! —gritaban todos.

El sonido era ensordecedor y retumbaba por todo el patio. Athdar esperó a que dejaran de gritar antes de besarle la mano y después soltarla. Tenían que hablar, pero primero tenía que ocuparse de algunos asuntos.

—Espérame en la estancia del secretario. Iré enseguida —le dijo a Isobel—. Hay cosas que debemos acordar entre nosotros y que no se consiguen con una simple declaración.

En esa ocasión ella reaccionó a sus palabras con aceptación en vez de con actitud desafiante. Padruig se acercó a él con la espada y ambos vieron como su esposa se alejaba.

—Puede que te acabe de salvar la vida, pero sospecho que Rurik seguirá queriendo tu cabeza —dijo Padruig—. ¿Qué harás con ella ahora?

—No tengo ni idea —admitió. No había planeado tener otra esposa, de modo que no sabía qué haría después—. Supongo que llegaremos a algún tipo de acuerdo y esperaremos a su familia.

Padruig se rio a carcajadas. Los demás se detuvieron y lo miraron antes de seguir con sus tareas. Su amigo le dio una palmada en la espalda.

—Eso quiero verlo —dijo.

Athdar se fue a los establos y se dirigió hacia los barriles que contenían agua fresca. Allí se quitó el sudor y la sangre de la cara. No podía hablar con Isobel en ese estado. Aunque varias personas pasaron por delante, nadie se acercó a hablar con él. Se tomó su tiempo para intentar comprender cómo su vida se había descontrolado en tan poco tiempo.

Si al menos pudiera recordar lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Se frotó la cara y la cabeza con la esperanza de recuperar algún recuerdo. Pero, cuando

terminó de lavarse, seguía sin recordar nada. Su única opción era preguntarle a Isobel, pero, tras ver su estado aquella mañana, no quería que recordase o reviviese lo que fuera que hubiera hecho.

Regresó a sus aposentos, se puso ropa limpia y después fue a reunirse con ella en la habitación que utilizaba para guardar sus documentos. Era un santuario privado para él más que cualquier otra cosa. Broc y los demás le habían sugerido que contratase a un hermano de la abadía cercana para que fuese su secretario, pero se resistía.

Se acercó a la puerta temiendo la discusión que habían de tener. Levantó el pestillo, abrió la puerta y vio a Isobel estudiando su colección de libros. Su madre se los había ido regalando por su cumpleaños durante varios años después de que aprendiera a leer. Jocelyn había aumentado la colección y de vez en cuando le enviaba algo que creía que pudiera interesarle. Había una Biblia, varias historias de Grecia y Roma y el libro de horas de su madre. Una colección modesta para alguien con sus tierras.

—No tenía pensado compartir esto contigo —le dijo—. Probablemente estés acostumbrada a muchos más libros.

—Oh, se me permite el acceso a la biblioteca del *laird*, pero mi propia biblioteca tiene solo unos pocos volúmenes menos —respondió ella mientras él cerraba la puerta.

—¿Prefieres que la deje abierta?

—No —dijo Isobel negando con la cabeza—. Creo que tenemos que discutir ciertos asuntos que deberían quedar entre nosotros —rodeó la mesa y se sentó en uno de los taburetes. Después esperó a que él empezara a hablar.

—Yo...

Estaba acostumbrado a darles órdenes a sus hombres. Acostumbrado a llegar a acuerdos para los aldeanos. Hacía años que no se dirigía a una mujer como su marido y no sabía por dónde empezar. Sin recordar lo que había sucedido entre ellos, no sabía cómo disculparse.

—No me hiciste ningún daño, Athdar —susurró ella—. No estoy herida.

Athdar deseaba creerla. Nunca en su vida había abusado de una mujer, y había tenido cuidado la primera vez que se había acostado con Mairi y con Seonag. Y, a pesar de la aparente disposición de Isobel para explorar su pasión con él la semana anterior, no tenía ni idea de lo que había hecho estando borracho.

—Estoy bien —insistió ella mirándolo a la cara—. Estabas muy borracho y viniste a la habitación confuso y tambaleándote. Tras romper la jarra, caíste sobre la cama y me arrastraste contigo. Yo... —entonces fue ella la que vaciló, y Athdar no quería que se sintiese incómoda al tener que hablar de ello.

—Isobel, sé que será difícil borrar de tu mente los recuerdos de la noche anterior. Quiero que sepas que no te obligaré a compartir mi cama.

Solo pretendía tranquilizarla, pero en su lugar volvió a ver aquella actitud desafiante y se sintió más confuso aún. Sumado a eso, su cuerpo reaccionó ante la idea de tenerla en su cama y se excitó como si fuera un hecho inminente.

—El compromiso de palabra salvaguarda tu honor, pero podemos llegar a otro tipo de acuerdo, si lo deseas.

—Entiendo que no eras tú mismo, Athdar. He visto que la pena cambia a las personas. He visto a hombres borrachos. Anoche tú estabas devastado por la muerte de tu amigo. No espero que ese comportamiento se repita, así que no me preocupa lo que pueda ocurrir entre nosotros de ahora en adelante.

Athdar quiso reírse por lo sensatas que sonaban sus palabras; lo referente al

comportamiento y a que no se volvería a repetir podría habérselo dicho cualquier mujer a su marido tras una noche de excesos. Isobel se mostraba generosa al aceptar lo ocurrido, pero entonces se puso seria.

—¿Eres capaz de aceptar este compromiso a pesar de haber jurado no volver a casarte? ¿Me odiarás ahora por obligarte a romper tu palabra?

Athdar se quedó sin aliento al oír la pregunta. No porque fuese a odiarla. Nunca la odiaría. Pero había rechazado la idea del matrimonio durante tanto tiempo que no sabía si podría aceptarlo sin más y olvidarse de sus miedos y de sus reservas.

—No te odiaré, Isobel. Creo que a los dos nos quedó claro hace tiempo que lo que sentimos el uno por el otro no tiene nada que ver con el odio.

Ella se sonrojó y miró para otro lado, probablemente al recordar la pasión que habían experimentado aquella noche frente a su habitación. Una pasión que prometía arder y deleitarlos si se lo permitían. Si él no lo hubiera destruido todo la noche anterior. Isobel se colocó algunos mechones de pelo detrás de la oreja y volvió a mirarlo a los ojos.

—Más que eso, yo... —Athdar se detuvo e intentó expresar con palabras lo que sentía. No estaba acostumbrado a compartir esas cosas con una mujer, pero aquella situación era muy diferente a sus anteriores relaciones e Isobel se merecía saberlo.

—Admito que no quería otra esposa, por varias razones, pero ahora que eres mi esposa, creo que nos hemos acomodado a ello. Y mi primera orden como marido es que dejes de ganarme al ajedrez —ella se rio y Athdar dejó que aquel sonido le llegase al alma.

No podía admitir la profundidad de sus sentimientos hacia ella. No podía decirle lo mucho que le gustaba y cuánto la admiraba. Ni lo mucho que disfrutaba viendo su comportamiento como parte del clan, más que como invitada. Por el momento, Isobel sabía que se sentía atraído por ella y que había pasión entre los dos.

Eso bastaría por el momento. Permitiría que encontrase su camino y se adaptaría a lo que ella deseara.

Y, si Dios y el destino así lo decretaban, llegarían a un entendimiento antes de que llegara su padre.

Catorce

Lairig Dubh

—Ya viene —le dijo Connor a su esposa al ver a Rurik acercarse a la fortaleza desde el patio—. Y no parece muy contento.

—No esperaba que estuviese contento, Connor —respondió Jocelyn.

—Creo que sé lo que tenías en mente, amor. Solo creo que te has inmiscuido más de lo que deberías. Tiene derecho como padre... —la frase quedó inacabada cuando el tema de su conversación abrió la puerta y entró.

—Connor, sigue sin haber noticias —dijo Rurik—. Ninguna.

—Y no las habrá hasta que no se despeje el paso de las montañas, Rurik —respondió él. Vio la preocupación y la rabia en los ojos de su capitán y amigo.

—Estará bien, Rurik —le dijo Jocelyn—. Está a salvo hasta que podamos ir a por ella.

—Tu idea de estar a salvo y la mía difieren, Jocelyn, cuando tu hermano está implicado.

Connor vio que Jocelyn se ofendía por el tono de Rurik y se interpuso entre ellos. Durante todo el tiempo que llevaba casado con ella, nunca había visto a Rurik enfrentarse a Jocelyn por nada, así que no estaba muy seguro de que estuviesen discutiendo. Aun así, las palabras habían sido un insulto evidente hacia el hermano de su esposa.

—Athdar sabe lo que piensas de él, Rurik. E Isobel también.

—Igual que todos en Lairig Dubh —murmuró Jocelyn en voz baja. Se cruzó de brazos e imitó la postura de Rurik. La batalla había empezado y Connor estaba entre medias de su gran amigo y su esposa. No era una posición envidiable.

—Es un aliado además de mi cuñado, Rurik. Está bajo mi autoridad y me rinde cuentas a mí.

—Y ella es mi hija y me rinde cuentas a mí.

Habían llegado a un punto muerto, pues sabía que Rurik no desobedecería jamás una orden directa.

—Cuando el paso esté despejado, enviaremos a nuestros hombres a buscarla —cuando Rurik se irguió, Connor se dio cuenta de que tenía ganas de discutir—. Esas son mis órdenes por ahora, Rurik. Tienes tareas de las que encargarte, así que hazlo hasta que te dé permiso para hacer otra cosa.

—Pero, Connor... —dijo Rurik.

¿Dónde estaba Duncan, su pacificador, cuando lo necesitaba para cosas así?

—Puede que él no te guste, pero Isobel está a salvo. Es hija de su padre y no dejará que se aprovechen de ella. Tú lo sabes y yo lo sé —dijo para intentar aliviar la tensión.

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Rurik por un instante al mencionar que Isobel era hija suya. Si Connor no hubiera estado mirando a su amigo en ese momento, no se habría dado cuenta. Pasaba algo de lo que él no estaba al corriente. Rurik ocultaba algo sobre Isobel. Le pareció que su amigo se había dado cuenta de su error, pues asintió con la cabeza y se marchó sin decir palabra.

Connor miró a su esposa y supo que ella también se había dado cuenta, pero no parecía muy sorprendida. Ella sabía algo. Conocía el secreto que Rurik guardaba sobre Isobel. Y, a juzgar por su manera apresurada de despedirse y abandonar la habitación, pisándole los talones a Rurik, Connor sintió de pronto que él era el único que no lo sabía. Y siendo el *laird* MacLerie y conde de Douran, no le gustaba esa sensación.

Tierras de los MacCallum

Si, en aquel momento, estaba justo donde más deseaba estar, ¿por qué se sentía tan culpable? Tan culpable que deseaba que los MacCallum tuvieran un cura allí para que pudiera oír su confesión. Sentada a la mesa en el salón, junto a su marido, mientras aceptaba los saludos de familiares y amigos, lo único en lo que podía pensar era en el secreto que estaba guardando.

Había intentado decir la verdad. Primero a Nessa y a Jean, y después al propio Athdar. Pero todos parecían querer dejarse engañar por las medias verdades que creían ver.

Isobel entendía por qué Athdar le había ofrecido una unión de palabra. Incluso aunque ellos la creyeran, alguien no la creería. Siempre habría historias y preguntas sobre la verdad y su reputación quedaría en entredicho. El honor exigía una satisfacción y, antes de que su padre matara a Athdar, el matrimonio era la respuesta correcta.

Así que se había convertido en lady MacCallum. Casada con el hombre con el que quería casarse. Casada con un hombre que no deseaba estar casado. Miró a su alrededor y se preguntó si algún otro hombre habría estado convencido de no casarse y se habría visto obligado a hacerlo. ¿Podría salir algo bueno de todo aquello? En el patio, Athdar había buscado la expiación por lo que creía que había hecho, y había permitido que sus hombres le ganaran en el combate para librarle del pecado.

¿Qué podía hacer ella por expiar sus propios pecados?

Su conversación de esa mañana, después de poner en peligro su vida por deshonrarla, había ido bien. Ella había intentado admitir que no había hecho lo que creía haber hecho, pero él estaba empeñado en creerlo... o en sospecharlo, pues no recordaba lo sucedido. Tras resultar herido en el patio, no había manera de diferenciar el corte en la mano causado por la jarra rota del resto de cortes causados por el combate.

Athdar se puso en pie y fue a hablar con la viuda de su amigo. Al verlo hablar tranquilamente con Ailis después de que su marido hubiera sido enterrado, se le ocurrió una manera en la que podría expiarse.

Si seguía adelante con su plan inicial y le demostraba que sus preocupaciones por volver a casarse no tenían nada que ver con una maldición, entonces tal vez pudiera ayudarlo.

En sus lecturas había descubierto que las maldiciones eran como una buena historia; una pequeña semilla de verdad rodeada de muchas capas de mentiras que se contaban de manera convincente una y otra vez.

Quizá Athdar creyese en una maldición, pero ella observaría con imparcialidad para encontrar esa verdad.

No había nadie más que pudiera buscar la verdad sobre su actitud; sus extrañas pérdidas de memoria, sus estallidos de ira y más cosas de las que nadie hablaba. Como su esposa, podría ofrecerle consuelo en sus malos momentos. Podría cuidar de él y protegerlo como nadie más podría.

Solo su esposa tendría poder para hacerlo. De modo que, aunque pensaba casarse

con él y demostrar lo infundado de la maldición, tal vez su tarea fuese también salvarle de la oscuridad y de la pérdida que había atisbado en su interior.

Si se convertía en la esposa que sabía que necesitaba, una esposa que le amase, que le apoyase y le alentase a ser el hombre que podía ser, una esposa fiel y útil, entonces tal vez pudiera perdonarla cuando descubriera la verdad.

Pues, cuando se acostara con ella por primera vez, descubriría que seguía siendo virgen y se sabría la verdad.

A juzgar por sus palabras, no la presionaría, así que eso le daría tiempo para demostrarle que era perfecta para él, y para descubrir por qué se consideraba responsable de la muerte de Robbie. Y quiénes eran los demás a quienes había mencionado. Y por qué pensaba que las mujeres con las que se casaba eran parte de una estúpida maldición.

Athdar se levantó del taburete situado junto a Ailis, regresó a su lado y le colocó una mano encima de la suya. Aquella podría ser la parte positiva de estar casados; ella no tenía por qué poner objeciones cuando la tocaba. Podría aceptarlo y, pasado algún tiempo, cuando estuvieran acostumbrados el uno al otro, podría incluso instigarlo ella misma.

—Me gustaría hablar contigo de algo, Isobel —dijo él sentándose a su lado. Ella advirtió que no le soltó la mano.

—¿De qué se trata, Dar? —preguntó—. ¿O prefieres que te llame Athdar?

—No. Me gusta cómo suena en tus labios. Mi pregunta es si prefieres quedarte en tu habitación o trasladarte a la mía.

Había un brillo de esperanza en su mirada cuando se lo preguntó. Una vez más estaba dándole a ella el poder de decidir algo tan personal. Claro que tampoco era un asunto privado, ¿no? Todo el clan sabría que tenían habitaciones separadas y creería que las acciones de Athdar habían sido inapropiadas. Peor aún, si ella se negaba a dormir en su habitación, eso dejaría en evidencia su mentira y su declaración pública de que se habían prometido en matrimonio la noche anterior antes de compartir cama.

—¿Qué preferirías tú? —le preguntó ella. Aparte de proteger su honor y enmendar el error que creía haber cometido, Athdar no había dicho lo que deseaba de ella. Apartó la mirada y después volvió a mirarla antes de hablar.

—Muchos matrimonios han comenzado con mucho menos que lo que hay entre nosotros, Bel. Sabes que me gustas y que te respeto. Sabes que te deseo. Me gustaría que fuera como si esta noche fuese nuestra primera noche juntos. No puedo borrar lo que ha ocurrido, pero juro que nunca volverá a ser así entre nosotros.

Se llevó su mano a la boca y le dio un beso suave en la muñeca que le provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Aquello era peligroso, pues, si Isobel accedía a su petición, eso los llevaría por un camino sin retorno.

Y aun así, ¿no era esa la razón por la que había ido allí? No era como si deseara un final diferente. Había ido allí con la intención de convencerlo de que el matrimonio entre ellos sería lo correcto.

¿Por qué entonces vacilaba?

—Sí, Dar. Compartiré tu habitación.

Athdar llamó a una de las sirvientas y la envió a buscar a Glenna en cuanto Isobel dio su consentimiento. Cuando se fueran a dormir, sería a la misma habitación. Isobel seguía sintiéndose culpable por hacerle creer su mentira, así que se hizo una promesa a sí misma; hasta que no supiera que Athdar se entregaba libremente al matrimonio, no le permitiría consumarlo. De ese modo, cuando hubiera pasado un año, no tendrían razón para reafirmarlo con un matrimonio formal.

Cuando terminaron de cenar, Athdar se puso en pie y le ofreció la mano. Ella la aceptó y se fue con él a su habitación. Le resultaba increíblemente extraño que le permitieran entrar en un dormitorio a solas con él, y no pudo evitar reírse al verlo cerrar la puerta tras ellos.

—Después de intentar durante tanto tiempo no estar a solas, me ha parecido demasiado fácil —dijo para explicar sus carcajadas—. Pecaminoso, en cierto modo.

Después miró a su alrededor. La habitación de Athdar no era tan grande como pensaba que sería, y tenía muy pocos muebles. Una cama. Dos baúles. Una mesa pequeña y sillas en el rincón. Una chimenea. La otra habitación le parecía más grande.

—No paso mucho tiempo aquí, salvo para dormir. Al contrario que en el caso de Connor, yo tengo esta habitación para uso privado y utilizo la habitación del secretario para asuntos de tierras.

—¿Por qué no tienes secretario? —preguntó ella mientras él caminaba por la habitación de un lado a otro, como si no supiera qué hacer—. Tus propiedades son lo suficientemente grandes para necesitar uno.

—En el pasado no he recurrido a esas cosas. A veces es más fácil encargarse de todo uno mismo —explicó él—. Bueno, estamos evitando lo más evidente, ¿no?

¿Querría que se desnudara delante de él? ¿Dormiría desnudo? Isobel miró hacia la cama.

—¿No quieres hablar de la posibilidad de contratar a un cura?

Isobel tenía la habilidad de cambiar de tema, o de regresar al tema anterior, cuando deseaba evitar el actual. Un cura era lo último de lo que Athdar deseaba hablar con ella. Pero, a juzgar por cómo le temblaban las manos y por cómo miraba todo lo que había en la habitación menos a él, supo que estaba nerviosa.

—Oh. Se me ha olvidado darle a Broc órdenes para mañana. Deja que vuelva al salón antes de que se vaya a dormir.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no te preparas para irte a dormir? Yo volveré enseguida —le dijo él mientras se acercaba hacia la puerta. Le concedería tiempo para desvestirse y meterse en la cama.

Ella asintió y él regresó al salón, aunque no para hablar con Broc. Sacó el tablero y las piezas de ajedrez, pues pensaba que aquello podría aliviar la tensión entre ellos. De ese modo recuperarían la confianza. No se precipitó y tampoco se entretuvo, ya que no quería que su gente pensara que estaba evitando irse a la habitación aquella noche. Cuando hubieron pasado unos minutos y ya no se oía ruido al otro lado, levantó el pestillo y abrió.

Isobel estaba tumbada en la cama.

Tragó saliva y se deleitó con la imagen de una mujer a la que deseaba, pero a la que no creía que pudiera tener. La había alejado a ella y había alejado de su cabeza la idea de que alguna mujer pudiera ocupar su cama y su corazón durante tanto tiempo que no le parecía real.

Aun así, Isobel estaba tumbada en su cama.

Desde donde se encontraba no podía saber si estaba ya dormida, así que dejó el tablero de ajedrez sobre la mesa y se acercó lentamente a la cama. A medio camino vio que Isobel estaba observándolo.

—Ah, estás despierta.

—No sabía dónde ponerme. ¿Duermes en un lado o en el otro? —preguntó ella.

—Duermo en medio, me temo —admitió. Hacía tanto tiempo que no compartía cama con una mujer, para dormir, que no lo recordaba—. ¿Y tú?

—He compartido cama con mis primas cuando venían de visita y dicen que, igual que tú, duermo en medio. Así que escoge un lado.

—Me quedaré con este lado —respondió él señalando el lado más cercano a la puerta.

Isobel se apartó un poco y le dejó espacio sin vacilar. Buena señal. Él recorrió la habitación apagando las velas que los sirvientes habían encendido. Dejó encendida solo la que había en la mesita junto a la cama, se dio la vuelta y se desabrochó el cinturón. Se quitó el tartán y lo dejó sobre una silla. Después se quitó los pantalones y solo se dejó la camisa.

Escuchaba la respiración de Isobel detrás de él. A cada prenda que se quitaba ella contenía el aliento y después volvía a empezar. Athdar sentía su escrutinio mientras se desnudaba, pero no sabía si simplemente desconfiaba o si seguía sintiendo curiosidad. Se dio la vuelta y se metió en su lado de la cama. Las cuerdas situadas bajo el colchón crujieron con el peso.

Descubrió que su cuerpo deseaba dormir nada más acomodarse en la cama. Entre la cantidad de whisky que había consumido la noche anterior, la pelea de por la mañana y todo lo demás que había ocurrido durante el día, estaba agotado. Sin decirle una sola palabra, se quedó dormido.

Y se despertó al sentir sus caricias.

Sobresaltado al principio, pues había olvidado que ella estaba allí, la encontró tumbada de lado mirándolo y deslizando un dedo por su brazo con suavidad. Después llevó el dedo hasta su cuello y comenzó a acariciarle la mandíbula y las mejillas. Él no se movió por miedo a que parase.

Después Isobel dejó caer la mano y cerró los ojos. Él se quedó mirándola durante unos minutos, decidió que estaba dormida y le estrechó la mano.

La segunda mañana que se despertó a su lado fue muy diferente a la primera.

La cabeza no le dolía como la primera vez.

No se despertó con los gritos de una sirvienta y con una habitación destrozada.

No. Su segunda mañana juntos se despertó solo en una habitación vacía.

Quince

Athdar durmió como un tronco. Lejos de ocupar toda la cama, como había amenazado, no se había movido desde que se metiera en la cama y se acomodara allí.

Tumbarse encima de las sábanas había sido su intento por aliviar la tensión entre ellos, e Isobel lo había aceptado. Pero, en algún momento de la noche, se había quedado tan profundamente dormido que parecía que no respiraba. En vez de despertarlo, ella había deslizado el dedo por su brazo. Al ver que se estremecía, supo que estaba vivo.

Por desgracia, deseaba seguir acariciándolo, así que lo hizo. Subió el dedo hasta su cuello y después le acarició las mejillas. Hizo lo que no se le había permitido hacer antes; tocarlo. Athdar había suspirado y ella había temido estar interrumpiendo su descanso.

De modo que se quedó quieta hasta que su respiración se volvió profunda de nuevo. Decidió que estaba demasiado despierta para dormir, se levantó de la cama, recogió el tartán de Athdar y abandonó la habitación. Sus pasos la llevaron a su destino antes de que su mente se diese cuenta, y de pronto se encontró ante el telar del salón. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, se sentó ante él y agarró la lanzadera.

Había movido las manos en la oscuridad gracias a la práctica que tenía y, cuando el sol comenzó a iluminar la estancia, ya había tejido varios centímetros de tela. Al darse cuenta de que no debían verla allí, subió las escaleras y regresó a su antigua habitación para buscar su ropa y demás pertenencias para poder vestirse. Los escasos vestidos y otros objetos personales que había allí le recordaron que necesitaba más; al menos hasta que pudiera enviar a alguien a buscar sus cosas.

La idea le hizo tener nostalgia por un instante. ¿Qué pensaría su madre de todo aquello? ¿Cómo reaccionaría cuando la noticia llegase a Lairig Dubh? Intentó no pensar en la reacción de su padre, pero tendrían que hacerle frente en algún momento. Creía que Jocelyn podría atemperar la opinión de Connor sobre aquel matrimonio no autorizado, pero ¿y su padre?

Por alguna razón, aunque su padre pudiera intimidar a cualquiera, su corazón le decía que se sentiría más dolido que enfadado por sus actos. Sin duda dirigiría su ira hacia Athdar. Tras ver a su padre enfrentarse a Rob Matheson cuando este fue a pedir la mano de su prima Lilidh, sabía perfectamente el daño que podía causarle a Athdar.

Pasaría lo que tuviera que pasar, y solo Connor, o quizá ni siquiera él, podría evitar que su padre buscara satisfacción al ver que Athdar se había casado con ella sin su consentimiento.

«Tal vez sea mejor pedir perdón que pedir permiso».

Las palabras de lady Jocelyn se repitieron en sus pensamientos. Sabía que cualquier alternativa habría enfurecido a su padre en lo relativo a su matrimonio. Así que se enfrentarían a su ira lo próxima vez que lo vieran.

Mientras tanto, deseaba dar los primeros pasos para ayudar a Athdar y construir su futuro en común. De modo que, mientras tejía, había elaborado su plan y decidido hablar con Athdar para pedirle permiso y hacer algunos cambios en la fortaleza antes de la llegada del más crudo invierno.

Estaba poniéndose las medias cuando la puerta se abrió.

Se dio la vuelta y vio a Athdar en el umbral con una extraña mirada.

—¿Qué sucede? —le preguntó mientras se acercaba a él.

—Me he despertado y no estabas.

—¿Creías que por fin había entrado en razón? —preguntó ella en broma, aunque sospechaba que eso era justo lo que debía de haber pensado.

—Sí.

Isobel sonrió y negó con la cabeza.

—No podía dormir, así que bajé al telar para no despertarte.

—¿Cuándo? —preguntó él pasándose las manos por el pelo y la cara.

—Hace como una hora, creo.

—Yo creo que hace más.

—No importa —le aseguró ella—. Es algo que hago cuando no puedo dormir. ¿Te importa? —se detuvo al darse cuenta de que no había pensado en eso antes—. Supongo que ahora debo tener tu permiso para hacer cualquier cosa. Siendo mi marido, imagino que podrás darme órdenes.

Entonces Athdar se carcajeó y ella disfrutó de aquel sonido. Su expresión se volvió alegre y pudo ver al joven que habitaba dentro de él.

—Y lo dice una mujer que nunca ha estado casada.

—Ahora lo estoy —respondió ella—. Tal vez deba ir a pedirles consejo a Nessa y a Jean sobre estos asuntos.

Athdar se frotó la cara y negó con la cabeza.

—Sí, como tu marido, tengo derecho a decirte lo que puedes y no puedes hacer, pero, como hombre que ya lo ha probado antes, he aprendido que es mejor no intentarlo —se echó a un lado para permitirle salir de la habitación—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Pensé en eso mientras tejía —respondió ella—. Hay ciertas cosas que... —se detuvo, pues no estaba segura de cómo respondería a su deseo no solo de cambiar las cosas de sitio en su hogar, sino de llevar a alguien de fuera para que se encargara de cosas que, hasta el momento, hacía él.

—¿Hay algo que desees cambiar en la fortaleza o en el pueblo? —preguntó él. Al ver que ella fruncía el ceño, se encogió de hombros—. Toda mujer a la que he conocido quiere cambiar o mover algo. Así que adelante.

—¿No te importa? —preguntó—. ¿Debo decírtelo o preguntártelo antes de hacerlo?

—No. Aunque no lo hemos hecho de la manera tradicional, ahora eres la señora de la casa. Es tu hogar. Haz lo que desees.

Tal vez sus anteriores matrimonios le hubieran llevado a pensar así sobre el lugar de su esposa. Su propia madre tenía cierto control sobre su casa, aunque, si alguien le preguntara a su padre, él lo negaría. Igual que negaría Connor la autonomía que tenía Jocelyn sobre Lairig Dubh. Pero, pensándolo bien, Isobel se dio cuenta de que su madre y Jocelyn siempre encontraban la manera de hacer creer a sus maridos que los cambios habían sido idea de ellos. Así dichos cambios parecían más agradables.

—Muchas gracias, Athdar. No cambiaré nada importante sin tu permiso, por supuesto. Voy a las cocinas para hablar con Jean y con Ceard. ¿Bajarás pronto a desayunar?

—Ten cuidado si piensas sugerir algún cambio en la cocina de Ceard —le dijo él—. No acepta bien los cambios en lo referente a cómo maneja su feudo.

Ella asintió y se alejó satisfecha al saber que la apoyaba. Muchos la saludaron al atravesar el salón y entrar en la cocina. Ceard incluso se detuvo y la llamó «lady

MacCallum» un par de veces durante la conversación. Isobel advirtió que Jean la miraba con rabia en varias ocasiones y sospechó que la esposa del cocinero tenía más poder sobre la cocina de lo que imaginaba el *laird*.

Poco tiempo después, se sentó junto a Athdar para desayunar las gachas, servidas con pan y mantequilla. Tras llenarse el estómago, se despidió de su marido cuando este se marchó al pueblo para trabajar con sus hombres en la reparación de varias casas y edificios en los que se almacenaba la cosecha.

Ella pasó el día igual que había pasado los días anteriores, una parte del tiempo con Laria y otra parte en el telar. Le llevaría algún tiempo aprender todas sus obligaciones y empezar a supervisar las tareas encomendadas a otros durante los años que hacía que no había una dama en aquella fortaleza. Algo de lo que sí que se encargó fue de adornar los aposentos de Athdar. Le llevó algo de tiempo, pero esperaba que a él le gustara el cambio.

Al caer el sol, los hombres regresaron a la fortaleza y se sirvió la cena.

Pero lo único en lo que ella podía pensar era la noche que la esperaba.

Athdar pensaba que tal vez hubiera conseguido algo bueno de un modo muy malo. Durante todo el día, mientras trabajaba con sus carpinteros y sus albañiles para reparar las casas dañadas por las tormentas y agrandar dos graneros situados a las afueras del pueblo, pensaba en Isobel y se la imaginaba llevando a cabo sus tareas.

Mairi había sido más que competente, así como una compañera maravillosa cuando él se convirtió en *laird* al morir su padre. Era dos años mayor que él, y había llevado a su hogar cierta elegancia tranquila. Se habían llevado bien mientras aprendían a amarse. Todo parecía mejor entonces, y muchas cosas seguían haciéndose como ella había empezado a hacerlas.

Cuando volvió a casarse, Seonag era más joven, pero su habilidad no residía tanto en llevar la casa como en administrar las cuentas. Se le daban bien los números, y fue entonces cuando Athdar dejó de necesitar los servicios de un clérigo. Ella también le enseñó a él a llevar las cuentas, de modo que continuó haciéndolo después de su muerte.

Después de eso, varias mujeres de su familia se habían hecho cargo de algunas tareas, mientras Broc y Padruig se encargaban de otras. Siempre oiría a Seonag advirtiéndole que llevara bien las cuentas, de modo que se aferraba a eso por razones sentimentales más que nada.

¿Y ahora? Isobel tenía un gran corazón y a él no le cabía duda de que los cambios que quería hacer implicarían ayudar a aquellos que ella consideraba necesitados. Estaba seguro de que se centraría en sus visitas al pueblo y a las tejedoras que trabajaban en sus casas. También era muy culta e inteligente, así que podría serle de ayuda en muchos, muchos aspectos... aunque en ese momento su cuerpo solo pudiera pensar en una cosa.

Se había quedado tan absorto pensando en Isobel que no se había dado cuenta de que los demás hombres habían dejado de trabajar y se habían quedado mirándolo.

—¿Qué sucede? —les preguntó. Dejó el mazo que estaba usando y se limpió las manos en los pantalones mientras intentaba recordar de qué estaban hablando hacía solo unos minutos.

Broc le dio un codazo al hombre que tenía al lado.

—¿No te lo había dicho? A pesar de lo que decía durante todos estos años, se ha

adaptado al matrimonio como un cerdo a una pocilga —Athdar se dio cuenta de que debía de parecer un muchacho enamorado allí de pie, sin moverse, con el mazo en alto.

—La dama hará que deje de beber —comentó otro hombre.

—Parece que ya lo ha hecho —respondió Connal dándole una palmada en la espalda antes de echarse a reír. Para ser un hombre recientemente cautivado por el encanto de Isobel, Athdar sospechaba que Connal comprendía su atractivo.

Y, aunque todavía no sentía que Isobel le controlara como una esposa controlaría a un marido, Athdar sabía que podría lograrlo en muy poco tiempo.

De modo que estar atrapado en un matrimonio para salvar su honor no era algo tan malo. Siempre y cuando ella pudiera perdonarlo. Quizá, al no haber elegido casarse libremente, las cosas salieran bien en esa ocasión. Si no la presionaba, tal vez Isobel se librase de la maldición que parecía perseguir a todas las mujeres que elegía.

—¡Ya basta! —exclamó—. Hay mucho trabajo que hacer aquí —intentó decirlo con seriedad para que dejaran de bromear, pero no lo logró—. Tengo una nueva esposa a la que quiero ir a ver, así que terminemos con esto.

Athdar sabía que las cosas entre ellos no eran así, pero esperaba que pudieran llegar a serlo. Si no buscaba una esposa, si ocurría sin intención, tal vez las cosas pudieran funcionar. Aquel matrimonio improvisado podría ser la respuesta a la maldición que sentía que le había perseguido toda su vida.

El día pasó lentamente para él. Cada vez que miraba hacia el sol para estimar cuántas horas de luz quedaban, le parecía que se había quedado parado en el cielo. Cada tarea que completaban era sustituida por otra, y por otra, y después otra más. No se atrevió a quejarse por miedo a enfrentarse a más bromas.

Por fin el sol comenzó a descender hacia el horizonte y todos recogieron sus herramientas. Tendrían que seguir al día siguiente, así que decidieron dónde se reunirían y quién haría qué antes de regresar a sus casas o a la fortaleza. Si los pasos de Athdar fueron algo rápidos, o si llegó a la fortaleza antes que los demás, nadie dijo nada. Aunque muchos le miraron con complicidad.

No vio a Isobel cuando entró en la fortaleza, así que fue a sus aposentos a cambiarse de ropa. Abrió la puerta y vio que la habitación se había transformado en algo... acogedor.

Entró y descubrió que dentro le esperaban más sorpresas.

Sobre uno de sus baúles había un cubo de agua caliente, una palangana, un cuenco de sopa y un paño para lavarse.

Sobre la cama había unos pantalones limpios y una camisa.

También encontró una jarra de cerveza y algo de pan.

El fuego estaba encendido en la chimenea y calentaba la estancia.

Todo aquello era muy distinto a lo que normalmente se encontraba; nada. Una habitación fría y vacía, con la ropa en el baúl y el agua para lavarse en los establos.

Isobel se había tomado muy en serio su papel de esposa en lo referente a su comodidad, y descubrió que eso le gustaba.

Se había lavado y vestido con rapidez, pues deseaba ir a buscarla para darle las gracias. Al llegar al salón, vio que empezaba a llegar la gente que cenaba con él allí, así que se dirigió hacia la mesa principal. Una vez allí, vio que Isobel entraba por la puerta que

conducía a las cocinas. No se sentó, sino que fue a encontrarse con ella a medio camino y le dio la mano.

—Muchas gracias por... —miró hacia los aposentos del piso superior y le dio un beso en la mano.

—Entonces, ¿todo estaba a tu gusto? —preguntó ella con rubor en las mejillas. Athdar observó que no apartaba la mano.

—Sí. Me he sentido muy bien —se rio y volvió a besarle la mano antes de soltársela—. Muchas gracias, Isobel.

Ella comenzó a hablar, pero no con la seguridad con que lo hacía habitualmente. En esa ocasión tartamudeó un poco y pareció avergonzada por sus cumplidos. Después pareció distraerse por algo que había detrás de él, le dio la mano y lo condujo hacia la mesa.

—La cena está lista —dijo en voz alta.

Aunque Athdar no sabía qué había planeado, era evidente que las mujeres del salón sí lo sabían, y fueron ordenando a todos que se sentaran al tiempo que se sentaban Isobel y él. Después se abrió la puerta de la cocina y los sirvientes sacaron las fuentes de comida.

Mientras cenaban, Athdar vio que Isobel les hacía señas a los sirvientes y que estos respondían con prontitud. No había tardado mucho tiempo en realizar algunos cambios. A ninguno de los sirvientes, ni siquiera a Ceard o a Jean cuando salieron, parecían molestarles los cambios. Él tenía la jarra y el plato llenos, y con eso se conformaba. A juzgar por la expresión de satisfacción de Isobel y de quienes servían la comida, Athdar comprendió que los había involucrado en los cambios y ellos lo hacían de buena gana.

—Bueno —le susurró al inclinarse hacia ella—. ¿Cómo has logrado hacer algo tan mágico? Ceard no suele aceptar bien los consejos.

—Le dije que, gracias a estos pequeños cambios, terminaría sus tareas un poco antes todas las noches. Pareció gustarle la idea.

Había encontrado la debilidad del cocinero y la había utilizado en su contra. Era una lección que Athdar tendría que recordar al tratar con ella.

—Pero no temas —le dijo Isobel—. También habrá un caldero con estofado o gachas para cualquiera que termine sus tareas pasada la hora de la cena.

De modo que no había pasado por alto las preocupaciones de Jean al mismo tiempo que había logrado que Ceard cediera a sus deseos. Muy bien hecho.

Terminaron de cenar y ella le indicó que se pusiera en pie, señal que los demás sirvientes aprovecharon para limpiar la mesa. Athdar descubrió que le gustaba tenerlo todo a mano hasta que terminara.

—He visto el tablero preparado en mi habitación. ¿Significa que estás preparada para un desafío? —le preguntó mientras le daba la mano, y le maravilló comprobar que ella se lo permitía. Buena señal; empezaba a sentirse cómoda con sus muestras de afecto.

—Sí. Un desafío, sin duda —respondió ella, y sonrió a algunos de los que seguían sus órdenes sin necesidad de decirles una sola palabra—. Nada de ventajas.

—No pensaba darte ninguna —respondió él.

Era costumbre en casa de Connor decir eso para disputar una partida sin restricciones. Ya fueran los jugadores hombres o mujeres, se esperaba que jugaran al cien por cien de sus posibilidades, sin importar quién fuera su oponente. Se dio cuenta de que Isobel nunca antes le había prometido hacer tal cosa, lo que le hizo pensar que le había dejado ganar en más ocasiones de las que creía.

Mientras subían las escaleras hacia su dormitorio, se dio cuenta también de que nunca podría derrotarla en una partida si jugaban en la privacidad de la habitación. Tendría la mente puesta en muchas cosas, y ninguna de ellas sería qué pieza mover. Más que nada pensaría en cómo quitarle el vestido y estrecharla entre sus brazos.

De modo que, si quería que estuviese a gusto con él y equilibrar la balanza de poder durante la partida, tendría que ocurrírsele un plan que la desconcentrara tanto como su cercanía le desconcentraba a él. Cuando llegaron a la habitación y él abrió la puerta, se le había ocurrido algo sencillo y, al mismo tiempo, perverso.

Dieciséis

Isobel no podía respirar.

No por el cansancio, sino por la manera en que Athdar hablaba y la miraba. Había temido que algunos de los cambios que había hecho pudieran no gustarle, pero, a juzgar por su expresión, parecía bastante satisfecho.

Mientras trabajaba durante el día, de un lado a otro de la fortaleza, para hablar con los sirvientes y demás personas que lo consideraban un hogar, se dio cuenta de que no era realmente un hogar; solo un lugar donde comer y dormir. Apenada por eso y por la falta de cuidados con la que vivía Athdar, decidió que debía cambiar algunas cosas de inmediato.

Y su habitación fue lo primero.

La primera vez había advertido la falta de comodidades y de ropa. Oh, no culpaba a los sirvientes de aquello, pues sabía que Athdar les había prohibido entrar en sus aposentos más allá de una vez por semana. Y aunque ella pudiera esgrimir razones para no tener suficientes vestidos allí, él no podía hacer tal cosa. Tras hablar con Coira, la mujer encargada de la lavandería, descubrió que Athdar le llevaba la ropa solo cuando necesitaba lavarla. Y encontró también un baúl lleno de prendas rotas o gastadas que nunca se ponía.

Coira le había mostrado el armario donde guardaban las telas adicionales y varias prendas extra, e Isobel había sacado de allí varias prendas para Athdar y para ella. Si se quedaba allí, si el matrimonio superaba todas las pruebas a las que se enfrentarían, se encargaría de que reemplazaran todas sus ropas.

Era lo que haría una esposa.

En aquel momento Athdar caminaba tras ella y podía oír su respiración entrecortada. Le recordó a la noche en que se habían besado en el pasillo, y su cuerpo reaccionó al recordar el calor y el placer que había descubierto en aquel beso. Si volvía a besarla como entonces, no se resistiría. Incluso le alentaría a pesar del miedo a que pudiera descubrir la verdad.

Entró en la habitación y le agradó descubrir que el agua y la palangana estaban vacías y el tablero colocado sobre la mesa. Athdar cerró la puerta y, cuando ella se apartó, la agarró, le rodeó la cintura con un brazo y empezó a darle besos en la nuca. Ella se dejó llevar y disfrutó de sus besos. Todo su cuerpo ardía con cada roce de su boca sobre la piel. Deseaba sentir... más.

Athdar la soltó y ella intentó recuperar el equilibrio. Tenía el corazón desbocado al acercarse a la mesa. Se sentó y esperó a que él hiciera lo mismo. Athdar le sirvió una jarra de cerveza y se la entregó. Si no recuperaba la compostura, aquella sería una partida muy vergonzosa y rápida para ella. Dio un trago a la cerveza e intentó no mirarle.

Cuando él se sentó, repartieron las piezas y comenzaron.

Resultaba muy difícil concentrarse en la partida cuando lo único en lo que podía pensar era en su boca. Incluso se quedaba mirándole los labios mientras jugaba. Sentía que hacía mucho calor en la habitación y se preguntó si los sirvientes habrían puesto demasiada leña en el fuego.

—Antes de que continuemos, me gustaría apostar por el resultado —dijo él con voz ronca—. El ganador recibirá un regalo.

—¿Un regalo? —repitió ella—. ¿Qué regalo?

—El perdedor tendrá que hacer lo que el ganador le pida.

Isobel sintió que le palpitaban los pechos y los labios, y contuvo la necesidad de llevarse la mano a ellos. Era lo que planeaba hacer Athdar con ella; lo veía en sus ojos. Pero, a juzgar por su respiración entrecortada, la idea le afectaba también a él. Así que sus probabilidades de ganar estaban bastante igualadas.

Más que igualadas, de hecho, dado que ella tenía más experiencia en el ajedrez.

Pero, cada vez que Athdar agarraba una pieza para moverla, se humedecía los labios, lo que hacía que ella se fijara en su boca y recordara sus besos.

De modo que no le sorprendió que la partida acabase y ella perdiese. Echó las piezas a un lado y lo miró, dispuesta a averiguar el precio de su victoria.

—Bésame.

Ella frunció el ceño; ese no podía ser su premio.

—Tu beso será mi premio.

—¿Un beso? ¿Solo un beso? —preguntó ella, sin saber si aquel era un premio por el que mereciese la pena jugar.

—Como quieras y cuantos quieras, Bel —explicó Athdar—. Solo quiero que me beses.

Su cuerpo la impulsó a moverse antes de poder pensar más en ello. ¿Un beso? ¿Un simple beso? ¿En la boca? ¿O más que eso? Se puso en pie y se acercó a él. Athdar separó las piernas para que pudiera acercarse más. Sonrió y ella lo miró a los ojos, aún intentando averiguar cómo hacer eso.

—Te lo ruego, Bel. Bésame.

Isobel lo besó antes de seguir pensando cómo y cuántos. Devoró su boca e introdujo la lengua hasta sentir la suya.

Abandonó entonces su boca para intentar tomar aliento y fue deslizando la punta de la lengua por su mandíbula hasta llegar a su cuello, como él había hecho. Athdar echó la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso. Ella saboreó la sal de su piel hasta llegar al punto en el que el vello rizado de su pecho empezó a hacerle cosquillas en la cara.

Empezaron a temblarle las rodillas y se inclinó sobre él, pero aún no había terminado. Sintió su miembro erecto contra la pierna, pero, en vez de asustarse, aquello la hizo sentir poderosa. Ella era la causante de su excitación.

Le besó el otro lado del cuello y después regresó a su boca. En esa ocasión fue él quien introdujo la lengua en ella, e Isobel rezó para que tomara el control y la hiciese sentir el placer. En su lugar, Athdar mantuvo las manos quietas sobre sus piernas, donde las había dejado. Finalmente, consumida por un deseo que nunca antes había experimentado, le pidió que hiciera lo que deseaba.

—Tócame, Dar —susurró—. Tócame, por favor.

Volvió a besarlo y esperó a sentir el roce de sus manos, pero estas no se movieron. De modo que se echó hacia atrás y lo miró.

—Para eso, Bel, has de ganar la partida y reclamar tu premio.

Isobel estuvo a punto de gritar, pero tardó solo un segundo en darse cuenta de que hablaba en serio. Seguía sintiéndose culpable por lo que creía que había ocurrido entre ellos. Aquella era otra manera de buscar la expiación; haciendo que ella tuviese el control. Deseaba golpearlo y besarlo al mismo tiempo por hacerle eso.

Así que se conformó con otro beso antes de apartarse, decidida a ganar la próxima partida.

Athdar vio su mirada de determinación una vez más. Estaba metiéndose en problemas. Lo que en un principio le había parecido la manera de acostumbrarla a los placeres entre un hombre y una mujer iba a convertirse en su propia perdición. Su cuerpo necesitaba liberarse. Había estado preparado desde que Isobel se había acercado a él y, al rogarle que la tocara, había empeorado la situación. Si la tocaba, tardaría un segundo en tenerla debajo, y otro segundo en penetrarla.

No. A pesar de su pasión, Isobel era inexperta y debía ir con cuidado. No quería repetir los errores de la primera vez y arruinar cualquier cosa que pudiera haber entre ellos, así que apretó los puños y se contuvo.

Era lo suficientemente fuerte como para controlarse si no estaba bajo la influencia del whisky. Lo soportaría.

Pero, en cuanto Isobel le besó en la boca, supo que iba a sufrir una muerte lenta y dolorosa. Había sido un idiota al lanzarle ese desafío.

La vio sentarse de nuevo y colocar sus piezas sobre el tablero. Tenía la cara sonrojada y los labios hinchados. Su respiración sonaba irregular, pero su cuerpo mostraba las señales del deseo. ¡Ja! Por fin el desafío estaba nivelado.

Las jugadas de Isobel fueron aleatorias y desordenadas. Él fue quitándole pieza tras pieza, a pesar de sus esfuerzos por ganar. Lo único que la hizo seguir era su evidente deseo de que la tocara. Y estuvo a punto de carcajearse al darse cuenta de que deseaba que la tocara de forma íntima.

Así que, cuando ganara esa partida, cosa que era evidente que haría, ¿qué elegiría como premio?

Tenía que manejar su pasión y su deseo con cuidado después de haber maltratado su cuerpo de aquella manera. Paso a paso. No demasiado deprisa, incluso aunque ella pensara que era eso lo que deseaba. Había de tener mucho cuidado con su inocencia, teniendo en cuenta que le había robado la virginidad sin preocuparse.

Athdar le quitó el rey y ganó la partida. Ella pareció decepcionada durante unos segundos, pero después sus ojos se iluminaron y se humedeció los labios esperando su petición. Él había decidido ya cuál sería su premio. Se puso en pie y fue apagando casi todas las velas, el farol y el fuego de la chimenea. Después se volvió hacia ella.

—Mi premio es...

Se quitó las botas, se soltó el cinturón y se lo quitó. Después se tumbó en la cama, se puso las manos detrás de la cabeza y la miró.

—Vuelve a besarme, Bel. Aquí, en la cama —dijo con la voz quebrada por el deseo que corría por sus venas.

Era un desafío que no debería haber lanzado, ya que ella lo aceptó y empezó a planear su perdición, o al menos la perdición de su dominio de sí. Isobel se desabrochó el vestido y dejó que cayera al suelo. Después se quitó los zapatos de cuero. Lo último que hizo, lo que le hizo empezar a rezar a él, fue el que se soltara la trenza y se dejara el pelo suelto. Cuando su melena quedó suelta hasta su cintura, Athdar se estremeció.

Isobel caminó lentamente hacia la cama y se levantó el dobladillo de la camisola para poder subirse. Se arrodilló a su lado y deslizó la mirada sobre su cuerpo como si fuera el postre más delicioso de Ceard.

Aquello había sido un error, posiblemente el error más grande que había cometido

en toda su vida. Y, a juzgar por el brillo feroz de sus ojos azules verdosos, Isobel iba a hacerle pagar por ello.

—¿Más besos, entonces? —preguntó con voz inocente—. ¿Tienes alguna regla?

La respuesta se le escapó antes de poder pensarla.

—Solo quiero sentir tu boca en mi cuerpo... ¡en mi boca!

Ella se dio cuenta de su error y sonrió antes de humedecerse los labios e inclinarse sobre él.

Comenzó con su boca, pero, lista y descarada como era, no se detuvo ahí. Saboreó su boca e introdujo en ella su lengua, hasta que tuvo que parar para tomar aliento. Cuando se fijó en su cuerpo y negó con la cabeza, Athdar debería haberse rendido y cancelarlo todo.

—Quítatela —le dijo tirando del dobladillo de su camisa. Él se incorporó y dejó que se la quitara. Cuando volvió a recostarse, levantó los brazos y se agarró al cabecero. Iba a necesitarlo.

Isobel empezó a tocarle con la boca por todas partes. Fue saboreando su piel con la lengua y cubriendo de besos el camino desde su boca hasta su abdomen. Se detuvo al llegar a la cintura de los pantalones. Athdar arqueó el cuerpo contra su boca una y otra vez, y la débil carcajada de Isobel le enseñó a no volver a bromear con ella de esa forma.

Por el camino fue deteniéndose en las diversas cicatrices que habían ido quedando patentes en su cuerpo a lo largo de la vida. Y lamiéndole todas y cada una de ellas. Cuando su erección palpitó bajo los pantalones, ella la observó antes de volver a mirarlo. Athdar contuvo la respiración al darse cuenta de que estaba pensando si dedicarle las mismas atenciones a esa parte de su cuerpo. Por suerte para él, Isobel demostró lo inocente que era e ignoró la parte de su anatomía que más ansiaban sus caricias.

Isobel volvió a ponerse de rodillas y lo besó de nuevo en la boca. Dar sabía lo que deseaba, de modo que soltó el cabecero, la rodeó con los brazos y le devolvió los besos. Giró para ponerse encima y devoró su boca como deseaba hacerlo. Ella enredó los dedos en su pelo, le sujetó la cara con las manos y abrió la boca para darle todo lo que quisiera. Sus lenguas se encontraron y no hubo nada que no hicieran; lamer, sentir, saborear, morder...

Pasión. Lujuria. Deseo.

Athdar saboreó todo eso en su boca y le entregó lo mismo. Después, cuando supo que estaba a punto de perder el control, se apartó de ella y quedó tumbado en la cama, jadeante.

Pasaron unos minutos hasta que recuperó la respiración y pudo hablar de nuevo. A medida que se calmaba la pasión, la habitación fue quedándose fría, así que él se levantó y la ayudó a meterse bajo las sábanas, antes de volver a ponerse la camisa y quitarse los pantalones.

Sabía que no dormiría esa noche, no con la erección que tenía y el calor aún recorriendo su cuerpo. Cuando ella se hubo acomodado, él se quedó allí tumbado, intentando no pensar en su cuerpo lujurioso ni en su boca sensual. Se giró hacia un lado y después hacia el otro.

—No puedo dormir —dijo ella.

—Yo tampoco —admitió él.

—Enseguida vuelvo —se levantó de la cama y abandonó la habitación apresuradamente.

Athdar ya sabía que no era el único que se había quedado insatisfecho.

Sabía también dónde iría Isobel y que estaría a salvo, así que se quedó en la cama intentando que se le enfriara la sangre. Pasaron algunos minutos y ella no regresaba. Una

parte de él se sentía orgullosa por cómo había logrado excitarla. Pero su parte más carnal le reprendía por no haber buscado su satisfacción. Pero ya habría tiempo suficiente para eso.

En la habitación hacía cada vez más frío y él ya no deseaba seguir allí solo, así que fue a buscarla.

El frío suelo de piedra resultaba agradable bajo sus pies. Isobel necesitaba el frescor sobre su piel. Se habría quitado el tartán que llevaba sobre la camisola y se habría revolcado por el suelo si hubiera creído que pudiera servir de algo. Sentada frente al telar, intentó una y otra vez encontrar el ritmo que buscaba.

Pero no podía.

Sabiendo que nadie estaría observándola en la oscuridad, dejó caer el tartán y permitió que aire frío del salón aireara el fino tejido de su camisola. Se le endurecieron los pezones. Hasta la tela de la prenda resultaba demasiado excitante. Pero al fin pasaron los minutos y su cuerpo se relajó.

Fue pasando la lanzadera por encima y por debajo de los hilos, una y otra vez, hasta ver que el patrón empezaba a cobrar forma bajo sus manos.

La tensión que sentía dentro era el precio de su mentira.

Si Athdar no creyese que había abusado de ella, habría seguido hasta culminar el acto. Pero, convencido de que le había hecho daño, no lo haría.

Y ella no sabía cómo hacerle creer la verdad antes de que la descubriera por sí mismo.

Tal vez aquello tuviese que ocurrir. Pero, ¿volvería a confiar en ella al descubrir la verdad y saber que el matrimonio no era necesario? Demasiado distraída para pensar en ello, empezó a pensar en algo que le inquietaba.

Cuando Athdar estaba borracho, había mencionado a sus amigos de la infancia, incluyendo a Robbie. Sin embargo, nadie conocía esos nombres cuando ella los mencionó aquel día. ¿Amigos de la infancia que nadie conocía? No tenía sentido, pero decidió hablar con Athdar al respecto.

Nada más pensar en él, lo sintió de pie detrás de ella.

—Hace frío aquí abajo, Bel —dijo él cubriéndole los hombros con el tartán de lana.

—El frío me sienta bien —contestó ella sin dejar de tejer. Le gustaba que abreviase su nombre y la llamase Bel. Era algo que nadie más hacía, salvo su padre.

—¿Vas a volver a quedarte aquí? ¿Te he echado de la habitación?

A pesar de toda su fuerza y su valentía, parecía haber cierta duda en sus palabras. Miedo, incluso.

—No voy a marcharme, Dar —le dijo mirándolo a los ojos—. Voy a quedarme, no importa lo que diga mi padre. Si tú quieres que me quede, claro.

—¿A pesar de cómo empezaron las cosas? —Athdar se acercó y le ofreció su calor y su fuerza.

—A mí me preocupa más que no quisieras casarte y ahora lo hayas hecho. Te has convencido de que eres un peligro. ¿Eso siempre será un problema entre nosotros, o podrás reconciliarte contigo mismo?

—Ahora estamos unidos, Bel. No hay vuelta atrás.

Athdar no sabía que no habían consumado el matrimonio. De haberlo sabido, tal vez pensara de otra forma. Eso era lo que a ella le preocupaba.

Él la estrechó entre sus brazos y la dejó ahí. Se quedaron así durante un rato, hasta

que alguien que dormía cerca tosió, lo que les recordó que allí no tenían privacidad.

—Ven —le dijo Athdar, le dio la mano y la condujo hacia su habitación.

—Hay algo que quería preguntarte, pero se me olvidó —dijo ella cuando llegaron a la habitación—. Dijiste algo extraño cuando... cuando estabas borracho. Les he preguntado a Nessa y a Jean, pero nunca han oído hablar de la gente que mencionaste.

Athdar levantó las sábanas y ella se metió debajo. Él se quedó encima como la noche anterior.

—No puedo creer que ni Nessa ni Jean conozcan a gente que yo conozco. Tienen la misma edad que yo —negó con la cabeza y se encogió de hombros—. ¿Qué nombres dije?

Si no podía recordar lo que había ocurrido entre ellos, no era de extrañar que tampoco recordase haber hablado de sus amigos de la infancia.

—Mencionaste a Robbie, por supuesto. Así fue como empezó —explicó—. Pero después nombraste a Duff, a Kennan y a Jamie.

Aunque su cuerpo reaccionó, negó con la cabeza.

—No lo recuerdo.

—Lo comprendo. Pero, ¿quiénes son? ¿Quiénes eran?

Volvió a negar con la cabeza.

—No conozco esos nombres. No tenía amigos que se llamaran así.

—Debo de haberme equivocado —dijo ella. Al ver su negativa, era absurdo insistir en que conocía a chicos que decía no conocer.

Se quedó quieta durante un rato, esperando a que le venciera el sueño. Athdar también se quedó quieto. Isobel acababa de quedarse dormida cuando comenzaron los gritos.

Diecisiete

Isobel estaba de pie en un rincón de la habitación, mirándolo aterrorizada. Athdar no sabía cuándo había salido de la cama ni qué había ocurrido. Intentó levantarse y acercarse a ella, pero no podía mover los brazos ni las piernas. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba completamente enredado en las sábanas.

Y cubierto en sudor.

La puerta se abrió de golpe en ese momento y entraron corriendo dos guardias seguidos de Broc. Llevaban las armas preparadas, así que era evidente que esperaban encontrarse con algo peor.

—¡Alto! —exclamó cuando logró salir de la cama e ir hacia Isobel. Estaba pálida y temblando. Él se tropezó y aminoró el paso antes de alcanzarla—. Isobel, ¿estás bien?

Ella parpadeó varias veces, como si acabase de verlo por primera vez, y negó con la cabeza. Broc se acercó tras ordenarles a los guardias que se marcharan.

—Te hemos oído desde abajo —dijo con cara de preocupación—. ¿Qué ha pasado?

—¿A mí? ¿A qué te refieres? —preguntó Athdar sin dejar de mirar a Isobel. A juzgar por la situación, debía de haber sido ella la que gritaba.

—Parecía que te estaban atacando. Estabas gritando y has despertado a todos.

Athdar miró a Isobel y ella asintió sin dejar de temblar.

—Ahora estoy despierto —dijo en voz baja—. Ya puedes irte.

Broc miró a Isobel y esperó a que ella asintiera antes de marcharse.

—Ven aquí. Siéntate —Athdar le ofreció la mano y ella la aceptó. Caminó con él hasta una de las sillas y se sentó—. ¿Puedes contarme qué ha ocurrido?

—¿No lo recuerdas? —preguntó ella—. ¿Nada?

Athdar miró hacia la cama, se fijó en las sábanas revueltas y volvió a mirarla a ella. Se sirvió una jarra de cerveza y bebió. Después la rellenó, se la ofreció a ella y esperó a que bebiera.

—Nada, de verdad. Cuéntamelo, por favor.

—Acababas de quedarte dormido cuando has empezado a patear. Yo me he echado a un lado y he intentado despertarte. Has abierto los ojos y me has mirado, pero no me has visto —se estremeció mientras negaba con la cabeza—. Has mirado a través de mí.

Athdar no recordaba nada de eso. Se apartó el pelo de la cara y se quedó mirando a la cama para intentar recordar.

—Después ha parecido como si estuvieras corriendo, cayendo y gritando al mismo tiempo. Sin palabras. Sonidos. Como... como los gritos de un animal herido.

—Yo... —no se le ocurría ninguna explicación, nada que decirle—. ¿Te he hecho daño, Isobel?

—Oh, no, Athdar. Tú nunca harías eso —respondió ella mientras dejaba la jarra para acercarse. Le acarició el pelo y le puso una mano en el hombro—. Ha sido difícil verlo y no poder hacer nada para ayudarte.

Se había quedado sin palabras. Una cosa era segura; había aterrorizado a Isobel. ¿Cómo podía no recordarlo?

—Ven, vuelve a la cama —le dijo. Se puso en pie y la condujo hacia allí—. Quiero ir a hablar con Broc.

—¿Por qué no esperas a mañana? —preguntó ella—. Déjalo estar por ahora.

Athdar iba a ignorar su sugerencia, pero de pronto se sintió exhausto. Esperar al día siguiente no le haría daño. Tal vez para entonces ya hubiera recordado algo.

Ella se echó a un lado sobre la cama y él se tumbó a su lado. Aunque Athdar sospechaba que Isobel no conseguiría dormir, sí que se durmió. Lo conmovedor fue que le estrechó la mano antes de hacerlo.

Las horas pasaron despacio. Athdar vio como los primeros rayos de sol empezaban a iluminar la habitación. Cuando oyó a los sirvientes empezando con sus tareas, se levantó de la cama, dejó a Isobel durmiendo y se fue a buscar a Broc.

Recibió ciertas miradas extrañas durante la mañana, algunas directas y descaradas, otras más subrepticias. Tras haber tenido a Isobel despierta casi toda la noche, dio órdenes de que la dejaran dormir esa mañana. Sabía que se lo recriminaría, pero necesitaba descansar. En vez de quedarse en el salón para desayunar, se hizo con un trozo de pan, otro de queso y un odre de cerveza y se fue al pueblo para supervisar las obras.

Estando allí, fue a buscar a un pariente de su padre, un viejo primo que había vivido allí toda su vida. Tenía la sensación de que lo ocurrido la noche anterior ya había ocurrido antes. Algo le resultaba familiar y aun así no lograba ubicarlo en su mente. El viejo Iain vivía con su nieta y seguía teniendo el mismo sentido del humor mordaz que Athdar recordaba.

—Iain, tú vivías en la fortaleza cuando yo era pequeño, ¿verdad? —le preguntó cuando se quedaron a solas. La nieta de Iain pareció entender que deseaba hablar a solas con él, así que agarró a su chiquillo y se fue a visitar a una amiga.

—Sí. Por entonces yo estaba a cargo de los establos —Iain se rio al recordar algo—. Yo te enseñé a montar tu primer caballo. Eras muy astuto en lo referente a los caballos. Sí que lo eras —el anciano rebuscó en el interior de su túnica y sacó una botella. Tras dar un trago, se la ofreció a Athdar. Él dio un trago y se la devolvió.

—¿Recuerdas si yo... si yo tenía miedos nocturnos, terror? —le avergonzaba preguntarlo, pero no se le ocurría otra manera de sacar el tema.

—Tu hermana sí que era un terror —contestó Iain—. Estuvo a punto de volver loca a su madre, pero las muchachas son así, ¿verdad? —volvió a reírse—. Mi Jessie también... —señaló en la dirección donde se había marchado su nieta—... me hacía correr mucho cuando era pequeña.

—¿Recuerdas historias sobre mí? —preguntó Athdar—. De cuando era pequeño.

Iain cerró los ojos y, por un momento, Athdar pensó que se había quedado dormido. Pero entonces los abrió y se quedó mirándolo.

—Después de aquel verano, sí. A veces de noche. A veces de día. Te perdías y te despertabas en algún lugar sin recordar cómo habías llegado hasta allí. Tu padre decía que las noches eran peor. Te enviaron con tu tío hasta que se te pasó.

—¿Qué verano, Iain? —preguntó él. El anciano le ignoró o se olvidó de responder—. ¿Cuántos años tenía entonces?

—El verano triste —dijo al fin—. Días tristes, aquellos.

Iain se quedó absorto en sus pensamientos y Athdar se dio cuenta de que lo ocurrido la noche anterior ya había ocurrido antes. Pero, en todos esos años, no se había acordado.

—¿Desde cuándo, Iain? ¿Sabes si ocurrió más veces desde entonces?

—¿Sabías que yo te enseñé a montar tu primer caballo? Sí, así fue. Era grande y

negro. Tu madre, que Dios la tenga en su gloria, temía que pudiera pasarte algo, pero tu padre estaba orgulloso de ti.

Iain se quedó mirando al vacío y empezó a contarle a su nieta, que no había regresado aún, historias sobre la habilidad de Athdar como jinete. Al ver que su momento de lucidez había pasado, Athdar le dio las gracias y se marchó. Jessie estaba esperando a poca distancia de la casa, y se cruzó con él cuando regresaba hacia el pueblo.

Confuso y preocupado por las palabras de Iain, se preguntó si habría vuelto a contraer alguna enfermedad que hubiera padecido de niño. Pero, ¿de qué se trataba? ¿Y por qué en ese momento? Jocelyn se lo habría comentado. Era dos años mayor que él y lo recordaría. No tenía sentido que pudiera ocultarle algo así.

Lo único que podía hacer era ver si remitía o si empeoraba en los próximos días. Sin mucha más información que antes, regresó al pueblo y trabajó junto a sus hombres para terminar las reparaciones que habían comenzado el día anterior. Tuvieron suerte y el cielo se mantuvo despejado. A medida que avanzara el mes de noviembre, irían teniendo menos días como aquel en los que poder trabajar.

Trabajaron hasta tarde para aprovechar el día. Satisfechos con lo que habían logrado, Athdar, Broc y los demás se dirigieron de vuelta hacia la fortaleza.

Y una vez más le esperaba agua caliente y ropa limpia. Además, la cena se sirvió en cuanto llegó a la mesa. Pero aquella noche no había rastro de Isobel. Preguntó y le dijeron que había cenado temprano. Nadie parecía alarmado por su ausencia, así que cenó con los demás y esperó a que todos hubieran terminado, antes de permitir que la curiosidad le venciera. Abandonó la mesa y, gracias a Nessa, descubrió que Isobel estaba descansando en su antigua habitación porque se sentía algo enferma.

Athdar subió los escalones de dos en dos y fue a su habitación. Llamó a la puerta y pronunció su nombre con suavidad antes de abrir. Pero, salvo un montón de sábanas en mitad de la cama, no pudo ver nada. Solo su coronilla asomando por debajo de las sábanas. Laria estaba sentada junto a la cama y se quedó mirándolo cuando entró.

—¿Está dormida?

—No, no lo está —fue la respuesta procedente de la cama, en vez de Laria. Athdar intentó no reírse al oír la desolación en su voz. Isobel se destapó y comenzó a incorporarse, pero Laria le ordenó que no se moviera. Incluso él sabía que no debía desobedecer a la curandera cuando utilizaba ese tono.

—Muchas gracias por cuidar de mi esposa —le dijo, y por un momento advirtió una expresión extraña en la cara de la mujer—. Me quedaré aquí sentado hasta que se duerma.

Imaginó que Laria se opondría, como siempre, pero en su lugar la curandera se puso en pie y le ofreció una botella pequeña.

—Tres gotas en su cerveza y se dormirá.

Sin más, se dio la vuelta y abandonó la estancia sin decir palabra. En cuanto se quedaron solos, Isobel se incorporó de nuevo, como había intentado hacer antes. No parecía enferma, pero, si estaba en la cama...

—Tranquila —le dijo—. Deberías tumbarte —pero ella no pareció hacerle caso—. ¿Quieres que traiga otra vez a Laria para que te obligue?

—Te lo ruego, no hagas eso —se quedó sentada con la espalda apoyada en el cabecero de la cama—. Necesito incorporarme un poco.

Athdar le ofreció la jarra de cerveza y ella negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó. Su rubor indicó que no debía insistir, pero lo hizo de todos modos—. ¿Estás enferma? ¿Tienes fiebre?

—Se me pasará, Athdar. Por la mañana me encontraré mejor —le aseguró con cierto tono de enfado. Aquella inflexión en su voz reveló cuál era la enfermedad que la tenía en cama, y era algo de lo que la mayoría de las mujeres no querría hablar con un hombre. Debería haberlo sabido.

—¿Es el periodo? —preguntó. Ella asintió sin mirarlo a los ojos. Probablemente fuese la primera vez que un hombre le preguntaba por un asunto tan personal. No era de extrañar que se sintiera molesta—. Entonces, si no es contagioso, ¿por qué estás otra vez aquí? —ni Mairi ni Seonag se habían cambiado nunca de habitación por algo así.

Ella suspiró y se encogió de hombros. Por una vez, la inteligente y deslenguada Isobel se había quedado sin palabras. Hasta que susurró una respuesta.

—No deseaba molestarte en la cama —murmuró.

—¿Después de lo de anoche, quieres decir? —al principio no creyó que fuese a responder, pero entonces asintió.

—Estaba pensando en ti y en lo de anoche, y pensé que tal vez yo era la causa de tu inquietud. Al fin y al cabo no deseabas tener una esposa y te has visto obligado a casarte conmigo. Pensé que tal vez fuera por eso.

Aunque la información del viejo Iain no le había parecido muy útil, Athdar decidió compartirla con ella para que comprendiera que no era la razón de sus problemas de sueño.

—Isobel, he descubierto que ya me pasó esto de niño. Aunque nadie parece recordar cómo ni cuándo ocurrió, un viejo pariente de mi padre me ha dicho que me ocurrió durante una época cuando era niño y después desapareció. Pensándolo bien, me pregunto si la muerte de Robbie habrá sido el desencadenante.

—¿A ti qué te parece? —preguntó ella.

—Creo que podría ser por eso. No lo sabré hasta que vuelva a ocurrir, si ocurre, pero sospecho que no cambiará nada que tú estés al lado o no estés —recorrió la habitación y fue apagando las velas antes de indicarle que volviera a meterse bajo las sábanas—. Pero, si de mí depende, preferiría tenerte en mi cama antes que dormir solo... otra vez.

—Pero soy... —no logró decir más.

—¿Desobediente? ¿Testaruda? —preguntó Athdar mientras se metía en la cama con ella, en esa ocasión bajo las sábanas—. ¿Guapa? ¿Adorable? ¿Cariñosa? —continuó describiéndola mientras la estrechaba contra su pecho, le daba la vuelta y se pegaba a ella. Sabía que, a pesar de la ropa, ella sentiría su erección, pero no importaba—. Ahora descansa. Estaré aquí si me necesitas.

Notó que su cuerpo se relajaba acurrucado contra el suyo. Con ella allí, se sentía seguro y permitió que el sueño le atrapase.

Al despertarse la cuarta mañana de su matrimonio, Athdar encontró a su esposa junto a él, sin gritos, sin caos, y decidió que aquello le gustaba más de lo que había imaginado.

Isobel se sentía mucho mejor esa mañana, mejor de lo esperado, pero no tan bien como para no aprovecharse de unos minutos extra acurrucada junto a Athdar. Se dio cuenta del momento en que su cuerpo se despertó. Sería difícil no notar tal cosa estando tumbada de ese modo. Cuando estuvo segura de que ya no estaba dormido, habló.

—¿Has dormido?

—Sí —susurró él en su oído—. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Isobel se dio la vuelta y le miró. Ya no tenía cara de preocupación, pero, a pesar de

haber dormido algunas horas, aún parecía cansado. Ella sabía que, con tantas tareas por hacer, jamás se quedaría en la cama.

—¿Habéis terminado las reparaciones? —preguntó, se movió hacia el borde de la cama y se arrepintió de inmediato al sentir el aire frío de la habitación. Se acercó al baúl que seguía en esa habitación y sacó otro de los vestidos prestados. Necesitaba tener acceso a su vestuario—. ¿Y los graneros?

—Connal es un carpintero excelente. Ha dirigido la construcción para que los demás puedan ayudar con los muros. Las casas soportarán otro invierno más y ahora tenemos más espacio para la cosecha.

Salió de la cama y se estiró. Se habían despertado en la misma postura en que se habían quedado dormidos, así que no era de extrañar que estuviese rígido. Ella giró el cuello varias veces para desentumecerse. Llamaron a la puerta con suavidad y, acto seguido, se oyó la voz de Glenna.

—¿Milady? —preguntó—. He dejado agua en la habitación del *laird*. ¿Necesitáis algo más?

Isobel abrió ligeramente la puerta.

—No, Glenna. Muchas gracias por acordarte. Te veré en el salón.

—¿Ya has entrenado a mis sirvientes? —preguntó él—. No te ha llevado mucho tiempo.

—He descubierto que, salvo excepciones, tu gente habría querido cuidar de ti si se lo hubieras permitido. Y estaban bien entrenados, pero no han podido llevar a cabo sus tareas.

Athdar levantó las manos en señal de rendición.

—Me alegra entonces que mi esposa les haya liberado de la opresión de su señor y les haya permitido trabajar —dijo con una sonrisa.

—Voy a vestirme y te veré en el salón —concluyó ella.

Abandonó la estancia y fue a la habitación de Athdar a lavarse y a vestirse. El primer día del periodo era siempre el peor, y se sentía mejor sabiendo que ya había pasado. Igual que Athdar y sus hombres tenían cosas que hacer, ella también... así como las mujeres del pueblo y de la fortaleza.

Era hora de hacer su primer cambio significativo y esperaba contar con el apoyo de Athdar.

¿Por fin empieza a recordar?

¿Es posible?

Ya es demasiado tarde para salvar a los demás...

Y también a él mismo.

La última muerte no ha sido agradable.

La siguiente protegerá el secreto.

¿Y la última?

Él...

¿O ella?

Dieciocho

Athdar la había visto en el pueblo mientras abordaba a las diferentes mujeres implicadas, pero ella evitó dirigirse a él mientras planeaba aquel cambio. Isobel había descubierto que las cuatro tejedoras, todas viudas y con hijos, trabajaban por separado en sus casas. Durante el invierno, podían pasar semanas aisladas debido a las tormentas.

Eso no le parecía bien.

De modo que, tras hablar con Nessa y con Jean, su plan era trasladarlas a la fortaleza, al menos durante el invierno, y construir una zona de telares en el salón donde pudieran trabajar juntas. Sus hijos estarían cerca; a los mayores se les encargarían tareas y sería beneficioso para todos.

Tras el comentario de Athdar sobre el talento de Connal, fue a verle para pedirle que construyera unos paneles que sirvieran para separar la zona del resto del salón. Si aquello funcionaba, le pediría a Athdar que construyese un espacio para ellas dentro de los muros.

Su dote, cuando se la entregaran, podría pagar eso y más.

Como por ejemplo otra torre en la que pudieran tener sus propios aposentos, de modo que las estancias del segundo piso pudieran usarse para otras cosas.

Tal vez incluso construir una fortaleza lo suficientemente grande para tener un nombre.

Pero la dote dependía de la aprobación de su padre, y no quería pensar en ello de momento. Por el momento deseaba concentrarse en lo que podía cambiar y eso eran los telares.

Connal le prometió enviar a su ayudante a tomar las medidas para los paneles, y ella pensaba usar algunos de los tapices que había encontrado que no podían salvarse o repararse. Si los cortaba, podría usar las piezas para tapar las estructuras de madera.

Tras poner en marcha sus planes, lo único que tenía que hacer era convencer a Athdar. Mientras esperaba a que llegase para cenar, decidió utilizar el enfoque de su hermana; pedir perdón en vez de pedir permiso. Tardarían varios días en poder hacerlo, así que no le dijo nada y convenció a los sirvientes para guardar el secreto.

Athdar se sentó a su lado a la mesa y la miró a la cara.

Se proponía algo. Igual que sabía cuándo su hermana se proponía algo, también lo sabía con su esposa. Podría exigirle que le contase la verdad, incluso obligar a los sirvientes, que tenían la misma cara, pero tenía la impresión de que todos estaban intentando complacerle.

¿Cómo iba a ser tan malo como para no permitirselo?

Inquieto, miró a su alrededor para ver si había algo diferente en el salón. Habían echado el telar a un lado. Las mesas que usaban para la cena estaban más adelantadas. Nada más.

Isobel le dirigió una sonrisa y él quiso besarla. Se inclinó hacia ella y, como no se apartó, la besó en los labios. Por un momento ella abrió la boca y él deslizó la mano bajo su velo para sujetarle la cabeza. Después el silencio sepulcral a su alrededor le hizo parar. Cuando todos reanudaron sus conversaciones, le susurró:

—¿Será doloroso el cambio que estás planeando hacer?

Ella se sobresaltó y después se rio de sus palabras. Le había entendido perfectamente y negó con la cabeza.

—No será doloroso en absoluto... para mí.

Athdar le dio la mano por debajo de la mesa y se la acarició hasta que ella se estremeció.

—¿Una pista, quizá? Algo que me tranquilice un poco.

—No, Athdar. Todos están bajo amenaza de muerte si hablan antes de que esté terminado.

—Se lo preguntaré a Glenna —dijo él, e hizo como si fuera a levantarse. Ella le agarró la mano y tiró para que volviera a sentarse.

—Ella no dirá nada.

—Pues entonces a Laria —buscó a la curandera con la mirada, pero esta no se encontraba allí.

—Laria no sabe nada.

—Entonces veo que tendré que desafiarte a una partida de ajedrez a cambio de la respuesta.

El cuerpo de Isobel reaccionó a sus palabras de una manera deliciosa. Se estremeció y su piel se ruborizó.

—Me parece que no —dijo ella. Athdar notó como la pierna sobre la que descansaba su mano entrelazada con la de él se calentaba al recordar los premios de partidas anteriores.

—A mí me parece que reservaré esas partidas para otros propósitos —respondió él—. Para otras noches —levantó sus manos entrelazadas y le dio un beso en los dedos—. En este caso, creo que lo único que puedo hacer es esperar.

—Creo que gracias a ti no podré volver a juzgar al ajedrez del mismo modo —admitió ella.

—No, Isobel. Creo que, cuando el propósito de nuestro juego se haya cumplido, podremos volver a jugar —Isobel lo miró a los ojos y él no vio ni una pizca de miedo. Nada salvo curiosidad y deseo en sus ojos azules verdosos—. ¿Me dirás cuándo puedo desafiarte?

—Sí, Athdar —susurró ella. Athdar estaba a punto de volver a besarla cuando Padruig le llamó.

—Deja comer a la dama, Athdar. ¡Dale algo de paz! —gritó su amigo desde el otro extremo de la mesa.

Todos los allí reunidos se rieron, así que Athdar se recostó y dejó que su esposa terminara de cenar. Todos la habían aceptado como su señora, e incluso la ayudaban en lo que fuera que estuviera tramando.

No le había hablado sobre aquella mañana en el patio, cuando ella había impedido que siguiera peleando. Aunque se había enfrentado a seis de sus hombres, muchos más le habían desafiado por cómo la había tratado. Muchos se habían puesto de su lado, convencidos de que había mancillado su honor.

De modo que no le sorprendía que se aliaran para ayudarla. No le sorprendía en absoluto.

—¿Queda mucho por hacer en el pueblo? —preguntó ella tras dejar su cuchara y su servilleta sobre la mesa. Al ser la última en terminar de cenar, ordenó que limpiaran la mesa—. Los mayores dicen que se acercan tormentas.

—No. Con los graneros terminados y la cosecha guardada, solo queda la matanza y las conservas.

Ella se estremeció y puso cara de asco.

—Me alegra que Broc desee ocuparse de eso.

Miró entonces a su alrededor, como si buscara a alguien.

—¿A quién buscas?

—A Ailis. Le pedí que cenara con nosotros.

—¿Ailis?

Sus ojos se oscurecieron. No parecía reconocer el nombre que acababa de pronunciar. Al verlo, Isobel recordó la misma expresión ausente durante su partida de ajedrez en el salón. Había estado hablándole de la pelea con su padre y de pronto se había quedado perdido en sus pensamientos, con la mirada vacía.

—Athdar —dijo ella en voz baja para no llamar la atención de los demás. Le puso una mano en la pierna y apretó—. Athdar.

Tardó unos segundos en volver en sí. Parpadeó varias veces y frunció el ceño.

—¿A quién estabas buscando? —miró entonces a su alrededor. Obviamente no recordaba lo que había dicho.

—A Ailis, la esposa de Robbie —respondió ella.

—No la veo.

—Me pregunto si tendrá familia que pueda ayudarla durante el invierno. Oí que mencionó a un hijo, pero no sé si habrá alguien más.

—Ailis es una MacDougal, de Lorne —dijo él—. Puede que decida regresar con su familia allí.

¿Se daría cuenta de lo que había sucedido? ¿Sabría que se había quedado ausente durante unos segundos?

Isobel miró a su alrededor y supo que nadie más que ella se había dado cuenta. Athdar sacudió la cabeza como si acabara de despertarse, se puso en pie y le ofreció la mano.

Fueron a su habitación y se dio cuenta de todos los pequeños cambios que ella había realizado allí. Aquella noche Isobel durmió en su cama, envuelta en sus brazos, pero durmió poco.

Algo sucedía.

Algo le pasaba a Athdar y nadie más parecía darse cuenta.

Sabía que tenía que llegar al fondo del asunto. Pero, si ni siquiera él sabía que le pasaba algo, ¿a quién iba a pedirle ayuda?

A Laria. Laria llevaba décadas viviendo allí. Si había un problema, ella lo sabría. Decidió que, en cuanto saliera el sol al día siguiente, iría a preguntarle a la curandera.

Y a Broc. Él tenía la misma edad que Athdar. Había crecido en la fortaleza con su padre, el anterior administrador. Era posible que él lo supiera.

Con el propósito de ayudar a Athdar, cerró los ojos y al fin se durmió.

Pero al amanecer llegaron las lluvias, lo que dificultó cualquier tarea al aire libre. Incapaz de encargarse del traslado de los telares, Isobel permaneció en la fortaleza, sacó más tela de los baúles de Coira y se hizo dos vestidos para ella. Tenía suficiente habilidad para poder hacer vestidos sencillos, pero, para hacer diseños más elaborados, necesitaría ayuda.

Para Athdar tenía pensadas tres camisas y tres pantalones más, dado que se le desgastaba la ropa enseguida. Las tejedoras y costureras tendrían mucho trabajo que hacer durante el invierno para vestir adecuadamente a todos los que dependían del *laird*.

Cuando fue a hablar con Laria, la curandera no estaba en su taller. Broc tampoco estaba en la fortaleza, sino colaborando en algo en el pueblo. Su decisión de hablar con ellos tendría que esperar.

Durante los dos días siguientes, todos trabajaron en sus propias tareas, pero Isobel logró hacer que varios hombres desmontaran los cuatro telares de las diversas tejedoras y llevaran las piezas a uno de los almacenes de Broc, de modo que estuvieran listos para volver a montarse.

Después aprovechó la ausencia de Athdar el tercer día, ya que Padruig y él se habían ido a un pueblo cercano, hizo que lo colocaran todo y esperaron su regreso.

Dado que su periodo había terminado ya y tenía mucho tiempo antes de que Athdar regresara, Isobel hizo que enviaran una bañera a su habitación. Después del trabajo duro de los últimos días, el agua caliente resultó muy relajante para su cuerpo. Debió de quedarse dormida, porque se despertó al oír el sonido de la puerta abriéndose y cerrándose tras ella. Imaginó que sería Glenna, que había ido a ayudarla a lavarse el pelo, y le sorprendió oír la voz de Athdar.

—Muchacha, ¿qué le has hecho a mi salón?

Sobresaltada, comenzó a ponerse en pie antes de recordar que estaba desnuda en la bañera. Volvió a meterse en el agua y le hizo gestos para que se marchara.

—Athdar, estoy bañándome.

—Ya lo veo, Isobel —rodeó la bañera y no apartó la vista en ningún momento de su cuerpo desnudo—. Mejor aún, ya te veo.

Metió la mano en el agua, le tocó la pierna y le provocó un escalofrío a pesar del agua caliente. Después le agarró el tobillo con los dedos y comenzó a sacarle la pierna del agua. Isobel se agarró a los laterales de la bañera para no meter la cabeza debajo del agua. Se dio cuenta de que la manera más fácil de mantener el equilibrio era permitirle hacerlo, así que lo hizo.

Hasta que Athdar no agarró el trapo situado junto a la bañera, no supo cuál era su verdadera intención. Lo mojó en el cuenco del jabón y después lo deslizó por su pierna. Se puso en cuclillas y se entregó a la tarea con una seriedad inusual, sin apartar la mirada de su piel.

Estaba jugando con ella, Isobel lo sabía. Iba a seguir hasta que ella le detuviera. ¿Cómo se jugaba a eso?

Isobel iba a detenerlo, pero se sentía embelesada por el placer que le provocaban sus caricias en la piel. ¿Sería mejor actuar con decoro y resistirse? ¿O tal vez permitirle hacer lo que claramente deseaba hacer? Así como lo que ella deseaba hacer también.

—Athdar —dijo moviéndose para que él pudiera levantarle más la pierna. Entonces Athdar llegó con los dedos a su muslo, empezó a masajearle los músculos con el paño jabonoso y ella perdió la habilidad de pensar.

—Isobel —respondió.

—¿Puedo tener un premio aunque no juguemos al ajedrez? —entonces dejó de hablar, quizá incluso de respirar, cuando Athdar acarició con los dedos el lugar entre sus piernas. Contuvo la respiración y esperó a que volviera a mover los dedos.

—¿Un premio, esposa? —Athdar apartó la mano, ella estuvo a punto de gritar y tiró de la mano para situarla otra vez allí—. ¿Has hecho algo que merezca recompensa? —dejó la pierna sobre el lateral de la bañera y se dispuso a agarrarle la otra. Cuando Isobel la levantó por sí misma, abrió las piernas y casi todo su cuerpo quedó expuesto a su mirada, él se carcajeó—. Oh, sí que lo has hecho.

Isobel deseaba dejar caer la cabeza hacia atrás y disfrutar sin más de los placeres que estaba causándole, pero no podía. Primero, antes de que pudieran llegar más lejos, estaba el asunto de...

—Quiero que te acuestes conmigo —dijo, obligándose a hablar cuando lo que quería era gemir al sentir su mano deslizándose por la otra pierna.

—Muchacha, no creo que te haga falta pedirme ese premio —respondió él con voz rasgada.

—Ese no es el premio —dijo ella mientras arqueaba el cuerpo bajo sus caricias—. Primero he de decirte algo. Antes de que sea demasiado tarde.

—Oh, Isobel, ya era demasiado tarde cuando he entrado en esta habitación.

Se detuvo, se quedó mirándola, se levantó y se colocó detrás de ella nuevamente. El aliento cálido en su cuello fue la única advertencia que Isobel recibió antes de que sus manos empezaran a deslizarse por sus hombros en dirección a sus...

—¡Athdar! ¡Mi premio! —exclamó ella antes de agarrarle las manos y detenerlo—. Debes saber la verdad. No puedo seguir mintiéndote con esto.

Entonces Athdar se detuvo, apartó las manos y volvió a colocarse donde pudiera verle le cara.

—Dime la verdad, Isobel.

Estar allí sentada, desnuda en el agua frente a él, contándole aquel secreto, resultaba muy incómodo para ella. Volvió a meter las piernas en el agua y pensó en cómo hacerle entender.

—Sigo siendo virgen, Athdar —era la verdad, simple y llana.

Él frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Por qué defiendes mi desliz? Vi la sangre en tu vestido.

—Te hiciste un corte en la mano con la jarra y después me agarraste del vestido. No me desfloraste por la fuerza aquella noche. Este matrimonio no era necesario y puede anularse. No lo hemos consumado.

—¿No? —preguntó él.

—No. Todavía no.

—Gracias —susurró Athdar—. ¿Estás segura?

Entonces ella se rio. Tras haber estado casado con dos mujeres que sin duda eran vírgenes al llegar a su cama, pensaba que entendería que una mujer sabía esas cosas.

—Sí. Estoy segura. Eso nos lleva al verdadero problema.

Athdar se apartó algunos pasos y volvió a mirarla.

—¿Y cuál es?

—Si esperamos el año y un día o si lo anulamos ahora.

El silencio se apoderó de la habitación. Ahí estaba su oportunidad. Si Athdar aceptaba la verdad, si decía algo, Isobel sabía que sus padres conseguirían la anulación en cuanto ella regresara a casa. Con la influencia que tenía Connor en la Iglesia, tanto por haber financiado la construcción de varias iglesias y monasterios como por las diversas donaciones a sus obras, no tendrían problema alguno para conseguir una anulación.

—¿Sabes? —dijo él en voz baja—. Sabía cuál era tu intención antes de que llegaras

ante mi puerta. Puede que haya subestimado el poder de tus esfuerzos, pero sabía que querías que pensara en ti como posible esposa.

—¿Tan evidente era?

Él se carcajeó y asintió.

—Terriblemente evidente. Claro, que yo estaba intentando evitar el matrimonio y evitaba considerarte como esposa.

—¿Y ahora? —preguntó ella. Le temblaba la voz porque no deseaba que aquello terminara. No deseaba regresar con sus padres. Deseaba estar allí y ser su esposa. Deseaba que la amase como ella le amaba a él.

Athdar no respondió directamente. Se acercó a la puerta, levantó la tranca de madera del suelo y la dejó caer sobre los soportes colocados a ambos lados del umbral. Después regresó junto a ella, le ofreció una mano y esperó a que la aceptara. Ella lo miró a los ojos y reconoció el deseo sincero en ellos.

—¿Ahora? Bueno, no quiero un año y un día para decidir. No quiero una anulación. He decidido que me quedo contigo. Y, después de esta noche, mi dulce Isobel, no quedará duda de que eres mía.

Diecinueve

Athdar quiso arrodillarse y dar las gracias cuando ella le contó la verdad.

Había dicho que era virgen. No le había quitado la inocencia por la fuerza.

Pero, ¿podría creerla? Isobel no tenía razón para mentir sobre algo así. La primera vez que había dicho que no había ocurrido nada entre ellos, había pensado que estaba intentando protegerle. Pero ¿ahora? Al darle esa razón, podría evitar irse a la cama con él. La miró a los ojos y vio la verdad en ellos.

Isobel aceptó su mano y él la ayudó a levantarse. El agua resbaló por las curvas de su cuerpo y volvió a caer en la bañera. Habría entendido que quisiera ocultarse de él, pero no Isobel. Ella le permitió mirar todo lo que quisiera y así lo hizo. Vio como se ponían erectos sus pezones rosados, que no tardaría en probar. Le permitió ver también los rizos dorados situados en la unión de sus piernas y los muslos largos y torneados que acababa de acariciar. Su pelo, húmedo, pero no mojado, colgaba alrededor de su cuerpo como una cortina espesa, y él ansiaba tocarlo.

Se agachó para tomarla en brazos, la llevó a la cama, la dejó en medio del colchón y dio un paso atrás. Ella se estremeció, pero Athdar no creía que fuese por el frío. La tapó con una de las toallas grandes y empezó a desabrocharse el cinturón.

Isobel abrió los ojos desmesuradamente al darse cuenta de cuál era su intención. Si él la había visto a ella, ahora sería su oportunidad de verlo a él. Había acariciado gran parte de su cuerpo con la boca durante aquella tortuosa noche de besos, pero ahora lo vería todo. Se quitó los pantalones y la camisa, regresó a la bañera y se quitó la suciedad y el sudor del día. Después, tras tomar aliento, se volvió hacia ella.

Isobel había visto a hombres desnudos antes. Al bañarse en el río. Había visto a sus hermanos muchas veces, incluso ahora que eran hombres jóvenes. Pero ni siquiera tras haberle besado el torso como lo había hecho podría haber estado preparada para Athdar. Excitado y sin control. Tragó saliva varias veces mientras se acercaba a ella lentamente.

¿Sería algo malo estirar el brazo y tocarlo?

—No, muchacha, no es nada malo.

Isobel se tapó la boca riéndose. No era su intención decirlo en voz alta, pero lo había hecho. Aquello dejaba claro su deseo hacia él, pero, en vez de sentirse avergonzada, se sentía fuerte. Así que lo hizo; estiró la mano y tocó su miembro.

Se movió bajo su mano; incluso al rodearlo con los dedos notó la palpitación de la sangre. Se incorporó, se puso de rodillas y se lo acercó más. Él no se resistió en absoluto. Sus ojos estaban negros de deseo.

—¿Te duele? —preguntó ella mientras deslizaba los dedos arriba y abajo.

Athdar cerró los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió.

El cuerpo de ella respondió a ese sonido con un escalofrío de placer y sintió la humedad entre las piernas. Sentía un dolor allí y deseaba que él... que él hiciera algo para sentir más.

Deseaba más.

—Athdar —susurró—. Deseo que...

Esas fueron las últimas palabras que recordó haber dicho en un buen rato.

Athdar la agarró por los hombros y acercó su cara a la de él. Entonces fue cuando

comenzó a poseerla de verdad. Isobel se inclinó hacia él y abrió la boca. Los besos comenzaron siendo suaves caricias, labios sobre labios, pero pronto empezó a devorar su boca y a invadirla con su lengua. Cuando Isobel llevó las manos a su pecho y enredó los dedos en su vello, él la agarró por la cabeza y arrasó su boca hasta dejarla sin aliento.

Entonces se apartó, pero no había acabado.

—Túmbate —le dijo. La recostó sobre el colchón, le recogió el pelo alrededor de la cabeza y empezó a atormentarla del mismo modo en que ella le había atormentado a él, para demostrarle el dominio de sí que había tenido.

Su boca se movía como una tormenta sobre su cuerpo; acariciando, saboreando, besando, lamiendo su piel. Se entregó a sus pechos, los acarició y pasó el pulgar por sus pezones erectos hasta que su cuerpo se retorció de placer sobre la cama. Después se los sopló antes de succionar cada uno de ellos. Y, cuando creía que había terminado, volvió a tocárselos de nuevo, pero en esa ocasión con los dientes hasta hacer que gimiera.

Entonces se rio, y fue una carcajada que prometía oscuros placeres. Isobel intentó tirar de él para que la besara en la boca, pero Athdar se zafó, se deslizó por su cuerpo y se tumbó entre sus piernas. Ella no podía resistirse a nada de lo que hiciera, su cuerpo obedecía bajo sus manos. Pero, cuando acercó la boca allí, Isobel lo agarró del pelo y le detuvo.

—Oh, no, muchacha. Voy a mostrarte cuáles son mis besos favoritos —susurró él mientras le separaba las piernas—. Levanta las rodillas como has hecho en la bañera —parecía tan satisfecho que ella lo hizo; levantó las rodillas y le ofreció su parte más íntima.

Antes de que pudiera pensar en lo que iba a hacer, él estaba allí, recorriendo los pliegues de su piel y separándoselos con la lengua. Al principio lo agarró del pelo, dispuesta a poner fin a aquella invasión tan íntima, pero entonces se relajó y dejó caer la cabeza. Y se vio envuelta por las sensaciones.

Su boca. Su lengua. Sus labios. Sus dientes. Todo su cuerpo florecía bajo su boca y él no se detenía. Todo en su interior iba tensándose cada vez más, la sangre se agolpaba en sus venas mientras su cuerpo parecía acercarse a algo. Él sabía lo que hacía; se rio y agachó la cabeza para introducir la lengua en su interior.

Isobel deseaba rogarle algo. Rogarle que parase. Rogarle que siguiese, pero levantó las caderas del colchón para recibir las embestidas de su lengua. Entonces, justo cuando pensaba que no podía existir nada más dulce que el roce de su boca allí, Athdar introdujo los dedos en su interior y ella gritó de placer.

Más. Peor. Mejor. Más. No podía dejar de pensar mientras él la impulsaba más y más hacia el abismo en el que su cuerpo no podría soportarlo más.

—Athdar —gimió. Se retorció contra él, levantó su cuerpo hacia su boca—. Más, te lo ruego.

Él introdujo un dedo y le tocó un pequeño punto oculto en las profundidades de sus pliegues que le hizo volar. Cuando sustituyó ese dedo por la boca y comenzó a lamer y a succionar, todo su cuerpo empezó a desatarse. Estaba deshaciéndose en sus manos.

Comenzó a temblar y a estremecerse cuando la tensión que había ido aumentando explotó. Desde su piel hasta su corazón. Desde su cabeza hasta sus pies. Todo en su interior se estremeció y palpité durante segundos infinitos... o minutos... u horas. Se dejó llevar y pensó que iba a quedarse dormida hasta que sintió la barba incipiente de Athdar entre sus piernas.

Seguía con los dedos dentro de ella, y lo único que hizo falta para despertar su cuerpo de nuevo fue una caricia lenta mientras los sacaba y los deslizaba hacia sus pechos.

—Athdar —susurró ella al sentir su boca en el pezón. Notó su miembro erecto en el vientre cuando se agachó para saborear el otro pezón, así que estiró las manos y lo agarró.

Él tomó aire y se apartó.

—No, muchacha. Todavía no.

Isobel quiso resistirse, pero Athdar se tumbó encima y empezó a devorar su boca con un beso ardiente. Él gimió contra sus labios cuando deslizó las manos por su espalda y por sus nalgas. Las agarró con los dedos y las apretó mientras Athdar se movía entre sus piernas.

—Tranquila, Bel —susurró él—. Ábrete para mí.

Iba a poseerla en ese momento.

Todo su cuerpo se sacudió cuando presionó con la cabeza de su miembro contra el lugar en el que su boca había estado minutos antes. La penetró lentamente y la humedad de la zona facilitó el camino. Y de pronto todo le pareció demasiado. Demasiado tenso. Demasiado grande. Demasiado...

La embistió una vez más e Isobel notó el dolor que la llenaba por completo.

Su cuerpo se tensó a su alrededor, él gimió y esperó a que se acostumbrara a su tamaño. Lo único que Isobel sentía era que su miembro iba dilatándola. Después, Athdar empezó a moverse poco a poco. Fue apartándose centímetro a centímetro hasta que solo quedó una pequeña parte de él dentro de ella. Se sintió vacía y quiso protestar.

Entonces la besó al mismo tiempo que la penetraba otra vez. Volvió a hacerlo... y después otra vez. La embestía y se apartaba, la embestía y se apartaba, hasta que su cuerpo se convulsionó de nuevo y sintió que su miembro se hinchaba. La penetró una vez más con fuerza y derramó su semilla caliente en su interior.

Athdar susurró su nombre una y otra vez al tiempo que su miembro palpitaba, hasta que se detuvo. Entonces hundió la cabeza en su hombro y se quedó allí, jadeando igual que ella.

Sería su perdición si todos sus encuentros amorosos eran así.

Aunque Athdar se alegraba de poder darle placer mientras iba iniciándose en el mundo de las intimidades entre hombre y mujer, jamás imaginó que se mostraría tan abierta. Seguía teniendo su miembro dentro de ella y no quería apartarse. Pero sería demasiado para su cuerpo inocente, así que se apartó, le acarició el vientre con la mano y pudo sentir las pequeñas sacudidas de su orgasmo todavía moviéndose por su cuerpo.

Pasaron varios minutos y ambos se quedaron adormecidos con la satisfacción de un buen encuentro sexual.

Athdar hablaba en serio al decirle que se quedaría con ella. Al infierno con su padre. Al infierno con Connor. Isobel era suya, y lo que había empezado con un malentendido se había consumado con sinceridad.

Isobel era suya.

Ella se estremeció y abrió los ojos lentamente, como si estuviera comprobando si estaba dormida o despierta. Él se quedó quieto para darle la oportunidad de acostumbrarse a la nueva intimidad que había entre ellos. Cuando Isobel mantuvo los ojos abiertos, mirándolo todo a su alrededor, se dirigió a ella.

—¿Ha sido como creías que sería?

Athdar recordaba su primera vez; un encuentro rápido y furtivo antes de ser descubierto detrás de los establos con la lujuriosa muchacha de la lavandería. Pero, para las

mujeres, bueno... siempre había pensado que su primera vez debía ser algo especial.

—Mis ideas están tan dispersas que no puedo pensar —susurró. Se giró lentamente hacia él, pero Athdar vio el dolor en su cara al moverse.

La habitación fue quedándose fría y él advirtió la piel de gallina en su cuerpo. Entonces le rugió el estómago y recordó que no había cenado al llegar tarde a casa. Ella estiró el brazo para tocarlo y vaciló. Él le guio la mano hacia su vientre y la dejó ahí. La próxima vez que su estómago rugió, Isobel sonrió.

—Soy todo vuestro ahora, lady MacCallum —le dijo él para intentar tranquilizarla.

Sus ojos se iluminaron al oír sus palabras y Athdar creyó haber cometido un gran error. Sí, sería su perdición si su apetito carnal en la cama matrimonial era tan intenso como su curiosidad.

—Entonces, ¿no has cenado? —preguntó ella incorporándose para taparse los hombros con una toalla.

—He entrado en el salón y lo he encontrado completamente cambiado, sin mi esposa y con mucha más gente viviendo aquí que esta mañana. Sobra decir que he venido a buscarte directamente —intentó permanecer serio, pero no pudo—. ¿Qué diablos has hecho en el salón?

Se levantó de la cama, oyó el suave golpe en la puerta y fue a ver de qué se trataba. Isobel dio un grito y se metió por completo bajo la toalla. Debía de saber que no había secretos cuando se vivía en una fortaleza, ¿no? Como era de esperar, frente a la puerta aguardaba un cubo de agua caliente. Sin duda lo habrían dejado allí los sirvientes al entender lo que significaba el ruido de la barra en la puerta.

—Sería más fácil hacer esto en la bañera, Bel —le dijo—. Si logras salir de debajo de esa toalla.

En cuanto volvió a cerrar la puerta, ella asomó la cabeza y salió de la cama. Miró su miembro y después se miró las piernas. Su sangre había manchado su miembro y también su muslo, señal de que había perdido la virginidad. Mientras la ayudaba a lavarse y a vestirse, Isobel no pudo evitar sonrojarse por aquel gesto tan íntimo.

—Estoy acostumbrado a comer en la cocina —le dijo él—. No hace falta que me acompañes.

—Me gustaría explicarte qué diablos he hecho en tu salón —respondió ella intentando no sonreír.

Athdar se rio, le dio un beso rápido y asintió.

—Entonces ven. Podrás explicarme tu plan y por qué ahora tengo cuatro telares enormes y uno pequeño donde solo había uno cuando me marché esta mañana.

Ambos se pusieron los zapatos y caminaron de la mano hasta la cocina. Dado que la mayoría de los habitantes de la fortaleza ya dormían, se movieron en silencio para no molestarlos. La cocina estaba vacía y a oscuras, de modo que Athdar encendió un farol y lo dejó sobre la mesa del rincón. Isobel sacó dos cuencos del armario, unas cucharas y sirvió las sobras del estofado que había en el caldero.

—¿Tú tampoco has cenado? —le preguntó él.

—Sí he cenado —respondió ella—. Pero ahora me muero de hambre.

Acercó una jarra y copas a la mesa y se sentó con él. En muchos aspectos, Athdar disfrutó de aquella cena íntima con ella mucho más que de las cenas formales con muchos invitados.

—Bueno, háblame de tu plan con los telares.

—En Lairig Dubh, ¿has visto el edificio de las tejedoras? —él asintió—. Sé que

aquí no necesitamos tantas como ellos, pero pensé que sería más fácil tenerlas en un solo lugar. Sobre todo para el invierno.

—¿Y ese lugar está aquí? —sus ojos brillaban con la luz de la vela mientras hablaba, y Athdar se quedó cautivado por el modo en que la luz realzaba todas las tonalidades de su melena dorada. Cuando recordó que estaba escuchando su plan, ya se había perdido gran parte de la explicación.

—Y a los niños mayores se les encomendarían tareas. ¿Qué te parece?

Athdar quiso reírse; había caído víctima del embrujo de su mujer. Ella parecía satisfecha con lo que había conseguido.

—¿Puedes mostrármelo? —le preguntó, solo para ganar más tiempo y decidir si tenía alguna objeción o no.

Terminaron de cenar, dejaron los cuencos, las copas y las cucharas en uno de los cubos e Isobel le condujo al nuevo rincón de las tejedoras. Estaba separado del resto del salón mediante paneles hechos de madera y tapices. Los cinco telares ocupaban el lugar central y permitían que se pudiera caminar y trabajar a su alrededor. El telar pequeño estaba en un rincón. En la pared estaban alineados varios baúles.

—¿Son los hilos?

—Sí. Y suministros; pesos extra y cualquier cosa que podamos necesitar.

—¿Podamos? —sabía que Isobel pensaba trabajar con las mujeres y eso era parte del motivo por el que había organizado aquello. Y la idea de tenerla allí, en las noches de invierno, trabajando en su telar, le gustaba, pero se hacía el tonto a propósito.

Ella se quedó mirándolo antes de decir nada.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Estás bromeando?

—Sí.

—¿Y no te molesta que haya hecho todo esto sin que lo supieras?

Athdar la abrazó y la besó. Había querido hacerlo desde que salieron de la habitación. No creía que fuese a cansarse nunca de ella ni a dejar de desearla. Ahora que habían desatado a la bestia, sería imposible volver a encerrarla.

—Me gusta que quieras mejorar las cosas aquí.

—Te prometo volver a dejarlo todo como estaba si no sale bien —le aseguró ella.

—Muy bien —se inclinó y la besó. Le gustaba ver cómo sus cuerpos se fundían cada vez que sus bocas se encontraban.

Regresaron a su habitación y, si alguien se fijó en el cambio de actitud entre ellos a la mañana siguiente, nadie dijo nada. Por primera vez en mucho tiempo, Athdar MacCallum estaba feliz y contento.

Les llevó varios días trasladar a todos a la fortaleza, y la decisión que más satisfizo a Isobel fue que Ailis accediera a quedarse y trabajar como tejedora con las demás viudas. Isobel creía que aquello podría ayudarla a superar su pena, ya que además estaría rodeada de otras mujeres que habían pasado por lo mismo. Solo una de ellas era mayor; la mayoría habían perdido a sus maridos en los últimos años. Lo mejor para Ailis era la oportunidad de que su hijo se criara en la fortaleza.

Con los días ocupados y las noches perdidas en la pasión que había descubierto en los brazos de Athdar, noviembre pasó deprisa. Siempre había hombres en el paso de las montañas esperando a informar si se despejaba, pero eso no se produjo. Ahora que Athdar y ella estaban juntos, la idea de quedarse allí con él le parecía más un regalo que una

imposición. Para cuando sus padres pudieran ir a visitarlos, sería demasiado tarde para hacer algo que no fuera desearles felicidad.

Isobel se olvidó de su idea de hablar con Laria o con Broc sobre la infancia de Athdar para descubrir lo que le ocurría, pero decidió en su lugar ir a hablar con el anciano, el primo del antiguo *laird*, que vivía en el pueblo, y ver si podía obtener alguna información de él.

El siguiente día que amaneció despejado, se dirigió hacia la casa en la que vivía.

Cuando, al llamar, no obtuvo respuesta, levantó el pestillo y abrió la puerta lentamente.

—¿Iain? —dijo. Entró en la casa y miró a su alrededor. Tenía dos habitaciones. La principal y otra ubicada tras una puerta cerrada. Dado que no parecía haber nadie en casa, abrió esa puerta y volvió a llamarlo—. ¿Iain?

Notó un fuerte olor al abrir la puerta del todo. Era un olor que reconocía. El olor de la muerte. Escudriñó las sombras y lo vio sentado en una silla junto al fuego apagado. El corazón se le aceleró tanto que creyó que iba a salirse del pecho. Lo mejor sería llamar a Broc o a alguno de los otros hombres, así que se dio la vuelta para hacer eso.

Al salir de la casa, una joven se acercó con un niño en la cadera. Debía de ser la nieta de Iain. Probablemente no lo supiera.

—Milady —dijo la muchacha—, ¿deseabais hablar con mi abuelo? —se cambió de lado al niño y levantó el pestillo de la puerta—. ¿El *laird* tiene más preguntas para él?

—No. He venido a hablar con él. Perdón, pero no sé tu nombre —dijo Isobel colocándose frente a la puerta. Tenía que advertir a la chica antes de que entrara.

—Jessie, milady —respondió ella con una sonrisa—. Y este es Iain, como mi abuelo.

—¿Y tu marido? ¿Anda por aquí?

—Oh, no, milady. Trabaja en el campo, pero de momento está destinado en el paso de las montañas, esperando a que se despeje.

—Jessie —le dijo Isobel—. Ya he entrado para hablar con Iain —no sabía cómo darle la noticia, así que le puso la mano en el hombro—. Tu abuelo ha fallecido.

—Él... ¿está dentro? —preguntó Jessie.

—Sí. Ven, deja que te sujete al niño —le dijo Isobel. Agarró al pequeño en brazos y esperó a que Jessie entrara. Pocos minutos más tarde la joven salió secándose los ojos.

—Me he quedado con mi tía estas dos últimas noches. Parecía estar bien cuando me fui —recuperó a su hijo y la acurrucó contra su pecho—. Ha tenido una vida larga y feliz —añadió con un suspiro.

—¿Abrimos las persianas para que entre aire fresco antes de intentar moverlo? —preguntó Isobel.

—¿Os importa que vaya a buscar a mi tío? ¿Podrías esperar aquí? No está lejos, al final del camino.

—Adelante —respondió Isobel.

Cuando la chica se fue a buscar a su tío, ella abrió más la puerta y entró para abrir las persianas delanteras. Al hacerlo, la luz incidió sobre un objeto de cristal verde situado sobre la mesa cercana a la habitación pequeña. Se acercó, lo levantó y se dio cuenta de lo que era. Quitó el tapón, lo olió y confirmó sus sospechas.

Aquella era la botella del elixir del sueño que Laria había dejado en su habitación la primera noche de su periodo.

Isobel había estado buscándola al día siguiente. Athdar recordaba haberla dejado en

la mesa junto a la cama, pero después nadie la había visto. Ella les había preguntado a todos los que tenían acceso a su habitación, pero negaron haberla visto.

Y allí estaba.

Y Iain había muerto.

«Tres gotas para dormir», había ordenado Laria. «No más, o podrías no despertarte».

Isobel levantó el frasco hacia la luz y miró a través del cristal.

Estaba vacío... e Iain había muerto.

Veinte

Enterraron al viejo Iain junto a su esposa y todos regresaron a la fortaleza para comer y beber en su memoria. Isobel estuvo atenta a Athdar por miedo a que se repitiera el comportamiento desesperado que había mostrado tras la muerte de Robbie. Iain había tenido una vida larga y, aunque no había estado enfermo recientemente, había sufrido los típicos problemas de la edad. Nadie, ni siquiera su querida nieta, creía que su muerte tuviese algo de raro. Nadie.

Salvo ella.

Brindaron por última vez en su honor y los aldeanos regresaron a sus casas y a sus tareas. El marido de Jessie, Micheil, había vuelto a casa para el entierro y regresaría de nuevo al paso de las montañas.

—¿Esa expresión sombría significa que hay problemas? —preguntó Athdar. Se colocó tras ella, le rodeó la cintura con los brazos y ella se apoyó en su pecho. Isobel negó con la cabeza y señaló a Jessie y al niño—. Fue un buen hombre que tuvo una vida larga —añadió él.

—Eso es lo que dicen todos.

—¿Has hablado con Micheil? —le preguntó él—. Dice que el tiempo ha sido bueno durante estos dos últimos días en las montañas. Es una buena señal.

—Solo si estás preparado para enfrentarte a mis padres.

Isobel no había pensado en nada que no fuera lo que ocupaba su cabeza en ese momento; la sospecha de que alguien había matado intencionadamente al anciano.

—Dime qué te preocupa, amor —dijo él antes de besarle el cuello—. Algo te ha tenido despierta estas dos últimas noches.

Incapaz de dormir, había buscado consuelo primero en él y después en el telar. Normalmente eso lograba aliviar sus preocupaciones. Mientras tejía, practicaba mentalmente partidas enteras de ajedrez para mejorar sus jugadas antes de usarlas contra sus oponentes.

Pero en esa ocasión el telar no le había servido de ayuda. Había demasiadas cosas que desconocía y no sabía a quién preguntar. Y ahora, con sus sospechas, podría ser peligroso hacerlo. Casi se había convencido a sí misma de que estaba viendo cosas donde no las había cuando de repente Ailis entró con su hijo.

Athdar se quedó helado detrás de ella, como una estatua, inmóvil, sin ni siquiera respirar mientras el chico pasaba por delante. Tomó aliento e Isobel se apartó de sus brazos para ayudarlo si lo necesitaba. Tenía la cara blanca y sus ojos contemplaban al chico y cada paso que daba. Ailis no se había dado cuenta, pero el chico sí, y se quedó mirando hasta que su madre le tiró de la mano de camino a los telares.

—Athdar —susurró Isobel. De nuevo se encontró con aquella mirada vacía. Estiró la mano y le acarició la cara para intentar hacer que la mirase—. Athdar, por favor, mírame.

Le dio una palmada en la mejilla, pero no reaccionó. Su mirada resultaba terrorífica.

Justo cuando iba a llamar a Nessa o a Jean, Athdar parpadeó varias veces y continuó hablando con ella como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué sucede? —le preguntó colocando una mano sobre la suya—. ¿Echas de menos a tu familia? Hablaré con tu padre y solucionaremos esto.

Alguien le llamó, así que le dio un beso, se marchó y la dejó asombrada, incapaz de entender qué acababa de pasar ni por qué.

Algunos de los niños pasaron corriendo junto a ella y se dio cuenta entonces de que la reacción había sido provocada por el hijo de Ailis. Dado que no recordaba haber conocido a Robbie antes de su muerte, se acercó a Muireall.

—¿Cuántos años tiene el joven Morvin? —le preguntó al ver que el chico volvía a aparecer. Miró hacia Athdar y vio que él abandonaba el salón, así que no le preocupó que pudiera volver a ver a Morvin.

—Tiene cerca de siete años, milady.

—Parece un muchacho agradable —comentó Isobel—. No conocí a su padre. ¿Crees que se parece a él?

Muireall entornó los párpados y observó a Morvin corretear hacia Ailis.

—Oh, se parece mucho a su padre, sobre todo a esa edad —contestó con una sonrisa—. Además tiene su misma altura.

Isobel vio que Laria entraba en el salón y quiso hablar con ella sobre el elixir del sueño. Muireall la vio también y la saludó con la cabeza.

—Tenían todos más o menos la edad del chico.

—¿Todos? —le preguntó Isobel a Muireall—. ¿Qué chico?

—Aquel terrible verano. Ellos... —Muireall se quedó mirando por la ventana que tenían encima y después negó con la cabeza—. No me extraña que ella esté tan amargada.

—Lady Isobel —dijo Laria. Isobel deseaba preguntarle a Muireall por lo que había dicho, pero la curandera se acercó con rapidez.

Isobel quería quedarse y averiguar más cosas, pero Laria la agarró del brazo y la alejó de allí. Tanto mejor, pues deseaba preguntarle qué cantidad de elixir había preparado y si, por casualidad, le había llevado algo al viejo Iain. El anciano podría haber seguido mal sus instrucciones y entonces sus sospechas serían del todo infundadas.

Las otras mujeres empezaron a regresar a los telares mientras ella se alejaba con Laria hacia el taller de la curandera. Casi habían llegado cuando Laria recordó que había alguien que necesitaba de sus cuidados y se excusó.

Isobel no quería perder la oportunidad, así que fue a buscar a Jean para ver si la mujer sabía algo sobre la información que Muireall había compartido con ella. Pero Jean y Ceard estaban preparando la cena e Isobel se sintió desanimada.

Ya habría tiempo de sobra, de modo que regresó a sus tareas, atenta siempre a Athdar cada vez que él estaba en el salón.

Había vuelto a hacerlo.

Isobel le había convencido para hacer otro cambio en su casa. Sentado en la habitación del abad, hablando con dos frailes, Athdar no sabía si maldecirla o dar gracias a Dios por enviársela.

No, eso no era cierto. Era un regalo para él. Un regalo que valoraba profundamente a pesar del poco tiempo que llevaban juntos. Aunque solo habían pasado semanas desde que llegara de visita con su hermana, sentía como si llevaran años juntos. Habían adquirido una rutina durante sus días... y durante sus noches, aunque no debería pensar en esas noches en aquel momento. Así que se concentró en la tarea que tenía ante él; elegir a uno de los frailes para que fuera su secretario.

La idea surgió una noche, tumbados en la cama mientras hablaban de planes y

sueños. Aunque era mayor que ella, el entusiasmo de Isobel le revitalizaba. De todas las esperanzas que mencionaba, la única en la que insistía era en la de que le pusiera nombre a la fortaleza. Decía que su dote ayudaría a que fuera lo suficientemente importante. Era la primera vez que habían hablado de lo que aportaría ella al matrimonio.

Se rio al recordar su expresión cuando le preguntó qué creía que haría su padre al llegar allí. Él decía que, si fuera su hija, mataría a cualquier hombre que se la hubiera llevado sin permiso. Ella predecía que su padre estaría dispuesto a discutir el asunto civilizadamente. Rurik Erengislsson nunca aceptaba una pelea que no le gustase y, a pesar de la edad, rara vez perdía en los desafíos. Sus puños y su espada hablaban primero por él y por los MacLerie, a quienes representaba.

Athdar se dio cuenta de que deseaba volver junto a ella en ese instante, así que miró a los dos hermanos, eligió al que más estudioso le pareció y le invitó a ir a vivir a... su fortaleza. Tal vez sí que necesitara un hombre.

Por fin, varias horas más tarde, llegó a casa y fue a buscar a su esposa para darle la noticia de su triunfo. Aunque esperaba encontrarla con Laria o en las cocinas, no estaba allí. Fue a la habitación y tampoco la encontró. Miró en el rincón de las tejedoras, como a ella le gustaba llamarlo, y no la vio. Sí que vio a Ailis, así que la llamó. Tanto ella como su hijo le miraron al oír su nombre.

El chico.

El chico estaba allí abajo.

Allí abajo.

Los chicos.

Lo siguiente que recordaba era que tenía al chico llorando entre sus brazos y Ailis intentando apartarlo de él. Miró a su alrededor y vio que todos en el salón se habían quedado mirándolo. Soltó al muchacho y dejó que su madre se lo llevara.

¿Qué había ocurrido?

¿Por qué estaba abrazando al hijo de Ailis?

¿Cuándo había salido de su habitación y se había dirigido hacia allí?

Peor aún, al mirar las caras de sorpresa de su gente, se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir.

—Volved a vuestras tareas —les dijo—. Mis disculpas por haber asustado a tu hijo, Ailis.

¿Qué otra cosa podía decir? Había actuado como un loco y muchos lo habían visto. Entonces recordó la última vez que había ocurrido; en su habitación, al volver en sí y ver a Isobel mirándolo aterrorizada. Se frotó la frente e intentó recordar ese incidente, pero no pudo.

Y tampoco el que acababa de suceder. Notó el sudor en la espalda y se frotó la cara. ¿Estaría perdiendo la cabeza? ¿Se estaría apoderando de él la locura?

Isobel entró en ese momento y lo miró. Se enteraría por los demás y empezaría a preguntarse si su marido estaba loco. Igual que estaba haciendo él mismo.

Algo pasaba. Algo le pasaba.

Tenía que pensar en ello antes de enfrentarse a Isobel y a sus inevitables preguntas. La saludó con la cabeza y abandonó la fortaleza. Fue a los establos, se subió a su caballo y se dirigió hacia las puertas. Aunque oyó que Padruig le llamaba, lo ignoró y se adentró en el bosque. Sin intención ni destino en mente, por alguna razón acabó en el molino.

Había pasado horas contemplando el agua fluir por el molino y no había sido capaz de entender las cosas. Había zonas vacías de su memoria, lugares donde no existía nada más que oscuridad. Ya estaba anocheciendo cuando regresó a la fortaleza.

Sin ninguna respuesta.

Como si supiera que sería incapaz de responder a la miríada de preguntas que tenía para él, Isobel no le dijo nada. Siguió hablando durante la cena con todos los que estaban sentados a la mesa, haciendo que su silencio fuera casi imperceptible. Athdar abandonó la mesa en cuanto le pareció oportuno hacerlo y ella le permitió irse solo a la habitación. Estaba sentado a la mesa, contemplando las piezas de ajedrez, cuando ella entró.

Empezaba a sentirse cada vez más frustrado por aquello. Sin sus padres y sin su hermana, no había nadie a quien poder pedir ayuda para aclarar aquella confusión. Sin saber qué decirle, abrumado por la vergüenza de su comportamiento y por los lapsos de su memoria, simplemente abrió los brazos y ella se acercó para dejarse abrazar.

La única persona con quien podía contar era ella. Ella lo hacía todo por él. Aunque no lo hubiera dicho, sabía que le quería. Esa noche necesitaba oír las palabras. La necesitaba a ella.

No le dijo nada, pero ella comprendió su agitación interna.

Los testigos le habían descrito lo sucedido antes de que ella llegara al salón; Athdar gritando al hijo de Ailis desde la galería, llamándole por el nombre de su padre y bajando las escaleras a toda velocidad antes de arrodillarse frente al chico. Después se había quedado mirándolo durante unos minutos antes de darle un fuerte abrazo, hasta que los gritos del chico parecieron sacarle del embrujo en que había caído.

Isobel sospechaba que no se acordaría de nada, igual que la última vez, y el hecho de haberlo hecho delante de su gente debía de estar torturándole.

Deseaba ayudarle, pero se daba cuenta de que necesitaba algo básico de ella. Algo que pudiera volver a conectarlo con ella. Algo que le demostrara su amor y le hiciera saber que estaba allí para lo que necesitara. La expresión sombría de su mirada la invitó a actuar.

Isobel se apartó de sus brazos, se quitó la ropa y lo colocó ante ella. Le rodeó y fue desnudándole poco a poco, prenda a prenda, hasta que quedó desnudo también. Su erección no le sorprendió; se excitaba con la más mínima caricia o mirada, lo cual hacía que se sintiese poderosa en su relación.

Primero necesitaba consuelo, así que le sentó al borde de la cama, ella se puso detrás y empezó a masajearle la cabeza y el cuello. Después le apartó el pelo hacia un lado y comenzó a besarle la espalda.

Sabía que necesitaba algo más que sus caricias aquella noche. En vista de sus dudas y de sus preguntas, necesitaba saber que ella estaría allí para ayudarle. Y tenía que contarle la verdad que había vivido en su corazón durante tanto tiempo.

Se puso ante él, se sentó en sus piernas e, intentando ignorar su miembro erecto, le sujetó la cara con las manos y lo besó en la boca. Una y otra vez, como hacía él con ella, fue besándole la cara, los labios, la barbilla, las mejillas, y finalmente poseyó su boca. Al deslizar la lengua en su interior, sintió sus manos rodeándole la cintura. Cuando finalmente sus lenguas se encontraron, Athdar la guio hacia arriba, hasta que pudo penetrarla.

Ella aceptó su miembro centímetro a centímetro mientras le besaba. Sintió un escalofrío en los pechos al sentir el vello de su torso acariciándole los pezones. Apartó la boca un instante y suspiró con placer. Sus cuerpos ya estaban unidos, y ahora deseaba su

corazón.

—Te quiero, Athdar —susurró contra su boca.

Él se detuvo, le apartó el pelo de la cara y tiró suavemente hacia atrás. Se quedó mirándola a la cara como si buscara la verdad.

—Te quiero —repitió ella.

Athdar la miró a los ojos. Sabía que se había entregado a él, pero ahora le estaba ofreciendo su corazón cuando más lo necesitaba.

—Oh, muchacha —susurró—. Dilo otra vez.

—Te quiero —repitió ella. Se pegó a su torso y comenzó a cabalgar encima de él—. Te quiero —susurró contra su cara—. Te quiero, Athdar MacCallum. Para siempre.

Entonces él tomó el control. Agarró su cuerpo y se dio la vuelta para tenerla debajo. Ella estiró la mano y le acarició la cara con gran ternura. Su cuerpo le instaba a moverse, a poseerla, a marcarla, pero su corazón deseaba saborear aquel momento tan especial entre ambos. Se movió dentro de ella muy despacio, tan despacio que fue una tortura para su autocontrol, pero deseaba que sintiera todo el amor que no podía expresar con palabras... todavía.

Cada vez que la penetraba, ella gemía. El suspiro que daba cuando se retiraba era música para su corazón. Deseaba que aquello durase para siempre y no tener que enfrentarse al resto; a las preguntas, a la duda.

—Athdar —gimió ella—. No lo soporto más. ¡Date prisa!

Él se rio; la voz suave de Isobel se había vuelto exigente mientras movía sus cadera para encontrarse con él. Le encantaba que le exigiese más. Deseaba dárselo todo.

La amaba.

La embistió con más fuerza y notó que las paredes de sus músculos se tensaban en torno a su miembro. Él estaba a punto de alcanzar el orgasmo y notó que ella empezaba a convulsionarse. Entonces, justo antes de penetrarla por última vez antes de llegar al clímax, levantó la cabeza y la miró.

—No me dejes nunca, Bel —susurró—. Nunca.

Ella sonrió.

—Nunca.

Isobel inclinó las caderas y le rodeó la cintura con las piernas. Su cuerpo explotó y se derritió en torno al suyo mientras gritaba entre sacudidas de placer. Él derramó su semilla en su interior mientras los músculos de Isobel se convulsionaban alrededor de su miembro.

No podía respirar. Solo podía sentir... sus cuerpos unidos... el corazón de Isobel latiendo bajo su pecho.

Si pudiera quedarse allí para siempre.

Pero no podía. Tenía que descubrir qué le ocurría y por qué.

Se giró hacia un lado y abrazó a Isobel sin estar muy seguro de qué decir. Se quedaron en silencio durante unos minutos hasta que ella lo miró.

—Dime cómo puedo ayudarte, Athdar. Dime qué hacer.

Aquel ruego le produjo gran dolor, porque no podía darle una respuesta.

—Dame tiempo, Bel. Solo dame tiempo.

Ella no dijo nada, solo asintió y se tumbó de costado. Athdar se acercó y la abrazó, pues no quería romper el vínculo que había entre ellos.

Después de verla planear sus cambios y hacer frente a los problemas, le encantaría contar con su ayuda. Pero, hasta que no supiera cuál era el problema, ni siquiera podría

pedírselo.

Su respiración se volvió tranquila y regular, e Isobel rezó para que su encuentro amoroso le hubiera ayudado. Declararle sus sentimientos había sido aterrador y, aunque él no había respondido, no le cabía duda de que la amaba. Lo veía en sus ojos cada vez que la miraba. Estaba en sus palabras cuando le hablaba o cuando la elogiaba delante de su gente. Estaba en sus caricias. Si no podía decirlo con palabras, no le preocupaba.

Mientras le escuchaba respirar, se maravilló por lo lejos que habían llegado. Le puso la mano en la cadera y la dejó allí para seguir conectada con él mientras dormían. Pasaron unos minutos, se quedó dormida, volvió a despertarse y se dio cuenta de que algo no iba bien.

Al estirar la mano no encontró nada junto a ella. La cama estaba fría, lo cual indicaba que se había marchado hacía tiempo. Ambos parecían utilizar la noche para aclarar sus ideas e, igual que ella se iba al telar, sabía que él paseaba cuando estaba inquieto. De modo que esperó un rato a que regresara.

Cuando consideró que había pasado más de una hora, más el tiempo que habría pasado antes de darse cuenta de su ausencia, se levantó de la cama y se vistió de prisa. Se envolvió con el tartán de Athdar y comenzó a buscarlo.

Veintiuno

Inspeccionó el salón, pero no lo encontró.

¿Habría abandonado la fortaleza?

Llegó a la cocina y tampoco lo vio allí. Salió por la puerta trasera, donde siempre había un guardia.

—¿Has visto al *laird*? —le preguntó.

—Se fue a los establos, milady —contestó el guardia—. ¿Voy a decirle que queréis hablar con él?

—No —respondió ella—. Iré a buscarle yo misma.

Le llevó unos minutos encontrar el establo. Con la escasa luz de luna, resultó difícil, pero pronto se aproximó al muro de piedra situado detrás del edificio principal. Pero tampoco había nadie allí, así que siguió bordeando el muro en dirección a la puerta... la puerta abierta. La abrió más, entró y miró a su alrededor. Aunque parecía haber unos ocho pesebres, solo tres tenían caballos. La antorcha situada en la pared le permitió ver a Athdar de pie frente a uno de los animales.

Se acercó a él y se detuvo a escasa distancia. Los caballos relincharon suavemente con la esperanza de que les llevara algún dulce, pero no llevaba ninguno. Athdar no pareció reparar en su presencia. Se quedó allí de pie, manipulando algo que tenía en las manos. Al acercarse, Isobel vio que se trataba de un pedazo de cuerda que estaba enrollando alrededor de su mano. Cuando terminó de enrollarla, la soltó y empezó de nuevo.

—¿Athdar? —Isobel se quedó donde estaba y volvió a decir su nombre.

—Cuerda. Necesito la cuerda.

No se lo dijo a ella directamente, y entonces se dio la vuelta y miró a su alrededor como si estuviera buscando cuerda. Al no encontrar nada, Isobel no supo si ir a buscar cuerda o no.

—Santo Dios, ¿dónde está la cuerda? —había tanto dolor en su voz que se le partió el corazón al oírlo. Aquello hizo que se moviera.

—Toma, Athdar. Aquí está —dijo ella, recogió el pedazo de cuerda que había dejado caer una vez más y se lo ofreció.

Cuando Athdar se dio la vuelta para mirar al suelo, ella vio aquella mirada vacía y supo que su mente y sus pensamientos no estaban en aquel establo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está la cuerda? —preguntó de nuevo, se arrodilló y empezó a buscar entre el heno algo que tenía justo delante de los ojos.

—Está ahí, Athdar —dijo ella.

—Da igual que se lo digáis, milady —dio un respingo al oír otra voz. Se dio la vuelta y vio que Broc estaba detrás de ella.

—¿Qué está haciendo? —preguntó. Athdar seguía rebuscando en el heno y no reaccionaba a sus voces.

—Es sonámbulo —respondió Broc—. Se dice que también lo hacía de niño, pero se le quitó antes de que casara con... Mairi.

—Entonces ha vuelto —dijo ella. Había oído hablar de gente que hacía aquello; podían mantener conversaciones, incluso comer y beber, y seguir dormidos. Pero nunca antes lo había visto.

—Creo que es lo que ocurrió en vuestra habitación aquella noche —explicó Broc. Isobel estuvo a punto de decirle que eso no explicaba las múltiples veces en las que no estaba durmiendo, pero decidió mantenerlo en secreto por el momento.

—¿Ha ocurrido otras veces? —preguntó Broc.

—En el salón. Hoy —todos lo habían visto y muchos habían hablado de esa historia, así que no era ningún secreto.

Athdar se puso en pie entonces y pasó frente a ellos como si no estuvieran.

—Debería irme —dijo ella, pues no quería perderlo de vista—. Broc, hablaré mañana contigo de esto.

Isobel también deseaba saber por qué Broc estaba vigilándolo esa noche, pero ya habría tiempo de preguntar eso tras asegurarse de que Athdar estuviese a salvo.

Lo siguió a través del patio hasta entrar en la fortaleza, antes de darse cuenta de que no llevaba zapatos. Y parecía no notar lo mientras caminaba descalzo sobre el suelo de piedra. Se fue directo a su habitación y se tumbó en la cama. Ella se sentó en la silla y lo vio dormir hasta que también se quedó dormida.

Cuando Athdar la despertó por la mañana y le preguntó por qué había dormido en la silla, decidió que era el momento de hablar claro entre ellos.

Isobel estaba sentada en la silla, echada hacia delante y durmiendo con la cabeza apoyada en la mesa. Athdar se levantó de la cama, se acercó a ella y se fijó en el barro que tenía en los pies. Confuso, pues no solo tenía los pies sucios sino que además estaba vestido, le tocó el hombro y ella dio un respingo.

—Isobel, ¿qué haces durmiendo aquí?

Isobel se frotó los ojos y él advirtió sus ojeras cuando apartó las manos.

—Quería saber si volvías a marcharte —susurró mientras se ponía en pie—. Entonces, ¿no recuerdas nada de los establos?

Al principio Athdar creyó que habría tenido una pesadilla, hasta que le miró los pies; sus pies descalzos y sucios, que no habían estado así al irse a dormir con ella. Tuvo el presentimiento de que no iba a gustarle lo que tenía que decirle, así que le dio la vuelta a la silla y se sentó.

—Después de que te quedaras dormido, abandonaste la habitación y la fortaleza. Te encontré en los establos —le explicó. Suspiró y se encogió de hombros, claramente exhausta—. Estabas buscando una cuerda. Y después más cuerda. Estabas muy nervioso.

Entonces Athdar se fijó en las lágrimas. ¡Maldición! Isobel nunca lloraba. Intentó estrecharla entre sus brazos, pero ella le apartó.

—Háblame de Robbie y de los demás chicos —le dijo—. ¿Qué ocurrió?

—¿Robbie? Robbie murió. Ya lo sabes. ¿A qué chicos te refieres? ¿Te refieres al hijo de Robbie?

—A Jamie, a Kennan, a Duff y a Robbie. Esos fueron los nombres que mencionaste cuando estabas borracho aquella noche.

Él negó con la cabeza e intentó recordar los nombres que había dicho. No recordaba haberlos mencionado entonces y no lograba recordarlos en ese momento. Aunque había conocido a Robbie más recientemente, no lograba ubicarlo de niño. Se encogió de hombros.

—No recuerdo a nadie con esos nombres.

—Intenta recordar, Athdar. Tenías unos siete años. Eran tus amigos. Algo les ocurrió.

Sus palabras fueron como puñetazos; la cabeza empezó a darle vueltas al tiempo que la oscuridad iba apoderándose de él. Intentó pensar en sí mismo con siete años, la misma edad que el hijo de Robbie. Algo se agitó en la oscuridad de sus recuerdos. Algo horrible. Nauseabundo. Un muro al que no se atrevía a acercarse.

El estómago le dio un vuelco y se dobló de dolor.

—Athdar, deja que te ayude —dijo ella. Pero el dolor y la oscuridad amenazaban con envolverle.

Pensó en otra cosa que no fueran los chicos, sus amigos, y empezó a calmarse. Tomó aire, intentó recuperar el control y se sintió mejor hasta que ella volvió a mencionarlos.

—Así no me ayudas, Isobel —le gritó. Tenía que hacer que parase. La oscuridad. El mareo—. ¡Déjalo estar! —ella se apartó de un salto. Obviamente tenía que mostrarse firme en eso o, igual que su hermana, Isobel se inmiscuiría y lo empeoraría todo... de nuevo—. ¡Déjalo estar y déjame en paz! ¡Ya!

Al principio Isobel pareció acobardarse con sus palabras, pero después se mordió el labio y adoptó una actitud desafiante.

—No puedo ayudarte si no lo intentas, Dar —le dijo.

—No quiero tu ayuda. Te has excedido con esto. No te he pedido ayuda. Déjalo estar.

¿Lloró entonces? No, ella no. Se colocó el tartán sobre los hombros y abandonó la habitación sin decir palabra. Y, gracias a Dios, sin hacer más preguntas.

Athdar miró a su alrededor en busca de algo que poder beber; tanto para calmar el dolor del estómago como para olvidar los nombres que ella había dicho. Era importante que los olvidara y nunca los recordara.

Al no encontrar nada, se fue a la cocina en busca del barril que guardaban allí. A juzgar por las miradas que recibió por el camino, supo que los demás habían oído la discusión. Mejor que recordaran que él era su *laird*, quien daba las órdenes allí.

Isobel estaba asombrada. Veía como Athdar luchaba con algo en su interior, como su expresión iba cambiando segundo a segundo después de que ella pronunciara esos nombres. Le vio llenarse de rabia para alejarla.

Había visto a otros hacer esto cuando el coste de aceptar o admitir algo pudiera ser demasiado, y lo veía en él también. Normalmente esa reacción la causaba el orgullo, pero, ¿en él? no tenía ni idea de qué causaba esa reacción en él.

Con o sin órdenes, había aprendido a hacer cosas sin que un marido lo supiera, y lo había aprendido de las mejores; de su madre y de la hermana de Athdar. Necesitaría más información si deseaba ayudarlo. Pensó en quién podría saber esas cosas y le vino a la cabeza el nombre de Muireall.

Después de lavarse en su antigua habitación, decidió ir a buscar a Muireall antes de que esta fuese a la fortaleza a empezar su trabajo. La mujer aún no había sacado todas sus pertenencias de casa de su hija, de modo que Isobel rechazó el desayuno que Jean le ofreció y fue a buscar algunas respuestas.

Pensando en todas las cosas que se habían dicho sobre el pasado de los MacCallum, pensó en Laria, que lo había vivido todo. Que se había ido amargando, como había dicho Muireall.

Y tenía que hablar con Broc de la noche anterior. ¿Por qué estaba en los establos al

mismo tiempo que Athdar?

No importaba con quién tuviese que hablar, porque estaba decidida a averiguar qué atormentaba a Athdar.

Muireall la recibió en la puerta y ambas regresaron andando a la fortaleza. Isobel no tardó en sacar el tema.

Cuando llegaron a la fortaleza, Isobel ya sabía lo del terrible accidente: un puente se derrumbó, mató a tres niños e hirió a otro. Solo Athdar salió ileso.

Pero lo más sorprendente de todo era que la madre de dos de los niños fallecidos, Duff y Kennan, era Laria. El comentario de Muireall sobre la amargura de Laria cobraba más sentido, aunque no imaginaba cómo la mujer podía quedarse allí y servir al hombre que había sobrevivido cuando sus hijos habían muerto. No tenía sentido que Laria y el padre de los chicos se quedaran allí después de semejante pérdida.

Apareció entonces en su cabeza la imagen del frasco de cristal verde. El elixir del sueño de Laria. La muerte de Iain.

¿Estaría todo relacionado? Isobel sabía que le faltaba algo, algo importante. Deseaba hablar con Athdar, pero eso no era una opción.

Los padres de Robbie y de Jamie se habían mudado después del accidente, algo que había organizado el antiguo *laird*. De modo que tenía sentido que Athdar dijera que conocía a Robbie de adulto; quizá se hubiese olvidado de que él también había estado involucrado en el accidente.

Pero, ¿era posible hacer eso? ¿Dejar algo en el fondo de la memoria hasta el punto de no recordarlo?

Le dolía la cabeza cuando llegaron a la fortaleza, tanto por la falta de sueño como por el esfuerzo de intentar resolver el enigma. Se dio cuenta de una cosa: no podía presentarse en el taller y preguntarle a Laria por sus hijos muertos. Incluso aunque hubiese una relación entre el sufrimiento de Athdar y ella, sería una crueldad hacerle eso a una mujer que había perdido a sus hijos.

Isobel recordaba a una de las aldeanas de MacLerie, Margaret, que había perdido a su marido y a su hijo en un terrible accidente y se había quedado sola. Connor y Jocelyn hicieron todo lo posible por abastecerla, pues las muertes habían tenido lugar mientras trabajaban en la cosecha. Margaret parecía estar bien, hasta que un día lo recogió todo, cerró su casa y se tiró por un precipicio.

Isobel se santiguó y rezó una oración por la pobre mujer. Nadie, ni las demás vecinas ni sus amigos más cercanos, tenía idea de la pena que llevaba dentro ni de los planes que tenía en mente. La gente sin consuelo a veces no veía salida y sufría terriblemente.

Atravesó la cocina y supo que debía descansar. Podría hablar con Laria más tarde. De modo que le dijo a Nessa, que había accedido a ser el ama de llaves, que estaría en su habitación. A nadie le pareció extraño mientras cruzaba el salón.

En cuanto se sirvió el whisky, Athdar supo que no era lo correcto. La última vez... bueno, la última vez había tenido efectos catastróficos y, como resultado, había acabado casado. Pensándolo detenidamente, él había ganado más con aquel acuerdo que Isobel. Había ganado una mujer y una esposa que velaba por sus necesidades y ella había ganado a

un viejo cascarrabias que se negaba a aceptar ayuda.

Aunque no pensaba decirle eso. Y, a juzgar por las miradas de odio que recibió por parte de los sirvientes, estaban de parte de ella.

Aún le dolía la cabeza por lo ocurrido aquella mañana. Recordaba la sensación que había tenido mientras ocurría, pero no podía hacer que parase. Cada vez que intentaba pensar en la noche anterior, le dolía la cabeza.

Isobel decía que había ido a los establos en busca de una cuerda. Era igual que la otra noche, al despertarse y encontrarla acurrucada en un rincón con Broc y los guardias en la puerta. E igual que el día anterior, cuando había vuelto en sí abrazado al hijo de Ailis.

El hijo de Robbie.

¿Le habría recordado el muchacho algo que no podía o no debía recordar? Se puso en pie y subió las escaleras decidido a ir al último lugar que recordaba. Frente a la habitación de Isobel. Había ido a buscarla. De modo que caminó hasta ese lugar y miró hacia el salón, como hacía cada vez que ella se encontraba abajo.

Había tres mujeres trabajando en los telares. Se rio al ver dos ruecas allí abajo. Más cambios efectuados por Isobel. Cuando se inclinó para verlas trabajar, no experimentó nada. Ni mareo. Ni oscuridad que amenazara con envolverle.

Nada.

Caminó unos metros y volvió a asomarse. Se quedó mirando los telares y a las mujeres que trabajaban en ellos, así como a los demás sirvientes que llevaban a cabo sus tareas. Alguno se quedó mirándolo y apartó la cabeza cuando él saludó. Volvió a moverse y probó desde otro ángulo antes de aceptar que no podía hacer que sucediera. Simplemente sucedía.

La puerta de la habitación de Isobel se abrió y allí estaba ella. Athdar pensó que iba a cerrarle la puerta en las narices, pero no lo hizo.

—¿Necesitas algo, mi querido marido?

Athdar apretó los dientes al oír el sarcasmo en su voz. La había tratado muy mal, sin importar que tuviera razón o no. Nunca había oído a Connor levantarle la voz a su esposa. Tendría que ofrecerle una...

—Isobel, yo...

—No quiero hablar contigo en este momento —dijo ella—. Te veré en la comida.

Entonces sí le cerró la puerta en las narices. Cuando se dio la vuelta para marcharse y miró por encima del muro hacia el salón, vio que algunas de las mujeres lo miraban con suficiencia. Habían oído la conversación y estaban de acuerdo.

Athdar se había olvidado de aquella parte del matrimonio; el dar y recibir. Lo malo con lo bueno. Y, a pesar de estar en el lado malo, le gustaba. Tendrían diferencias de vez en cuando, pero tendrían que encontrar la manera de solucionarlas. Mairi había sido una mujer decidida que nunca dudaba a la hora de decir lo que pensaba. Tal vez él hubiera permitido que el miedo a la maldición, real o imaginada, provocara aquella aversión al matrimonio, que había utilizado para evitarlo durante tantos años. ¿Habría sido un error?

No importaba. Ya estaban casados y celebrarían una ceremonia formal en cuanto llegaran sus padres y acordaran los detalles. Había reclamado su cuerpo y su corazón y se quedaría con ella. Sin importar lo que pasara.

Veintidós

Lairig Dubh

—No pienso esperar más, Connor.

Connor no había visto nunca a Rurik de esa forma. Ni cuando había rescatado a Margriet, ni durante el nacimiento de Isobel. Tampoco cuando se enfrentaba a la guerra, a la muerte y a la destrucción. Nada le había afectado nunca tanto como aquella situación con su hija.

—Los informes dicen que la nieve se está derritiendo y que el paso de las montañas estará despejado dentro de dos días —su capitán estaba de pie al otro lado de la mesa, con los brazos cruzados. ¡Que Dios se apiadara de Athdar MacCallum por desatar la ira de aquel hombre!

—Me marchó. Duncan atravesó el paso en pleno invierno cuando tuvo que hacerlo —argumentó Rurik—. Unos centímetros de nieve no me detendrán.

—Amigo, éramos mucho más jóvenes entonces —le dijo Connor—. Esto no es lo mismo. Isobel no corre peligro.

—Athdar es... —Rurik buscó las palabras apropiadas, pero Connor le interrumpió. Sin las mujeres presentes, podría ser sincero con él.

—Athdar MacCallum ha estado interesado por Isobel durante el último año. Cuando viene de visita, la vigila como un halcón vigila a su presa. La desea —dijo abiertamente—. Y es un hombre honorable. No deshonraría a tu hija ni a ninguna otra mujer.

—No se puede confiar en él y actúa sin pensar, Connor. Ya lo sabes.

—No era más que un crío cuando tuvisteis ese enfrentamiento —respondió Connor—. Ya pagó el precio. Se fue a casa, aprendió, se casó. Ocupó su lugar como *laird* y ha sido bueno con su gente y con sus tierras —se puso en pie y se acercó a su amigo para ponerle una mano en el hombro—. Y un matrimonio con tu hija, a pesar de lo que sientas, no sería tan malo, viejo amigo.

Rurik quería discutir; Connor lo veía en su expresión. Finalmente asintió.

—Si se casan, no tiene que caerte bien y ni siquiera habrás de verlo más de lo que le ves ahora —continuó Connor riéndose, pero después se puso serio—. Pero, si le creas conflictos, también te traerá problemas con mi esposa. Y eso... —no le hizo falta terminar la frase.

—¡Maldita sea, Connor! No puedo soportarlo cuando utilizas a Jocelyn en mi contra.

—Su hermano lleva su sangre, Rurik. Tú, aunque hayas sido su amigo durante décadas, no ganarás esa batalla. Así que actúa con precaución cuando llegues allí.

Rurik volvió a maldecir en varios idiomas.

—¿Estás diciéndome que no podré hacerle pagar si le ha hecho daño a mi hija?

Connor se rio de nuevo. Los antepasados de Rurik eran auténticos vikingos sedientos de sangre y despiadados. En ocasiones como aquella, veía que la sangra de los vikingos había pasado de generación en generación hasta llegar a él.

—Solo digo que te apoyo por completo, si esperas dos días más e intentas no

matarlo. Tal vez Duncan deba ir contigo. Podría arreglar las cosas de manera más civilizada.

—Si le ha hecho daño a mi hija de algún modo, Athdar necesitará más que un mediador para librarse de mí.

Rurik gruñó una última vez y se marchó. Cuando Connor vio marchar al hombre más leal que había conocido jamás, sabía dos cosas.

La primera, que Athdar iba a enfrentarse a la ira de un padre cuando Rurik llegase a las tierras de los MacCallum.

Y la segunda, que Rurik tenía un nuevo yerno aunque aún no lo supiera.

¡Que Dios se apiadara de ambos!

Isobel se sintió mejor tras cerrarle la puerta en las narices, y mucho mejor tras dormir un par de horas sin ser molestada. Sabiendo que Athdar estaba trabajando con los demás, sabía que estaba a salvo. Aunque eso no significaba que no deseara golpearle con algo...

Cuando bajó al salón, este estaba lleno de gente y resultaba agradable. El nuevo fraile había llegado antes de lo previsto y Broc estaba enseñándole el lugar. Empezaría a hacerse cargo de los documentos de la finca.

Las ruecas ya estaban colocadas y el invierno sería seguro y productivo para todas las mujeres que trabajaban hilando y tejiendo.

Broc regresó sin el hermano... Angus y fue a la estancia privada de Athdar. Aquel sería el momento perfecto para hablar con él. Sacó un objeto que había escondido en uno de los baúles de hilos y pesos, se lo guardó en el bolsito que llevaba en el vestido y lo siguió. Broc dejó un paquete sobre la mesa.

—Lady Isobel —le dijo—. El fraile ha traído un paquete para vuestro marido de parte del abad.

Isobel cerró la puerta. Se dio la vuelta y miró a aquel hombre que era siempre fiel a su marido, y se sintió culpable, como si estuviera pidiéndole que traicionara a su *laird*.

—Necesito tu ayuda, Broc —se sentó a la mesa y buscó un pedazo de pergamino que poder usar. La tinta y la pluma estaban en la estantería junto a ella, así que abrió el bote, mojó la pluma y se quedó mirándolo.

—Creí que Athdar ya tenía un secretario.

—Por favor, no bromees. Sé que te tiene por amigo y necesito tu ayuda.

El alegre y mujeriego administrador se puso más serio de lo que le había visto nunca.

—Decidme qué necesitáis.

—¿Siempre has vivido aquí? —preguntó ella primero. Necesitaba saber si estaba allí cuando ocurrió el terrible accidente.

—Sí, milady. Desde que nací.

—Para empezar —prosiguió Isobel—, ¿tienes recuerdos del accidente?

Broc frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Accidente? —miró a su alrededor como si estuviera intentando recordar—. No. ¿Cuándo fue?

—Cuando Athdar y Robbie tenían unos siete años.

—Ah —negó de nuevo y, aunque volvió a negarlo, ella vio algo en sus ojos que indicaba lo contrario—. Él, ellos... son dos años mayores que yo. No tenía edad para

recordarlo.

Estaba mintiendo. Ella no sabía por qué, pero no estaba diciendo la verdad. ¿Se atrevería a seguir haciendo preguntas o debería parar y rezar para que Broc no le contase nada a Athdar? Su marido la necesitaba, así que continuó.

—¿Cuándo tiempo llevaba Athdar casado con Mairi cuando ella murió?

—¿No es eso algo de lo que debéis hablar con él, milady?

—Broc, creo que está en peligro. Necesito saber más sobre quiénes han muerto aquí y por qué —Broc se quedó mirándola fijamente durante más de un minuto. Después, cuando ella creía que iba a negarse, respondió.

—Llevaban casados más de un año. Ella murió a los pocos días de dar a luz a su hijo.

—¿Tuvo problemas durante el embarazo? ¿Hemorragias? ¿Dolores?

—No. Mairi estaba sana y feliz hasta el día en que murió. Se desangró. Laria no pudo hacer nada por evitarlo.

Isobel estaba a punto de anotar los detalles cuando Broc mencionó el nombre de Laria.

—¿Lo intentó?

—Oh, sí que lo intentó. Se quedó con Mairi durante días enteros. Ayudándola en el parto. Intentó salvarlos a los dos.

Isobel garabateó algunas notas, en escandinavo, en el pergamino. Algo que su abuela le había enseñado hacía tiempo. Mucha gente de por allí podría leer gaélico, incluso inglés, latín o francés, pero ninguno sabría leer o escribir el idioma de los antepasados de sus padres. A veces resultaba útil conocerlo... sobre todo cuando deseaba mantener algo en privado.

—Háblame de Seonag.

—Seonag y Athdar llevaban casados casi cuatro años cuando ella falleció. Por una fiebre. Aquel año varios aldeanos murieron de lo mismo.

—¿Alguien sobrevivió a la enfermedad? —preguntó ella.

Broc se acercó a una de las estanterías, rebuscó entre los documentos hasta que encontró el que quería. Frunció el ceño y siguió leyendo.

—Creí que habían muerto más personas, pero solo fue Seonag.

—¿Athdar estaba con ella? —él asintió—. ¿Y no se contagió? —Broc negó con la cabeza y la miró fijamente al percibir lo que estaba sospechando—. ¿Y Laria?

—La trató durante días sin éxito. ¿Creéis que Laria provocó sus muertes?

¿Debía contarle toda la verdad sabiendo que antes había mentido?

—¿Por qué has mentido antes? Sabes lo del accidente, ¿verdad?

Broc suspiró y apartó la mirada, como si estuviera decidiendo si confiar en ella o no. Finalmente asintió antes de volver a mirarla. Por un instante, Isobel vio en su mirada la misma tristeza que había visto Athdar en varias ocasiones.

—Sí. Pero no sé tanto del accidente como de lo que el *laird* hizo para olvidarlo. Yo era más joven que Athdar y su amigo, y me impidieron seguirlos aquel día. Pero yo lo hice. Los seguí el tiempo suficiente para saber que no pasaron cerca de ningún puente. Se fueron en la dirección del antiguo molino.

—¿El antiguo molino? —Isobel solo había estado en el molino actual y no tenía idea de que hubiera otro.

—Sí. El río cambió su curso tras las tormentas hace unos quince años. El antiguo molino se secó, así que el *laird* ordenó que construyeran otro más abajo, donde las

corrientes aún eran fuertes. Pero no había ningún puente en esa parte del río que pudiera haberse venido abajo y matado a esos niños.

El sonido de unas pisadas al otro lado de la puerta los hizo detenerse. Los pasos siguieron su camino, pero Isobel se preguntó si alguien los habría estado escuchando. Aún le quedaban por saber muchas cosas.

—Dime una cosa. A partir de ese momento, ¿Qué fue de las familias de los chicos? De Duff, Kennan, Jamie y Robbie.

—Laria aún vive aquí. Ya lo sabéis. Y Robbie murió hace poco.

—¿Y su marido?

Broc negó con la cabeza.

—Murió en la misma época en que las otras familias abandonaron el pueblo —Broc se sentó de nuevo. No parecía sentirse cómodo con las preguntas—. Robbie... Ailis dijo que su corazón se rindió. Llevaba días quejándose de dolores en el pecho antes de que ocurriera.

Se inclinó hacia delante y se llevó las manos a la cabeza. Se había quedado pálido, e Isobel sabía que estaba pensando lo mismo que ella. Cada muerte de la que hablaban podía causar la alguno de los brebajes o medicamentos que Laria utilizaba. Broc comenzó entonces a sacar más documentos y a comprobar nombres y fechas en las que había muerto otra gente. Para cuando terminaron, Isobel tenía una lista de más de una docena de muertes sospechosas, y en todas estaba implicada Laria.

—Sigo sin poder creer que ella hiciera todo eso. ¿Todas esas muertes? ¿Qué os hizo sospechar de ella?

Isobel sacó de su bolso el frasco de cristal verde y lo dejó sobre la mesa.

—Esa es una de las botellas que utiliza Laria. Se las encargué para ella al vidriero del pueblo de al lado. Usaba diferentes colores para diferentes pócimas.

—¿Cuántas tiene de cada color? —preguntó Isobel, aunque, al haber trabajado con Laria, sabía cuántas tenía de cada color.

—Dos de cada.

—Estoy segura de que, si buscas en su taller, solo encontrarás una verde. Esta la encontré en casa del viejo Iain cuando me lo encontré muerto. Iain había hablado con Athdar sobre sus problemas con el sueño. Fui a hacerle algunas preguntas y estaba muerto. Y este elixir del sueño estaba lleno la última vez que lo vi.

—¿Lo habéis añadido a la lista? —preguntó Broc con manos temblorosas.

Isobel asintió.

—¿Qué debemos hacer ahora?

Isobel se recostó en su silla y en esa ocasión fue ella la que se encogió de hombros.

—Aún hay más misterios ocultos y me preocupa la reacción que pueda tener Athdar. Ha estado teniendo... ciertos ataques. Cada vez ocurren con más frecuencia, más desde que Robbie murió.

—Ya habían ocurrido antes. Al morir Mairi y Seonag, y también otros de la lista. Con todos y cada uno de ellos. La mayoría de las veces nadie se da cuenta. A veces tiene pesadillas. Otras veces sucede lo que visteis en los establos.

—¿Y tú le vigilas? ¿Por qué?

Broc se puso en pie y se dirigió hacia la puerta antes de darse la vuelta un instante. Entonces ella presenció la terrible tristeza de su mirada.

—Porque, aunque no pudo salvar a los demás, aquel día me salvó a mí al no llevarme con ellos. Yo sobreviví cuando los demás murieron —levantó el pestillo, pero

Isobel negó con la cabeza para detenerle. Se le había ocurrido una idea terrible y tenía que advertirle.

—¿Sabe alguien lo que me has contado? ¿Que se suponía que tú debías ir con los chicos? ¿Que sabes qué camino tomaron?

—No. Nunca se lo había contado a nadie, hasta ahora.

—Yo que tú seguiría así, Broc. Creo que Laria va a volver a matar y Athdar será su objetivo. No le proporciones otro.

—Y vos, milady, tened cuidado mientras veláis por la seguridad de vuestro esposo.

Broc se marchó primero. Después ella se guardó la botellita en el bolso, para deshacerse de ella cuando pudiera, y se aseguró de que todos los documentos estuvieran en el mismo lugar donde los habían encontrado.

Cuando se dispuso a levantar el pestillo de la puerta, se dio cuenta de lo mucho que le temblaban las manos.

Aún tenía que averiguar cómo demostrarle eso a Athdar. No se permitiría a sí mismo descubrir la verdad del pasado y, hasta que no lo hiciera, correría peligro.

Mientras se dirigía hacia la cocina, se paró a pensar en algo que todavía la inquietaba. ¿Por qué? ¿Por qué todas esas personas y no Athdar?

Ya casi ha llegado el momento.

Se ha enamorado de ella.

Solo importa si le causa dolor.

La angustia de perder a alguien a quien ama.

Ella cree que conoce la verdad.

Yo intento no carcajearme ante sus esfuerzos.

Le ama.

¿Quién de los dos debe morir primero y quién debe presenciarlo?

Veintitrés

Athdar durmió solo y decidió que no le gustaba. Al menos creía que dormía sin ella. Se levantó varias veces para ver si estaba en el telar intentando entender la situación, pero siempre se daba la vuelta en el último momento.

Había dejado que Isobel durmiera en su propia habitación porque no sabía cómo acercarse a ella. No comprendía lo que le estaba sucediendo y sus preguntas solo le recordaban que no tenía respuestas ni explicaciones.

Pensaba que, al hacer algunas de las cosas que Isobel le había pedido que hiciera, volverían a unirse. Como contratar al hermano Angus para que trabajara como secretario. Y, aunque ella no lo supiera, su comentario sobre la ausencia de misas regulares había hecho que se planteara construir una capilla y tener a un sacerdote residente en vez de tener que llamar a uno para funerales y bautizos... y bodas.

Había hablado con Broc para contratar a un constructor y a un cantero para hacer los planos de una nueva torre en la esquina norte de la fortaleza; una como la que tenían Jocelyn y Connor, con sus aposentos privados en el piso superior y la habitación de los bebés justo debajo.

Incluso se le había ocurrido un nombre que ponerle a la fortaleza; algo sencillo, algo que fuera de los dos. Caisteil Chaluim; Castillo Callum.

Todo eran planes que pensaba que a ella le gustarían.

Había estado ocupado el día anterior, trabajando en el pueblo una vez más.

Lo peor era no poder contarle por qué sus preguntas le molestaban tanto. No había podido entenderlo de inmediato, no hasta que había pasado la noche sin ella.

Isobel le consideraba un buen hombre. Le consideraba un buen *laird* para su gente. Le consideraba un hombre fuerte y cariñoso.

Todo mentiras.

Por dentro de la oscuridad y de la locura que se alzaba cuando pensaba en el pasado, habitaba la vergüenza. No recordaba cómo ni por qué aquello formaba parte de él. Solo sabía que una vergüenza terrible formaba parte de su pasado.

Le había fallado a Mairi. Le había fallado a Seonag. Y, en algún momento de su pasado, les había fallado a otras personas, y por eso muchos habían pagado el precio. Entendía que los sueños y los comportamientos extraños que padecía tenían que ver con eso. No quería estudiar muy detenidamente su pasado, porque sabía que, al hacerlo, le fallaría a Isobel.

Y sabía que no podría soportar hacerlo.

Deseaba ser el hombre, el marido que ella creía que era, pero le faltaba el valor para hacerlo.

Cuando aquel día se supo que el paso de las montañas estaba despejado, Athdar supo que se le estaba agotando el tiempo. Sus padres llegarían y la convencerían de todas las razones por las que debería abandonarlo, y la única razón que se le ocurría a él para que se quedara era el amor.

Pero, si los secretos de su pasado reaparecían en el presente, ¿bastaría con eso? Rezaba para que así fuera, pero temía que lo descubriría muy pronto.

Laria no estaba por ninguna parte. Isobel tenía razones de sobra para buscarla, pero no estaba en el taller, ni en la fortaleza, ni en el pueblo. Había decidido tratar con ella solo cuando hubiera gente delante hasta poder demostrar o refutar sus sospechas. No se pondría en peligro cuando creía que la curandera estaba usando sus talentos de la manera más diabólica posible y causando en su lugar la muerte.

De pie en el taller que ella misma había ayudado a montar, Isobel se quedó observando las diversas plantas y hierbas, algunas secas, algunas molidas, algunas en infusión. Y, gracias a lo que Laria le había enseñado, sabía utilizar todas y cada una para matar a alguien.

Cuánto deseaba tener a sus padres allí para poder hablar con ellos. O con Jocelyn. Pero sobre todo deseaba poder acercarse a Athdar.

Por desgracia, aunque habían mantenido muchas discusiones filosóficas y lógicas durante las horas que habían pasado juntos, aquella conversación no sería ni tranquila ni objetiva. Tras hablar con Broc comprendía que había algo oscuro y horrible ligado a los recuerdos que Athdar tenía del accidente que les había costado la vida a tres chicos.

Sacar el tema, aunque fuese idea de él, conllevaría la reacción física y emocional que Isobel ya había presenciado. Igual que un jabalí salvaje que se volvía más peligroso cuando se le acorralaba, aquel miedo que Athdar sentía dentro no desaparecería fácilmente, y ella temía que exponerlo abiertamente pudiera hacerle más daño que otra cosa.

¿Cómo entonces podría afrontarlo con sensatez?

Al pensar en sus objeciones y reservas con respecto al matrimonio, recordó que Athdar se creía víctima de una maldición divina o del destino. Se lo había dicho claramente, y había puesto a Mairi, a Seonag y a Tavia como ejemplos de lo que podría sucederle a ella si se casaban. Pero, si sus sospechas eran ciertas, Isobel sabía que lo que él pensaba que era una maldición era en realidad obra de una mujer movida por la pena y el dolor.

Lo que yacía detrás de sus preocupaciones y de sus esfuerzos por liberarlo de la carga de la culpa con la que había vivido tantos años era el hecho de que lo amaba. Deseaba amarlo. Pero liberarlo de su pasado era algo que no podría hacer por él.

Cuando ella le expusiera toda la información y lo que pensaba sobre cómo Laria había conseguido hacer aquello, lo demás dependería de él.

Y eso era lo que hacía que le temblaran las manos cuando Athdar la llamó a sus aposentos. Lo amaba, pero ¿la amaría él lo suficiente como para intentar escapar de la prisión que él mismo podría haberse creado?

La intención de Athdar había sido decirle solo dos cosas: que el camino estaba despejado y que sus padres llegarían en cuestión de días, y que Laria había tenido que irse a un pueblo cercano a asistir en un parto. Una de las chicas del pueblo le había dado la noticia, había dicho que Laria se había marchado de inmediato y que regresaría en unos días.

Pero ahora tenía una tercera cosa que preguntarle; algo que eclipsaba los otros dos asuntos.

Al mostrarle al hermano Angus su sistema para organizar los documentos, un pedazo de pergamino escrito con palabras extrañas había caído de entre dos de los documentos. Para su sorpresa, el hermano reconoció las palabras; era escandinavo, había

dicho, pues se había criado al norte de Caithness, donde los escandinavos habitaban gran parte de la zona.

Era una lista de nombres que comenzaba con los nombres por los que le había preguntado y continuaba con el nombre de sus esposas, de su prometida, de Robbie, del viejo Iain y algunos más. No le encontraba ningún sentido, pero hacía que se le revolviere el estómago y que le doliese la cabeza. Una parte de él deseaba volver a guardar el pergamino donde lo había encontrado. Otra parte de él deseaba quemarlo. Pero, al verlo, supo que Isobel estaba detrás de algo que podría ser peligroso para los dos.

El suave golpe en la puerta le distrajo, igual que se distraía siempre al verla. La echaba de menos. La deseaba.

Siempre.

—Adelante.

Isobel abrió la puerta y entró.

—¿Querías verme?

—Quería hablar contigo —sus ojos se iluminaron, buena señal, pero ¿cómo reaccionaría ante lo que había encontrado?—. Por favor, siéntate —Isobel obedeció y él se sentó frente a ella al otro lado de la mesa, con el tablero de ajedrez como recordatorio de tantas cosas.

—A mí también me gustaría hablar contigo —dijo ella.

¿Por qué estaba tan nervioso? Entonces Isobel vio el pergamino que tenía en la mano y supo que había encontrado su lista. Pero ¿entendería lo que significaba?

—¿Qué es esto, Isobel?

—¿Qué crees tú que es, Athdar? —le vio apretar la mandíbula y esperó. Era imposible que lo hubiera leído por sí mismo...

—El hermano Angus es de Caithness —respondió él.

—Entonces sí sabes lo que es.

—Lo que me gustaría saber es por qué husmeas en mi vida privada.

—Soy tu esposa, ¿no? ¿Acaso no merezco saber quién hubo antes de mí? —preguntó ella. Estiró el brazo y le arrebató la lista—. ¿No merezco saber cómo y por qué murieron? —se arrodilló entonces ante él y le estrechó la mano—. Athdar, algo pasa aquí. Lleva pasando mucho tiempo y creo que no tiene nada que ver con una maldición. Creo que Laria ha estado vengándose de ti.

Suspiró y esperó a que él reaccionara. Era evidente que estaba reflexionando sobre si sería ella la que estaba perdiendo la cabeza. Isobel sabía que debía mantener la calma o aquello no acabaría bien.

Entonces se dio cuenta de que un planteamiento calmado no lograría derribar las barreras que su pasado había erigido en su interior para protegerle de los secretos. Así que tomó aire y pronunció las palabras que creía que le obligarían a enfrentarse a la verdad.

—Jamie. Duff y Kennan. Robbie —esperó unos segundos antes de repetir los nombres—. Jamie. Duff y Kennan. Robbie.

—Te lo dije antes y te lo volveré a decir. No conozco esos nombres —Athdar se apartó de ella, se puso en pie y empezó a dar vueltas de un lado a otro de la habitación—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Jamie era el hijo mayor del curtidor. Robbie, tu mejor amigo. Duff y Kennan eran hijos de Laria. Y murieron, junto con Jamie, en un terrible accidente del que solo tú tienes constancia, Athdar. Tienes que recordar. O me temo que seguirá matando gente hasta que lo hagas —sabía que estaba presionándole demasiado, pero solo conseguiría liberarse del

terror que le controlaba si lograba recordar.

Había comprendido la lógica que escondía la locura de Laria durante la noche. Pero no en el telar, donde solía encontrar respuestas, sino tumbada en su habitación, contemplando el techo e imaginándose una partida de ajedrez. No se trataba tanto de vengarse como de causar el máximo dolor posible antes de ponerle fin.

Una telaraña tejida con esperas, silencios, planes... y asesinatos. No todos al mismo tiempo. No todos eran culpables del pecado que residía en el centro de todo.

Isobel sabía que Athdar era quien estaba en el centro de todo aquello.

—Laria no tiene hijos. Es viuda y nunca ha tenido hijos —protestó Athdar.

Isobel era nueva allí. Isobel se equivocaba. ¿Hijos? ¿Laria había tenido hijos? No. Él nunca le había oído hablar de ellos en todos los años que había estado trabajando para su clan. ¿O se habría olvidado de ellos igual que se había olvidado de otros?

—Duff y Kennan. Se llevaban once meses de diferencia. Murieron el verano en que Robbie y tú teníais siete años —Isobel se levantó y se acercó a él. Cuando le tocó la mano, Athdar se apartó y se pasó una mano por el pelo.

¿Podrían ser ciertas sus palabras? De ser así, ¿quién salvo un loco se olvidaría de sus amigos? Algo oscuro se agitó en su interior, dejando a un lado su razón mientras se obligaba a escucharla. Después negó con la cabeza y trató de ignorar las dudas y las corazonadas. Pero algo en su pasado, algo oscuro, no le dejaba en paz.

—He dicho que Laria no tiene hijos. Y Robbie ha sido mi amigo desde que se casó y se mudó aquí hace algunos años.

Los pensamientos y las preguntas se agolpaban en su mente, pero no sabía qué pensar ni qué decir. Las palabras de Isobel le inquietaban tremendamente y se preguntó si aquella confusión interior sería algo más peligroso que un simple olvido.

¿Sería locura al fin y al cabo? ¿Habría estado ignorando las señales? Las voces que oía. Las veces en las que entraba en trance y no recordaba lo que acababa de hacer. La rabia y el miedo que parecían habitar bajo su piel, siempre amenazando con salir a la luz.

Santo Dios, estaba loco.

Y Bel se había casado con él y había atado su destino y su vida a un hombre que perdía a todas las personas a las que se atrevía a amar. ¿Y si en realidad era él el causante de todo? ¿Y si él les había arrebatado la vida a todos los que aparecían en la lista? Tal vez su locura le impidiese recordar sus actos más oscuros. ¿Cómo podría proteger a Isobel?

Apretó los puños y los aflojó varias veces mientras la confusión y el miedo trataban de apoderarse de él nuevamente. Pero, ¿quién protegería a su Isobel si él no podía?

Isobel vio el dolor y el miedo en su interior intentando guarecerse. Aquello había gobernado su vida durante años, sin él ni siquiera saberlo.

Su expresión se quedó en blanco. El vacío empezaba a tomar el control para que él no pudiera pensar. Pero Athdar estaba luchando, ella lo notaba, lo veía... y el corazón se le partía.

Si Athdar no podía dar el primer paso y recuperar el control sobre su alma, ¿cómo podría ella hacer algo para ayudarlo? Sintió un tremendo dolor en el pecho al comprender que ella no podría quedarse allí, que no podría seguir siendo su esposa si no estaba dispuesto a creerla. Temía que su final se acercaba y no podía hacer nada por evitarlo.

Peor aún, incluso aunque Athdar hubiera leído su lista y supiera de sus sospechas, seguía sin poder aceptar que alguien más pudiera ser culpable. Si no podía intentar creerla, Isobel no podría ayudarlo como pensaba que podría.

Había sido muy presuntuosa al pensar que conocía el mejor camino para él y que

podría mostrárselo. Qué idiota.

Siempre habría un desencadenante acechando, esperando a provocar aquellos ataques. Si era feliz, la culpa acecharía en la oscuridad. Si estaba triste, acecharía el miedo. Una historia sin final de la que nunca podría librarse. Y en ese momento Isobel se rindió.

Athdar vio la desolación en sus ojos y esperó las palabras que sabía que le condenarían a la oscuridad eterna.

—Athdar —dijo ella—, no puedo hacer esto. No puedo vivir con tu pasado y este dolor entre nosotros. No puedo vivir con miedo a decir algo equivocado o hacer algo equivocado. No puedo vivir sin ser capaz de ayudarte.

—Dijiste que serías mía por siempre, Isobel —Athdar necesitaba que se quedara. Necesitaba su amor. Necesitaba...

Isobel se apartó de él en ese momento, y el dolor que le produjo aquel sutil movimiento hizo que le resultara difícil respirar.

—Deseo estar contigo por siempre, Dar —susurró—. Pero no me dejas ayudarte ni das los pasos para ayudarte a ti mismo.

Athdar había oído sus palabras y deseaba creerlas. Deseaba creer que no hubiera maldición. Que todo había sido obra de una persona. Sin embargo, temía que él pudiera ser más responsable que cualquier otra persona.

Y, si era él, si estaba luchando no solo contra su pasado sino también contra un futuro de locura, ¿cómo protegería a Isobel?

Solo había una manera de asegurarse de que estuviera a salvo; a salvo de una maldición, a salvo de un loco o de una loca, en caso de que Laria estuviera detrás de todo aquello. Se irguió y miró hacia la ventana de la habitación.

—Creo que pronto tendremos visita. Te había llamado para decirte que el camino ya está despejado para viajar.

—¿Mis padres? ¿Mi padre está de camino? —preguntó ella.

—Sí. Imagino que tu padre será el primero en llegar. Creo que deberías hacer planes para marcharte y regresar con él a Lairig Dubh.

¿Funcionaría? ¿Podría alejarla de él? ¿Podría salvarla? Esperó a que hablase, pero solo oyó el sonido de su respiración.

—¿Es eso lo que deseas, Athdar? —preguntó.

Athdar sabía qué palabras pondrían fin a aquello, pero, incluso sabiendo que así Isobel estaría a salvo, su corazón no deseaba que las dijera. Que las usara en su contra.

—Durante años me he convencido a mí mismo de que no deseaba volver a casarme. Entonces llegaste tú sin avisar y, bueno, ahora estamos casados.

Vio que Isobel tomaba aliento, como preparándose para lo que pudiera decir. Se dio entonces la vuelta, pues no podría decir las palabras mirándola a los ojos.

—Fue un error hacer esto; volver a casarme fue un error. Tú eres un error.

Se obligó a no darse la vuelta hasta que ella saliera de la habitación.

Si estaba volviéndose loco, sería sin ella.

El sonido de sus pasos sobre el suelo de madera resonó en el vacío en que se convertiría su vida sin ella. Se arriesgó a girar la cabeza ligeramente para verla por última vez.

Isobel se detuvo junto a la mesa, estiró el brazo y agarró una de las piezas de ajedrez antes de salir corriendo de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras ella, Athdar se acercó al tablero y se dio cuenta de qué pieza era.

Se había llevado su reina negra.

No importaba, porque nunca volvería a juzgar con esas piezas. No volvería a mirar ese tablero, porque solo la vería a ella cuando lo hiciera.

Ahora que había conseguido ahuyentarla con sus palabras y con su falta de fe en ella, se preguntó si la locura resurgiría para apoderarse de él por completo.

Veinticuatro

Llegó la mañana e Isobel se vistió en silencio. Atravesar el salón fue una tortura, pues estaba lleno de recuerdos maravillosos que atesoraría en su corazón por siempre. Sin duda mucho más que el año y un día que duraba su matrimonio.

Aunque algunas de las mujeres ya habían llegado para ponerse a trabajar, no podía hablar con nadie. Solo Padruig lo intentó, pero tuvo que apartarle. Nessa la abrazó y le deseó buen viaje. Jean contuvo las lágrimas que ella no podía contener. Incluso Ceard se cruzó de brazos y murmuró algo sobre Athdar.

Él los necesitaba. Necesitaba a su gente porque ella no estaría allí para ayudarle. Era un fracaso, sin duda, pero Isobel sabía hasta dónde llegaban sus habilidades y su amor. Quedándose acabaría con ese amor más deprisa que marchándose y dejándolo morir. Broc lo había preparado todo y el caballo ya estaba ensillado fuera. Había dos guardias montados esperándola.

Tenía poco que llevarse consigo, dado que su ropa había regresado junto con su madre. De modo que solo llevaba una pequeña bolsa atada a su silla... y la reina negra. No podría dejarla allí para que la usara otra persona.

Tal vez fuese más celosa de lo que había imaginado.

Llevaban suficientes provisiones para atravesar las montañas; era un viaje de dos días como mucho, ahora que la nieve se había derretido. Después se encontraría con los escoltas de Lairig Dubh. Broc había enviado a unos mensajeros para que estuviera todo preparado para llevarla de vuelta a casa.

Pronto la fortaleza de Athdar se convirtió en una sombra tras ella. Frente a ellos se abría el camino. Sentía tanto dolor en el corazón que no era capaz de hablar con los guardias, así que guardó silencio mientras cabalgaban. Solo le preguntaron por su comodidad y, cuando se detuvieron a comer, los evitó.

Acababan de almorzar y estaban a punto de volver a subirse a los caballos cuando uno de los guardias comenzó a atragantarse y a toser. De repente el otro guardia hizo lo mismo. Horrorizada, Isobel vio como, en pocos minutos, quedaron inconscientes y al borde de la muerte. Habían compartido la misma comida, así que esperó a empezar a notar los síntomas mientras rezaba para que Athdar estuviera a salvo.

Pero no habían compartido el odre de cerveza.

¿Podría haber algo en la cerveza? En su lugar, ella había bebido de un odre que contenía la infusión de betónica que tanto le gustaba. Jean había dicho que... oh, Dios. Ella no lo había preparado. Estaba ya esperándola por la mañana.

El sol empezó a volverse borroso e Isobel notó que le pesaban las piernas. Sabía que Laría debía de andar cerca, observándola y esperando a que cayera, así que se agarró la falda y salió corriendo. Pero fue moviéndose más despacio a cada paso hasta caer junto al camino, incapaz de moverse a pesar de saber que la muerte acechaba.

¡Athdar!

«Athdar», pensó mientras su cuerpo empezaba a apagarse. «¿Me recordará? ¿O me desvaneceré en la oscuridad de su memoria igual que los demás?».

—¿Athdar?

—¡Déjame en paz! —gritó él desde dentro. El whisky no podía bloquear las voces ni los recuerdos.

Isobel se había ido. Le había abandonado tras jurar que nunca se marcharía.

—¡Maldita sea, Dar! Abre la puerta antes de que la tire abajo —dijo Broc desde el otro lado, aunque el tono furioso de su voz no le hizo cambiar de idea.

—Vamos, amigo. Isobel está en peligro —sin embargo, la afirmación de Padruig sí le hizo reaccionar.

Se tambaleó hasta la puerta y levantó la barra momentos antes de que sus dos amigos irrumpieran en la habitación. Le derribaron y él esperó a que se le quitaran de encima.

—¿Dónde está Bel? —preguntó mientras se levantaba y se apartaba el pelo de la cara.

—Acaba de llegar esto del pueblo —Broc le entregó un pequeño paquete envuelto en papel.

Empezó a rasgarlo y se lo devolvió a su amigo para que lo abriera con más cuidado. Padruig daba vueltas de un lado a otro con la mano en la empuñadura de su espada, esperando órdenes. Cuando el objeto cayó al suelo al desenvolverlo, se apresuró a recogerlo.

Athdar había visto aquella letra antes, cuando Laria escribía instrucciones o una lista de ingredientes que necesitara. Era la misma letra.

Ven a averiguar la verdad.

Ven solo o ella morirá.

Te espero.

La justicia te espera.

Padruig estiró el brazo y dejó caer sobre su mano el objeto que había recogido del suelo.

Era la reina negra.

Isobel no creía que la hubiese visto llevarse la pieza, pero sí la había visto. Pero no había podido encontrar las palabras para decirle que no lo hiciera, o para rogarle que se quedara.

Laria la tenía prisionera y la mataría si no las encontraba.

Solo lograría llegar hasta ella si se enfrentaba a la oscuridad de su memoria.

Su negativa a hacer eso el día anterior había hecho que Isobel se marchara. Pensaba que estaría más segura lejos de él, pero solo había conseguido que Laria la atrapase.

Apretó con fuerza la pieza de ajedrez y volvió a leer la nota. ¡No decía dónde encontrarlas! Athdar sabía que no podría ayudarla sin enfrentarse a la locura que crecía en su interior.

—¡No sé dónde está! —exclamó—. ¿Cómo las encontraré? —Broc lo agarró cuando cayó al suelo de rodillas.

Tenía que pensar. Tenía que concentrarse.

Tenía que recordar el accidente del que Isobel le había hablado.

Recordó los nombres que ella le había dicho una y otra vez e intentó abrir el oscuro

pozo de su interior para encontrarla. Los dijo en voz alta sin importarle quién pudiera oírle.

—Jamie. Duff y Kennan. Robbie —nada—. Jamie. Duff. Kennan. Robbie —nada.

—Athdar —dijo Broc—. Yo sé dónde están. Sé dónde está Isobel.

—¿Cómo lo sabes? ¿Laria te dijo algo?

—Yo te seguí. Te seguí aquel día.

—¿Qué día, Broc?

Sus recuerdos comenzaban a alterarse. Broc de niño, más joven que él. Broc escabulléndose detrás de él, a escasos metros de distancia.

—¿Dónde, Broc? Dime dónde —gritó mientras abría su baúl y sacaba su daga. Se dio la vuelta y esperó a que Broc le dijese el lugar.

—El molino. El antiguo molino.

Estuvo a punto de decirle que ese lugar no existía, pero entonces una imagen surgió en sus pensamientos. Habían dejado atrás el molino, riéndose y evitando el lugar donde la corriente era más fuerte. Después se habían metido en el bosque.

—Ya sé dónde está —salió de la habitación y fue corriendo a los establos.

Padruig y Broc le siguieron de cerca y le alcanzaron mientras ensillaba un caballo. Sacó al animal de la cuadra y lo montó. Deseaba marcharse, pero necesitaba algo. Necesitaba llevarse algo. Algo...

—Toma —dijo Broc lanzándole una cuerda—. Tienes que llevarte la cuerda.

No podía explicar por qué Broc sabía tal cosa, pero era justo lo que necesitaba.

—Hablares más tarde. Cuando la hayas traído de vuelta —dijo Broc, le dio una palmada en los cuartos traseros al caballo y el animal se alejó trotando.

Athdar atravesó las puertas y se dirigió hacia el molino mientras intentaba descifrar en qué dirección ir. Entonces oyó unas risas infantiles en su cabeza y vio a un grupo de niños borrosos corriendo frente a él. Solo los locos veían y oían a gente que no existía. Pero los siguió a través del bosque, aun sabiendo que no podían ser reales. Le llevó un tiempo llegar al molino actual. Y entonces supo dónde estaba el antiguo.

El sol comenzaba a aproximarse al horizonte, y aquello le produjo un vuelco en el estómago. Jamás encontraría el camino en la oscuridad, igual que no pudo encontrar el camino aquella noche de hacía tanto tiempo. Cegado por el sudor, siguió cabalgando sin detenerse. Cada vez que creía estar perdido, los cinco chicos fantasmales aparecían ante él, riéndose y corriendo como habían hecho aquel día, sin saber que la muerte estaba cerca. Por fin divisó el lugar donde el camino se apartaba del lecho del río y se adentraba en el bosque, y supo que andaba cerca.

El camino desapareció, lo que hizo que resultara difícil avanzar con el caballo, así que desmontó y siguió a pie. Tras dar dos pasos, supo que necesitaba la cuerda, así que la soltó y se la puso al hombro. Acababa de darse la vuelta cuando oyó el crujido de las ramas secas tras él y fue derribado, aunque no por Laria, sino por un gigante.

—¿Dónde está, Athdar? —preguntó Rurik. Le levantó del suelo y volvió a golpearlo—. ¿Qué has hecho con ella?

—Laria —contestó él cuando recuperó el aliento y levantó una mano para parar el siguiente puñetazo—. La tiene Laria. Está esperándome.

Rurik le dejó caer al suelo y se agachó junto a él.

—¿Por qué? ¿Qué está planeando?

Athdar se limpió la sangre de la boca con la mano.

—Quiere matarme. Está usando a Isobel como cebo para atraerme.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó Rurik poniéndole en pie de nuevo.

Athdar pensó en todo tipo de cosas que decir y que no decir, pero solo una persona le importaba en ese momento.

—Ya podrás echarme la culpa más tarde, Rurik. Matará a Bel al caer la noche si no llego allí antes —consiguió ubicarse mientras le venían a la memoria los recuerdos de aquella noche perdido en el bosque, corriendo en círculos— ¿Cómo me has encontrado? —le preguntó a Rurik mientras corría hacia el oeste.

—La he rastreado desde el camino principal —contestó el padre de Isobel mientras caminaba junto a él—. Encontré muertos a los guardias y seguí las señales.

Estaban muy cerca ya. Athdar se detuvo y miró entre los árboles en busca del lugar donde...

La flecha alcanzó a Rurik con una precisión asombrosa.

—Te dije que vinieras solo —era la voz de Laria, procedente de algún lugar cercano.

—Rurik —susurró, y se agachó justo donde Rurik yacía boca abajo. No se movía. La flecha le había alcanzado en la espalda.

De todas las maneras en que había pensado que moriría aquel orgulloso guerrero, esa no era una de ellas.

Rurik debería haber muerto con una espada en la mano, no asaeteado por la espalda por una loca cuyo objetivo era él. Estaba a punto de moverse cuando Rurik le agarró la pierna.

—Deja que te ayude —dijo Athdar agarrándole del cinturón para tirar de él.

—No —contestó Rurik—. Ve a por Isobel. Protege a mi hija —Athdar notó que dejaba el cuerpo muerto. Debía llevarlo hacia el molino. Broc acabaría por enviar a los guardias, estos encontrarían a Rurik y así tendría oportunidad de sobrevivir. Pero su intención de ayudar a Rurik se esfumó cuando Laria volvió a hablar.

—Recuerda, si me matas, no la encontrarás a tiempo. Ven aquí, chico —ordenó.

Athdar siguió el sonido de su voz mientras Laria continuaba hablando y advirtió un movimiento frente a él. Entonces, cuando creía que podría alcanzarla, un torrente de pánico le invadió y le dejó helado.

Al principio no lo había reconocido.

Un barranco se abría ante él y el fondo no se veía desde donde se encontraba. En ese instante, los sonidos y las imágenes de aquel día se precipitaron en su cabeza.

—¡Venid! —gritó—. No es tan ancho como para detenernos. ¿Tenéis miedo de saltar?

Lo tenían, pero siguió provocándolos.

—Tomad carrerilla y lo conseguiréis —vio la incertidumbre en sus caras, y no quiso permitir que eso les arruinara la aventura—. ¡Cobardes! Solo los cobardes desobedecerían a su jefe.

Athdar les vio darse codazos los unos a los otros, asintiendo y retrocediendo para tomar carrerilla antes del salto. Con una sonrisa, se cruzó de brazos como solía hacer su padre y esperó a que llegasen a su lado. Uno tras otro fueron saltando sobre la zanja.

Sus gritos se convirtieron en alaridos mientras se precipitaban barranco abajo. Athdar se quedó mirando horrorizado cuando los gritos dieron paso a un silencio mortal. Solo el sonido de su respiración rompió ese silencio cuando se acercó al borde y miró hacia abajo.

El fondo estaba a unos seis metros de distancia y sus amigos yacían dispersos por el suelo.

Ahora estaba de pie en el borde y miró hacia abajo. Los cuerpos seguían frescos y cubiertos de sangre como hacía más de treinta años. Jamie y Robbie, sus primos. Duff y Kennan, los hijos de Laria. Jamie ya estaba muerto con el cuello partido. Kennan y Duff habían aterrizado el uno junto al otro, ensartados en el tronco de un viejo árbol que crecía en el fondo del barranco. Solo Robbie seguía con vida.

Aquellos cuerpos desaparecieron de su vista y fueron reemplazados por algo más horrible; Isobel yacía inconsciente en el fondo.

—Si está herida... —comenzó a gritar.

—Ella es la única que lamento —dijo Laria desde el otro lado del precipicio—. Ella comprendía la pena de una madre. Me pidió que le enseñara. Es una pena que te enamoras de ella. Así que tenía que llevármela. Tenías que recordar el dolor. Tenías que sentir el dolor con el que yo he vivido cada día por tu culpa.

¿Cómo podía razonar con una loca?

Era imposible, así que, en su lugar, comenzó a buscar un medio de llegar hasta ella. Al darse cuenta de que Laria estaba muy cerca del borde, comenzó a bordear el barranco. Como imaginaba, ella se movió al mismo tiempo, imitando sus pasos desde el otro lado y sin dejar que él se acercara. Mientras Athdar caminaba por el borde, pisaba con fuerza el suelo para intentar que la arena se soltase.

—Yo era un niño, Laria. Ya lo sabes —dijo sin dejar de mirar a Isobel al fondo del barranco, por si se despertaba—. Mi único pecado fue ser un niño estúpido y orgulloso —recordaba bien las palabras que habían hecho que sus amigos se precipitaran al vacío.

Pero era solo un niño. Había sido un terrible accidente.

—Deberías haberte acordado de ellos. Deberías haber pagado el precio —contestó ella.

Seguía llevando el arco con una flecha preparada, de modo que había que tener cuidado. Cuando creyó que el suelo ya no podría aguantar más sin ceder, Athdar comenzó a correr. Laria era mayor que él y no podría alcanzarlo.

—Debería haberme acordado de ellos, debería haber...

En el fondo, Athdar sí se había acordado de ellos. Le había causado pesadillas, sonambulismo y un dolor para el que no tenía explicación. Tal vez no se hubiera dado cuenta, pero había llevado a sus amigos en su alma mientras esperaba a que su mente los recordara.

—Me acuerdo de ellos, Laria —gritó al detenerse junto al borde—. Recuerdo a Duff y a Kennan.

Laria intentó detenerse, se tambaleó y perdió el equilibrio al inclinarse hacia delante. Al echarse hacia atrás para intentar compensar la inercia, cayó y resbaló por el lateral del precipicio, llevándose la tierra del suelo con ella.

Athdar vio como en el último segundo salía despedida hacia delante y se estrellaba contra una de las piedras del fondo. Murió al instante con el cuello roto por el impacto.

Athdar se apartó el pelo de la cara, estudió el borde resquebrajado del barranco e intentó averiguar cuál sería el mejor lugar para bajar a por Isobel. Sacó la cuerda que llevaba y, tras hacer un nudo en un extremo, la pasó alrededor de un árbol robusto y la dejó caer por el precipicio. Temía que no fuera lo suficientemente larga, pero sonrió al ver que llegaba hasta el fondo. Solo podía pensar en Isobel, de modo que tomó aliento y descendió con la cuerda hacia el abismo de sus pesadillas.

Cuando llegó hasta ella, le tocó la cara y vio que estaba caliente. Sin demorarse, la tomó en brazos y oyó que gemía ligeramente. Albergaba la esperanza de haberla

encontrado a tiempo. Aún tenían que salir del precipicio, pero lo conseguiría.

Tenía que hacerlo.

Le llevó más tiempo del esperado, pero por fin logró sacarla y la dejó tendida en el suelo. Le dio una palmadita en la mejilla y consiguió despertarla. Abrió y cerró los ojos varias veces antes de poder reconocerlo.

—Dar —susurró—. Me has encontrado.

—Sí. Y no pienso dejarte marchar. Nunca, Isobel. Eres mía.

Veinticinco

Bel sonrió levemente y volvió a quedarse dormida antes de que él pudiera seguir hablando. Buena señal, teniendo en cuenta la terrible noticia que tendría que darle cuando despertara. Al darse cuenta de que no podría cargar con ella hasta el molino, donde podría encontrar ayuda, buscó por los alrededores hasta encontrar el caballo de Laria.

Sabiendo que estaba viva, la llevó a casa de Lyall, cerca del molino, todo lo rápido que pudo. Tras dejarla al cuidado de Lyall, regresó donde había dejado a su caballo, junto al cuerpo de Rurik. Sabía que el caballo de Rurik también debía de andar cerca, de modo que silbó como había oído silbar a Rurik y el animal se acercó trotando. Una vez más, le llevó más tiempo del que esperaba, pero no podía dejar al padre de Isobel tirado en el barro después de haber intentado salvarla.

Hacía horas que había anochecido cuando consiguió sacar del bosque al caballo de Rurik, que transportaba su cuerpo. Para entonces, Broc, Padruig y un contingente de guerreros MacCallum estaban allí para ayudar.

Isobel salió entonces de casa de Lyall acompañada de este. A juzgar por su manera de caminar, debía de estar magullada tras la experiencia. Cuando le vio, dio un paso hacia él, pero entonces vio el cuerpo de su padre tendido sobre el caballo. Dio un grito, corrió hacia él y se detuvo cuando Athdar la estrechó entre sus brazos.

—Lo siento, mi amor—le susurró—. Laria... le disparó.

—Y estuvo a punto de matarme —murmuró Rurik.

Isobel volvió a gritar cuando su padre levantó la cabeza. Ambos corrieron para ayudar a los demás a moverlo. Al parecer el gigante medio escocés y medio escandinavo era duro de matar.

Con el carro del molino llevaron a Rurik de vuelta a la fortaleza, donde Ceard utilizó su habilidad con el cuchillo para sacarle la flecha. Sabiendo que estaba en buenas manos, Athdar se llevó a Isobel a sus aposentos, donde pensaba pasar varios días repasando las razones por las que debían seguir juntos. Y no permitió que los gritos de su suegro les molestaran durante ese tiempo.

Ningún MacCallum se atrevió a acercarse a su habitación en los días posteriores. Cuando Rurik pudo levantarse de la cama y llegar hasta allí, solo le hizo falta un segundo para darse cuenta de que no tendría ninguna posibilidad de volver a separarlos jamás. Estaba bastante seguro de haber puesto la misma cara al rescatar a la madre de Isobel tantos años atrás.

Peor aún, o mejor, dependiendo de cómo se mirase, Athdar había logrado salvar a la joven que Rurik había reconocido como hija de su corazón cuando él no había logrado hacerlo.

Cuando Jocelyn y Margriet llegaron, Rurik había empezado a acostumbrarse a la idea de que estuvieran casados; o más bien había dejado de oponerse a ella. Tal vez, teniendo en cuenta que Athdar había vuelto a por él, aun dándolo por muerto, tenerlo como

verno no fuera lo peor del mundo.

Epílogo

Caisteil an Dòchais
Castillo Dochash; Castillo de la esperanza
Primavera de 1376

No había pasado un año y un día, pero era todo lo que Athdar estaba dispuesto a esperar antes de formalizar su unión. Aunque aún quedaba tiempo para que la nueva torre y la capilla estuvieran terminadas, decidieron que el salón les serviría.

Y, teniendo en cuenta que Isobel estaba embarazada, prefería hacerlo antes del parto. Rodeado de muchos MacLerie y MacCallum, dijeron sus votos y habría jurado que hasta su padre celebraba el matrimonio.

Al darse cuenta Isobel de lo que pasaba y explicarle los planes de Laria, que se había cobrado más de una docena de víctimas en los últimos treinta años, le había devuelto su alma y su mente. Ahora que podía contar la verdad sobre el accidente y entender su participación en él, era capaz de llorar la pérdida de sus amigos.

Las pesadillas y los ataques habían cesado durante los meses que habían transcurrido desde aquella noche. Gracias a su amor por Isobel, se enfrentó al negro abismo aquella noche y la rescató. En realidad había sido ella la que le había rescatado a él, y no pasaba un solo día sin que Athdar le demostrase lo que significaba para él.

Después de los votos, después de la celebración, después de todo lo que tuvieron que hacer delante de sus familiares y amigos, se la llevó a su habitación para hacer lo que más deseaba hacer con ella; jugar una partida de ajedrez y que el ganador eligiese el premio. Había pasado semanas con un Rurik convaleciente, perfeccionando su técnica, y estaba decidido a ganar.

Más tarde, cuando ella le hubo explicado qué premio deseaba y él hubo cumplido su deseo, se quedó dormido con ella entre sus brazos, sabiendo que Isobel era su verdadero premio.

Mientras veía a Athdar llevarse a Isobel escaleras arriba, Connor supo que Jocelyn había ganado. Pero, según decían los rumores que circulaban por la fortaleza, ni al ganador ni al perdedor parecía importarles cuando el amor era el premio de la partida.

—Me pregunto si deberíamos permitirles alzarse con la victoria —dijo Duncan, que había leído sus pensamientos—. ¿Pusimos alguna regla sobre madres entrometidas? —preguntó.

—A una madre no se le permite entrometerse, pero no dijimos nada sobre tías u otras parientes entrometidas —comentó Jocelyn.

—Ya son dos veces en las que te excedes —dijo él mientras se llevaba su mano a la boca para darle un beso en la muñeca. Jocelyn se estremeció como él sabía que lo haría—. Creo que eso nos da la victoria a nosotros esta vez —estaba seguro de que su esposa tendría algo que objetar, pero el resultado sería el mismo; habían casado felizmente a la hija de sus mejores amigos.

—Creo que podemos decir que estamos igualados —dijo Duncan—. Lo que significa que las mujeres ganaron el primero, pero los otros dos han sido empates.

—Entonces, ¿hemos ganado? —preguntó Marian. Estaba ya pensando en el premio que le pediría a su marido; incluso Connor se daba cuenta solo con verle la cara.

—Supongo que podríamos ceder —miró a los otros hombres y todos dieron su consentimiento, intentando que no se les notaran las ganas de descubrir qué premio les exigirían sus esposas esa noche.

Las demás parejas empezaron a levantarse para irse a las habitaciones que les habían sido asignadas durante su estancia, pero Connor no pudo contenerse.

—Bueno, siempre nos queda Aidan —su hijo mayor seguía soltero, aunque solo hacía falta mirar a la mujer que había elegido como amada para comprender la reticencia de Aidan.

—¡No! —exclamó Jocelyn. Apenas habían logrado sobrevivir al matrimonio de su hija y no quería precipitarse.

—¡Sí! —respondió Rurik. Su amigo simplemente quería ver a otro padre preocuparse por su hija como él se había preocupado por Isobel.

—Creo que deberíamos ver cómo marchan las cosas cuando volvamos a Lairig Dubh —les aconsejó Duncan.

—Así que, por el momento, creo que tendremos que dar por vencedoras a las mujeres —declaró Connor.

A los pocos minutos, la mesa quedó vacía y todos se fueron a disfrutar de su premio, ahora que el juego había terminado...

¿O no?

Nota de la autora

El síndrome por estrés postraumático es una enfermedad que conocemos en la actualidad y que diagnostican y tratan los profesionales de la salud mental. Pero hace no tanto tiempo, esta enfermedad se confundía y se temía por los síntomas, a veces aterradores.

En la época medieval, esta enfermedad no se conocía y, sin duda, era tachada de «locura», por curanderas, médicos y clérigos. Los métodos para tratar eso eran más terroríficos que la enfermedad en sí.

Athdar MacCallum es víctima de un trauma en su infancia que hace que su mente oculte la verdad porque es demasiado terrible para procesarla. Sus síntomas (pesadillas, terrores, culpa abrumadora, sonambulismo, desvanecimientos) eran y son frecuentes en quienes padecen síndrome por estrés postraumático. Pero en la Escocia de 1375, la locura habría sido el diagnóstico más probable para Athdar.